

PERROMUNDO

(1972)

Índice

Casi al final

Dos ojos rojos miran azorados

De la manga de saliva brotó un conejo de hostilidad

Con el olor de la aventura has vuelto a la vida

Lo que está dentro del cañón

*Miradle, tras la tapia del jardín acechando
con su horrible sonrisa de sincero cariño:
ya comienza a llegar el dueño del mañana,
el vecino admirable, el tierno carcelero,
el benéfico espía de la razón y el orden.*

JOSÉ Ma VALVERDE

*No sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se
habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que
guerras tan bravosas jamás habían visto.*

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO,

Verdadera historia de la conquista de la Nueva España

*Ah, las paredes de la celda
De ellas me duele entretanto mas
las dos largas que tienen esta noche
algo de madres que ya muertas
llevan por bromurados declives
a un niño de la mano cada una.*

CÉSAR VALLEJO

Casi al final

Veinte hamacas vacías. Trece balancean pingajos de hombres. Renegridos harapos humanos. La miseria pendonea en las caras. Trota el miedo a la muerte en el ambiente. Trota por el piso de tierra del barracón. La tripa duele de hambre. El brazo de cansancio. El pecho de soledad. Falta comida, descanso y compañía. También escasea Dios. Se ha fugado. Dos velas, en los extremos del barracón, vigilan con sus ojitos rojos. En una esquina un hueco hediondo enamora a las moscas. Sobre él se acuclillan los hombres y excretan. Uno flacucho, llega estrangulando el dolor de vientre con manos asesinas. Espanta las moscas tenaces. Las tripas tristes trepidan un triste plato de trigo. O de piense hervido. La fetidez se eleva como una oración. Una hoja de plátano, verde y ancha como la envidia, le higieniza la exclusiva al navío eyector. Regresa a la hamaca con paso lento y mirada de alivio. Afuera hay un paisaje de grillos, luna y alambre de púas. Cantan las púas un canto filoso sobre el tema de la muerte. Los grillos meditan. Ladra un can la falta de su hembra. O tal vez de un ciego. Los guardias apostados, con los cigarrillos ahuyentan mosquitos y sueño. Llevan rifle, bayoneta y ganas de matar. A lo lejos los campos de caña se aprietan. Se agitan. Se revuelcan de verde y de oro. Sirven para endulzar o para amargar. Depende. Cañas: rubias, putas, larguiruchas, con penachos de serrucho. Empolvadas de pica-pica. Cogolludas. Duras. Crujientes. Sabias en blasfemias y en matar a los hombres que las matan. Venden caro sus vidas de palo. Un corte ¡zas! Límpiela ¡zas! Amontónela ¡zas! Álcela ¡zas! ¡zas! ¡zas!

Con toda lentitud te deslizas de tu hamaca al piso. Cerca dormita Moleón. Moleón es silencioso como un ladrillo. No habla nunca, pero hace el resto de los ruidos. Silba, cruje los nudillos, lanza unos pedos prolongados y agudos, como si se hubiera tragado a Beny Goodman, se rasca en la tierra el pie

cubierto de hongos, como quien ralla queso, tamborilea en todos los cajones y en todas las latas vacías, golpea con la cuchara la estaca de la hamaca y demuestra a cada minuto que si no habla es porque ha decidido agotar su cuota de ruidos por otros procedimientos.

Moleón, por qué no dejarás de atormentarme. Moleón, coño, no hay derecho. Habla, pero no suenes. De nada vale. Moleón seguirá sonando hasta que un día su corazón (seguramente más escandaloso que los corazones de los demás) dará su postrer rugido y entonces, Moleón, te quedarás callado para siempre. Ese día, Moleón, prometo no hacer ruido en tu honor; ese día no hablaré, ni crujiré los nudillos como tú hacías; ese día le pediré a mi corazón que lata piano, tenue. (A fin de cuentas es nuestra única víscera cordial, las demás son un puñado de desagradecidas.)

—Quedamos trece. Gonzaga se fue—anunció una cara compungida, narirroja, con un vozarrón gangoso.

—Me imaginaba lo de Gonzaga. No había hecho comentario, pero me lo imaginaba —habló Carrillo. Aire de suficiencia, de no darle importancia al asunto. Voz y gesto de tres pepinos, tres cominos y un bledo. *Gonzaga se fue. Gonzaga se fue. Tuvo coraje para ser un cobarde. Ramiro también se fue. Se llenó de valor para mandarnos al diablo y se fue. Y Martínez y Gonzalito y a todos se les han ido doblando las rodillas. Gonzaga tenía cuatro hijos y los dos de su hermano, pero se hubiera marchado aunque no hubiera tenido un pariente con vida.*

—¿Por qué? —dijo el otro entre curioso y admirado, aguzando las entendederas para deglutir la explicación.

—La mirada. O mejor: la no mirada. Es un proceso largo. El primer día se quedan pensativos. Es la fase del “análisis objetivo”. Después sobreviene un período de hostilidad indefinible y sin motivos aparentes. En esta etapa buscan argumentos íntimos para dar el salto. Cuando se acerca el momento comienzan

a esconder los ojos. Meten las pupilas debajo de las hamacas, en los inodoros, en los zapatos de cualquiera que se mueva. Es la “fase Judas”, Todos los síntomas estaban claros. De un momento a otro se largaba —la explicación le satisfizo. El tórax flaco se le hizo a la vela.

—Quedamos trece —la astucia de Ernesto Carrillo, su poder de observación, no resolvían la obsesión aritmética de Habach. La angustia extraña de “ser trece” le hozaba sin piedad en el pecho.

—Ya lo has dicho —replicó Carrillo molesto. Su alarde de sagacidad había muerto, salvajemente pisoteado por los temores del moro corpulento y peludo.

—¿Y qué vamos a hacer —el tonillo infantil, a las puertas del grito, contrastaba con su autor.

—Mantenernos firmes. Gonzaga no era indispensable. No creo que los demás se alteren por el salto de Gonzaga. Además no era muy popular con el resto. Carlos Masa lo odiaba. Moleón no sé. Su hermetismo es impenetrable. Tú mismo tuviste problemas con él —de nuevo se había alzado con el control de la conversación. *Tendría que explicarle que no vamos a hacer nada; que en la vida muy poca gente hace algo y que metidos en este rincón del infierno nadie en sus cabales puede seriamente hablar de “hacer algo”. Entiéndelo bien, moro: nadie hace nada, ¿cómo vas a inquietarte porque seamos trece, quince o los cien mil hijos de San Luis? Eso no tiene ninguna importancia.*

—Por culpa de Mariano —se excusó Habach agachando el cogote.

—Eso no importa. En fin, de mil doscientos se ha ido depurando el grupo — otra vez apareció el gesto displicente de pepinos, cominos y bledos. En algún momento se enrolaron dos ojos arrugados en un innecesario alarde de elocuencia.

—Ahora sólo somos trece —infatigable, Habach repetía la letanía.

—Déjame apurarme, no vaya a ser que ese tipo lo coja de pretexto —Carrillo se refería al guardia que lo llamaba desde la reja. *Somos trece, o trece mil o trece millones, o ninguno. Tal vez no seamos trece, tal vez estemos rodeados de ternura, y tal*

vez yo esté pisando un camino de corazones nuevos, recién estrenados, jugosos de tanto amar. Somos trece, Gonzaga se ha ido. Tengo frío, mucho frío. Cuando se fue Martínez también tuve frío. Cada vez es más intenso el frío. Gonzaga, me voy helando.

Dos ojos rojos miran azorados

I

Sabes que la mirada zafia sirve para darte valor. Es un disfraz. En el fondo cobardía y audacia es cuestión de disfraces. Cuando Jesús ofreció la otra mejilla la gente creyó que se trataba de una lección de humildad. Falso. Con un ligero movimiento del rostro borró la distancia entre la cobardía y la valentía. Liquidó los disfraces. Por eso convenía llamarlo humildad y readoptarlos. Ahora andas tú con el mentón altivo y la mirada puesta hacia adelante, jugando al valiente. Tienes suerte en que tus obtusos captosres se disfracen a su vez de aplastadores-de-gigantes. De lo contrario te quedarías solo en medio del terreno y el disfraz comenzaría a quemarte la piel hasta devorarte toda la carne. Sólo tus cenizas son lo suficientemente honestas para decir siempre la verdad. Lo único auténtico que hay en ti es ese puñado de polvo que encierras.

La reja está cerca. No puedes negar que sientes miedo. Adentro se escucha el abejorreo de mil doscientos hombres. Tú serás uno de ellos. El panal te tragará. Te incrustará en sus mil celdillas para que cada pedazo de tu ser se funda en el grupo. El grupo. La comunidad. La colmena. El coral. La madrepora. La jauría. La manada. La piara. La mancha. La mancha de homrecitos iguales, con iguales dolores, con iguales esperanzas, con iguales uniformes. Los uniformes amarillos. La P en la espalda. La P en las piernas. La P en el pecho. Mil ideas locas te asaltan. ¿Cómo asaltan las ideas?

Mil doscientos hombres. Esto es absurdo. Un enjambre de hombres, anterior al hombre mismo. Un retroceso en la evolución. No sabrán los alcaldes, los carceleros, los jueces, los que sean, que vamos de la muchedumbre, disparados sin retroceso, hacia la soledad. No sabrán que caminamos hacia el silencio. ¿Cómo convocan a la gesticulación

inútil, a los ademanes grotescos, a las miríadas de palabras que en balde se proferirán estos mil doscientos infelices? El castigo no es los barrotes, es la vuelta a la horda. ¿Por qué premiaron a los criminales nazis con una celda solitaria? El tribunal seguramente estaba lleno de fascistas. Con qué placer habrá envejecido el torturador hitlerista en el silencio de su cubil, protegido en su felicidad por adustos soldados. Por eso, al término de sus largas sentencias, emergen con una sonrisa rara, misteriosa, y luego se ocultan a rumiar la tristeza de verse de nuevo mil años atrás, en medio de la marea humana. El castigo horrendo debió haber sido atarlos a un banco del Yankee Stadium, o encadenarlos a una plaza. Es ahogarse en un río de palabras como antes se ahogó en un río de sangre.

Terminó el asalto. Te acercas soñoliento al escribano del penal.

—¿Nombre?

—Ernesto Carrillo.

—¿Profesión?

—Maestro.

—¿Nombre del padre y de la madre?

—Julián y Adela. *Ya empezaron los burócratas a ensañarse con sus idioteces. Nombre del padre, Abraham; nombre de la madre, Greta Garbo. Profesión, mamporrero de hormigas. ¿Cómo ha dicho? Pues mamporrero de hormigas. Es entretenido: sólo tiene que sostener el falo de la hormiga macho hasta que penetre en la vagina de la hormiga hembra. No crea, es difícil. Claro, es como todo, hay hormigas y hay hormigas. Tiene sus rie de toros. Hable, señor de la super-raza; hable hasta por los codos. “¿Ha traído usted el paraguas?” No, eso es muy profundo, pruebe otra vez. “Qué lindo el crío.” Bien, muy bien, siga hablando. “Hoy hace frío. Un frío de mil demonios.” Así, siga, siga. “Parece que va a llover.” Continúe, usted asesinó a seiscientos cincuenta mil doscientos cuarenta y ocho judíos. “Cuarenta y siete.” Da igual: estará confinado a cadena perpetua en la plaza pública. “¿Como los griegos? Pero ellos no eran arios.” Da igual.*

“No da igual.” Pregunte la hora. “¿Para qué, si estoy condenado a cadena perpetua?” Pregúntela le he dicho. “¿Qué hora tiene?” Otra vez. “Pero si ya la sé.” Sí, pero ha cambiado, los tiempos pasan. Repita eso. “¿Qué?” Los tiempos pasan. “Pero eso es absurdo.” También lo era matar judíos: repítalo. “No eran arios.” Le ordeno que lo repita: ¿no entiende? “Los-tiempos-pasan-los-tiempos-pasan-los-tiempos-pasan.” Ahora ¿qué siente? “Nada.” ¿Cómo que nada? “Sí, no siento nada.” Lo castigaré: escriba mil veces “no debo convertir a los judíos en jabón”. Ha paladeado usted una idiotez y dice que no siente nada. “Siento un amargor en la boca, debe ser el tiempo.” No es el tiempo, imbécil: es hablar del tiempo. sgos. Cuando no logran un orgasmo satisfactorio pican y entonces las mandamos al psicólogo.

—¿Acusación?

—Está escrito en el auto de procesamiento que tiene en la mano: terrorismo, sabotaje, asociación ilícita con fines conspirativos, atentar contra los poderes del Estado, e intento fallido de cometer asesinato. Lo de siempre.

—Tuvo suerte de que no le mataran en el acto.

—Más bien tuve amigos.

—¿Usted fue el de lo de Azcárate?

—Sí —Carrillo lo espetó seco, como para no hablar del asunto.

—Y ahora está aquí. A pesar de eso debieron matarle en el acto.

—Le repito que tuve amigos.

—El gobierno es generoso, no es cuestión de amiguismos.

—Si usted lo dice...

—Lo dice todo el mundo y no empiece mal su vida en el penal.

—¿Hacia dónde debo dirigirme? —preguntó Carrillo atando altivez y respeto con una cuerda de voz pastosa. *Tiene cara de tonto, pero en el fondo es poético eso de “no empiece mal su vida en el penal”. Ha puesto expresión sagaz, me imagino que ha sentido el calor de la rima.*

—Siga al guardia —ripostó sahárigo el amanuense uniformado.

Camina despacio el guardia, piensas que teme que los centenarios adoquines se fuesen a hundir con su peso. Tal vez lo que se te antoja como preocupación arqueológica sea un procaz (pero muy doloroso) forúnculo anal.

Estafilococo dorado. Terramicina. Qué ocurrencia llamarle Estafilococo Dorado a un fabricante de forúnculos anales. Guardia, es usted Champollion o simplemente le duele el culo. Haga el favor de aclararlo porque el diagnóstico resulta impreciso.

Caminar con las manos atadas a la espalda puede resultar muy incómodo. Te duelen las muñecas. El guardia se detuvo mecánicamente. Extrajo una llave grande de la argolla de la cintura. La llave enorme gira sin dificultades. La reja se queja de sus achaques. Entrás, con las manos liberadas, en la galera tubular. Poco a poco la penumbra se escapa aterrorizada por la súbita apertura de tus retinas. Todos duermen, seguramente el burócrata preguntón te detuvo más tiempo del que creías. Una espesa nata de hombres cubre la superficie visible. Los tres pisos de literas están sembrados de ronquidos. Empiezas a notar los pies que salen bajo las camas. Estás cansado. Llevas cuarenta y ocho horas sin dormir. Al fin divisas un rincón, bajo la última cama, que no le sirve a nadie de aposento. Culebreas entre pies, manos, caras, cuellos, dedos, cuidadoso de no lastimar a ninguno. No vale la pena desnudarse. Te deslizas. El piso está frío. El bastidor de la litera se hincha a cinco centímetros de tu cara. En las deformidades del suelo se ha empozado agua sucia. No puedes evitar que tu cabeza se encharque. Debe haber alimañas. Te horroriza pensarlo. Ratones, cucarachas y todos los malditos bichos que se citan con el hombre en el momento de sus miserias. No piensas más en ellos. Con el tiempo acaso sean tus únicos amigos. Tienes un ligero salto nervioso en el estómago. Un latido voluntario que te recuerda, con su llamada tenue, que has estado disfrazado de héroe durante dos días. Una

especie de alarma-de-honestidad para que te reduzcas a tus proporciones reales. Te sientes mal porque has logrado un girón de intimidad. Y la intimidad es como ver las cosas por un telescopio invertido. Allí estás, pequeñito, lleno de frío, defendiendo con tu perfil un yo que comienza a luchar contra el uniforme, la rutina y la muchedumbre. Un hombre pequeñito, como todos los hombres, pero que tiene que cerciorarse, medirse milímetro a milímetro a cada instante. Te vas durmiendo.

II

Amanece rápido. La mañana húmeda se trepa como un gato por los muros corpulentos de la galera. De un brinco agresivo salta sobre la pechuga asmática de un viejo enclenque y se la muerde. Cien gargantas carraspean para asustar al felino. Los reumáticos sienten los arañazos en las articulaciones y se defienden con ridículas contorsiones Todos de pie, uniformados, exhibiendo las pes con el mayor impudor. Una P en la espalda, una P en los muslos, una P en el pecho. Los reconocimientos y abrazos inician el ritual calisténico:

—¡Ernesto! ¿Cuándo llegaste? —preguntó un joven orejudo con cara de tonto.

—Anoche —dijo y calló, esperando a pie firme el chaparrón de inevitables interrogantes.

—Mario nos dijo que te tenían incomunicado desde el viernes —insistió el orejudo tras liberarse de la cara de tonto con una mueca rabiosa.

—Así fue. Hoy es mi tercer día, pero parece que concluyeron los interrogatorios y me someterán a juicio —mixturó las palabras con tres adarmes de sonrisa y dos gramos de ceño fruncido.

—A Mario comenzarán a juzgarlo hoy por la mañana; por la noche darán el fallo. ¿Cómo dejaste la cosa? —contumaz, la cara de tonto regresó con una carrerita burlona.

—Mal, muy mal. Han capturado a toda la jefatura. Los que quedan sueltos están huyendo. Nos ocuparon todas las armas y explosivos —a pesar de las noticias la voz de Carrillo no sonaba alarmada. Sin explicárselo, el tedio, el ambiente nuevo, los uniformes, le convertían las palabras en parlamentos de teatro; no sabía si hablaba o si recitaba una estrofa de un drama romántico de conspiradores.

—¿Y San Lázaro? —continuó interrogando el orejudo visiblemente perturbado.

—Ahí fue la primera redada. Sorprendieron a Harry con la fábrica de bombas. Estaba embarrado de polvo de minio de los pies a la cabeza. Una caja de detonadores estalló por descuido de un guardia y por poco vuela la manzana. Afortunadamente el C-3 y el C-4 habían sido trasladados al patrullero: noventa y seis libras en total. El estallido se hubiera oído a veinte kilómetros.

—¿Las armas...? —comenzó su enésima pregunta.

—Te digo que todo fue ocupado —Carrillo recordó fugazmente la hilera de fusiles B.A.R., las metralletas Stein, el “San Cristóbal” inutilizado, las bombas de C-4, los uniformes, los rollos de cordón detonante y el M-3 con silenciador—. No sabían lo que era el fósforo vivo. El capitán que dirigió la operación metió la mano en el frasco y si no le grito a tiempo se la achicharra —la anécdota del fósforo vivo le pareció infantil tras haberla hecho. Se sintió ridículo.

—¿Por qué le gritaste? Debiste haberle dejado —al inventario de las orejas grandes y la cara de tonto se incorporó un ademán de que-se-joda.

—No sé, me figuro que por instinto —tenía razón el orejudo, pensó Carrillo, pero ya era tarde.

—Ven para que saludes a Mario. Dentro de un momento se lo llevan para el juicio —esto lo dijo con un gesto grave, enarcando las cejas, y paseándose el dedo índice por la nuez gibosa en un universal ademán de muerte.

Llevas unas horas entre esos muros y comienzas a sentir la fatigosa maquinaria de la adaptación. Tus ojos dejan de sorprenderse; esquivas los obstáculos con facilidad; tu territorio va encogiéndose hasta que se reduce a la silueta de tus pies, cuando caminas; o de tus nalgas, cuando te sientas; o de tu cuerpo, cuando te acuestas. No tienes más hábitat que tu perfil y la noción del ente intruso va desdibujándose. Siempre tienes un rostro a menos de diez centímetros, o un codo, o una oreja. La existencia se te va haciendo pastosa, densa, imprecisa. La fluidez del ser se te hace más espantosamente evidente

cuando se te presenta como una suma implacable de hombres y cosas, sin el menor concierto. Todo ordenadamente revuelto, como el infierno de los chinos, con sus castigos fabulosos junto a sus premios ingenuos. Los chinos no tienen compartimentos separados para su cielo y su infierno. Están juntos. Como la vida, mala, llena de cosas buenas, o buena, llena de cosas malas. Es más o menos lo mismo. Los diablos chinos aprietan a los usureros entre piedras enormes, mientras los perros lamen la sangre que brota y muerden para siempre los pedazos de carne que se asoman. Pero junto a la horrible prensa yace un chino angelical, noble, de los que nunca han tendido ropa en el tejado, ni han hecho remedios con huesos humanos, deleitándose con el olor exquisito de la taza de arroz que le ha ofrecido el respetuoso descendiente. Cielo e infierno juntos. Dos aspectos del mismo fenómeno. Dos extremos de la misma cuerda. Tú, al tercer día, resucitas en el infierno. O tal vez al tercer día pierdes en el cielo. O acaso al tercer día hayas resucitado en el cielo. Todo se va mezclando. La nitidez comienza a escabullirse como un ladrón perseguido.

—¡Mario! —el nombre brotó enérgico.

—¡Ernesto, al fin llegaste! —Mario Ordaz se puso en pie de un salto—. Pensé que te detendrían más tiempo en los interrogatorios. Allí no te saludé por si nos observaban —hablaba atropelladamente; era joven, locuaz, nervioso y se asomaba a la calvicie sin remedio; su explicación sobraba, pues Carrillo, en su momento, había interpretado correctamente el origen de su silencio.

—Lo sabían todo, por eso no me interrogaron más que lo necesario. Por supuesto, nada he dicho, pero era inútil: teníamos un chivato infiltrado —la primera oración la inició con un chasquido como de fastidio; después siguió aplastado, deshecho, decepcionado.

—¿Se sabe quién es? —inquirió Mario hosco, serio.

—Parece que Benítez —dijo Carrillo sin énfasis y abriendo una puerta a la

duda con un movimiento de las cejas.

—¡Buen hijo de puta! —la referencia a la madre de Benítez salió rotunda, exacta, irrefutable.

—Sí, y además muy hábil. Pero dejemos eso, que ya no tiene remedio. Te juzgan dentro de unos momentos, ¿cómo ves el asunto? —Carrillo preguntó por cortesía, convencido de que el “asunto” sería trágico.

—Mal. Me acaban de entregar la petición fiscal: pena de muerte. No creo que me escape. El fiscal es un tal Amador, que tiene mala sangre —la voz de Mario aleteaba presagios torvos.

—¿Y habrá alguna manera...? —la frase, planeada para que abortase antes de cobrar vida, sustituyó a la palmada en el hombro, gesto siempre de mal gusto.

—En absoluto. Están decididos a terminar con el terrorismo con el contraterrorismo. Me voy —el nombre de Mario Ordaz esperaba a su dueño en la boca de un escolta gruñón, Dame la mano —se despidió con un apretón.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Carrillo con aire de complicidad entre morboso y comprensivo.

—Sí, mucho. Si el tribunal acepta la petición del fiscal, cosa que ya está resuelta de antemano, del juicio, que será mero juego, voy directo a capilla ardiente. Tu causa será juzgada tras la mía. Verás mi juicio desde la celda de espera. Después, si me condenan a muerte, no nos veremos más —hubo temblor en la franqueza, pero el pudor le arqueó los labios en un ademán de sonrisa.

—Adiós —Carrillo sintió unas odiosas ganas de echarse a llorar.

—Adiós —contestó Mario apoyando la palabra con un movimiento de hombros un tanto exagerado.

La conversación con Mario te ha deprimido. Necesitas silencio. Necesitas divagar por un rato. Tienes la cabeza densamente poblada de sueños. Como

si fuera un bosque de metáforas. Pero no de metáforas-para-poetas. Los poetas buscan una manera nueva de nombrar las cosas, mientras tú sabes que a las cosas es estúpido nombrarlas. Basta con que nos amenacen con sus perfiles agresivos y ese aire de mira-yo-soy-una-cosa-con-que-no-me-jodas. Y entonces tus metáforas se conforman con enroscarse a las superficies. Los poetas son criaturas pretenciosas que se pasan la vida inventando con los ojos abiertos. No aprendieron la lección de Homero, que antes de atreverse a gritar una metáfora se arrancó los ojos. Para inventar un mundo hay que no tener ninguno. ¿Para qué necesita nadie otra luna que la que asoma todas las noches? A no ser que no tengas ninguna luna, como Homero, y entonces andas como un perro asustado pidiendo una luna amarilla, roja, violeta, grande, flaca, gorda, que te alivie el dolor tremendo de no tener ninguna luna. Así, condenado para toda la vida a asomarse a uno mismo es como se puede hacer un verso decente. Hacer-un-verso-decente también puede ser una manera camuflada de incurrir en cursilerías. A ti ya casi nada te avergüenza en la vida. Pero la cursilería es otra cosa. Lo toleras todo: la conversación estúpida, el agotamiento, la suciedad, los uniformes, la cara de cerdo del guardia, todo lo puedes perdonar menos la cursilería. Te sonroja, lo que a su manera no deja de ser cursi. En el fondo tienes la vana sospecha de que le importas al mundo un comino. De que gesticulando desde el hueco en que andas metido tienes alguna importancia. Tonto. ¿Cuándo vas a aprender? Estás cansado. Todo comenzó hace mucho tiempo. A pesar de todo no puedes medirlo. ¿Habrá sido inútil?

Ver el juicio de Mario tal vez sea como ver mi propio juicio. Como ver el juicio de todos. Como ver el Juicio Final. Desde mi celda de espera, a la derecha del estrado, hay un panorama sombrío. Se ve un grupo de adultos que juegan a la muerte. Tengo la sensación de que antes he estado en la misma celda, contemplando las mismas caras, aguardando por el mismo Mario. Temiendo la

misma muerte. Cada segundo que pasa incrementa la certeza de que la escena se ha repetido mil veces, que la he visto mil veces, que la he padecido mil veces. Duele adentro. En cualquier parte. Tal vez en el pecho. Tal vez en las manos, que no tienen un cuello que apretar para aliviarse un poco; tal vez porque tampoco han podido apretar una oración nunca; tal vez porque me apena verlas apretar unos barrotos insensibles. Hay calor; habla la gente. ¡La maldita gente que no se calla nunca! Ni siquiera ahora. Ni siquiera jugando a la muerte. ¿Es que no se dan cuenta de lo que ocurre? ¿Es que no sienten el horror que yo voy sintiendo? ¿Es que no se les mezcla lo que ven con lo que han visto? ¿Es que no pueden inaugurar una mirada nueva para cada vieja cosa? ¿Es que la realidad se les da chata, ingenua, virginal? ¿Es que no se dan cuenta —¡Dios, no se dan cuenta!— que estamos siendo fantoches de un tinglado absurdo? ¿Cómo la nitidez que padecen no les quema los ojos? ¿Cómo pueden ser lógicos y fríos y racionales vestidos de fantoches? ¿Cómo pueden no ver lo que tienen delante?

(Todo oscuro. Con dificultad se vislumbra en el escenario una mesa enorme en forma de herradura. Cincuenta encapuchados murmuran. Llevan unos números lumínicos en las capuchas. En la pared, en desorden, aparecen una serie de símbolos: una media luna, una swástica, una cruz, una hoz y un martillo, una paloma, un triángulo, un águila, una serpiente, un quétzal, un toro e —inexplicablemente— un niño que orina. Todo es tétrico: los símbolos, la mesa enorme carcomida, los encapuchados siniestros. Aparece un jorobado renqueando, también encapuchado. Arrastra dos pesadas sillas que pone frente a la herradura, de espaldas al público. Un reflector rojo ilumina las dos sillas. Una portezuela del piso del escenario, junto a las sillas iluminadas, se abre con dificultad y de ella emerge una figura enclenque. El haz de luz roja deja ver un brillo esquizoide en la mirada del recién llegado. Alguien más pugna por escalar la superficie. El de la mirada esquizoide, con un ademán energético, tiende sus brazos al que sube torpemente. Se trata de Mario, que tiene las

manos y los pies atados y ha tenido que ascender a saltitos. El público prorrumpe en aplausos. El de la mirada de loco saluda como los luchadores grecorromanos. Mario se vuelve al público, lleno de terror, pero no alcanza a descubrir las facciones de la gente. Desde una celda, a la derecha del estrado, dos ojos rojos miran azorados. Comienza a sudar copiosamente. La P del pecho destiñe. Un reflector verde, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, ilumina con un relámpago diabólico. El haz va recogiendo su volumen hasta que sólo ilumina al encapuchado del centro de la herradura. Con voz grave, entre el asma y el “más allá” de las cintas estereotipadas, se deja oír.)

ENCAPUCHADO 1. —Se abre la sesión. Acusado, póngase de pie. (Temblándole las piernas, Mario se incorpora).

ENCAPUCHADO 1. —¿Es usted Mario Ordaz, de veinticinco años, soltero y vecino de esta localidad?

MARIO. —Sí, señor. (Le siguen temblando las piernas. Teme orinarse, cosa que el público descubre porque se encorva ligeramente hacia adelante).

ENCAPUCHADO 1. —Abogado defensor, identifíquese.

DEFENSOR. —(Va moviendo los dedos hasta que los signos manuales del alfabeto de los mudos fabrican la palabra “Defensor” en los cerebros de los encapuchados).

ENCAPUCHADO 1. —Señor Fiscal, identifíquese.

FISCAL. —”Fiscal”. (Dice y saluda).

ENCAPUCHADO 1. —¿Así nada más, “fiscal” a secas?

FISCAL. —Sí, señor: “fiscal”. Todos somos iguales: héroes al servicio de la justicia. No tenemos nombre ni apellidos por lo mismo que la justicia es ciega. (En este momento se vira al público y éste descubre que le faltan los ojos. La cara plana, sin ojos, tiene algo que espeluzna.)

ENCAPUCHADO 1. — ¡Basta! Solicite de usted una presentación formal, no un discurso.

FISCAL. —Usted disculpe, pero siempre me emociona hablar de mi oficio.

ENCAPUCHADO 1. —¡He dicho que basta!

ENCAPUCHADO 2. —El Santo Tribunal de los Sagrados Dogmas se reúne otra vez (dice poniéndose de pie) para juzgar a un transgresor, a un miserable delincuente que ha practicado el terrorismo contra nuestra Verdad. ¿Es usted o no, señor Mario Ordaz, culpable de los delitos que se le imputan?

MARIO. —Eso es absurdo (dice el reo con voz temblorosa).

ENCAPUCHADO 3. —¡Ah!, niega usted los cargos levantados en su contra.

MARIO. —Digo que es absurdo el terrorismo. Digo que es absurdo dinamitar un puente; casi tanto como que se me fuerce a ello; casi tanto como que se me juzgue por ello; casi tanto como los tribunales y la justicia de los encapuchados.

ENCAPUCHADO 4. —¡A usted se le ocuparon explosivos!

MARIO. —Y si la Fuerza Pública les registrara a ustedes, hurgando dentro de sus fatídicas capuchas, encontraría algo más peligroso.

TODOS A UNA. —¿Qué encontraría? (Dicen los cincuenta encapuchados poniéndose de pie como por un resorte).

MARIO. —Encontraría la Verdad. Cada uno de ustedes guarda un pedazo de la Verdad en su capucha, junto a las orejas, tapiadas a lo que suene y no quieran oír. Son esos pedazos de Verdad, inflexibles, redondos, impermeables, indestructibles piedras de certidumbre, las que hacen tanto daño como la dinamita.

ENCAPUCHADO 5. — ¡Está usted ofendiendo el honor del Santo Tribunal de los Sagrados Dogmas! ¡En nombre de las personalidades y de las entidades dogmáticas y fanáticas afiliadas a este sacrosanto organismo le exijo una retractación incondicional!

FISCAL. — ¡Señor Presidente! (grita frenético), nadie puede explicarle a este desdichado el placer inmenso que se deriva de la posesión de la Verdad mejor que yo. Mira, bárbaro irreverente: cuando la Verdad te calienta el pecho, sientes el alma estremecida, traspasada de frenesí; sientes que el corazón se te hincha, que los brazos se refuerzan; que el ánimo crece. Sientes el más hermoso odio

contra todos los imbéciles que no son capaces de alcanzar la Verdad (gritos de aprobación en el público). Con la Verdad puedes matar sin que te tiemblen las manos. Con la Verdad puedes dejarte matar sin que te tiemblen las piernas. Sólo la Verdad da fuerzas; sólo la Verdad te mantiene en vilo; sólo el que como yo ha sentido la Verdad merece vivir.

ENCAPUCHADO 6. —Yo en la Comuna de París. (Se oyó una voz gutural en el extremo de la herradura).

ENCAPUCHADO 7. —Yo en la cervecería de Munich. (Chilló un bigotito enérgico desde la profundidad de su caperuza).

ENCAPUCHADO 8. —Y yo en la Convención.

ENCAPUCHADO 9. —Y yo en la Meca.

ENCAPUCHADO 10. —En el Sinaí.

ENCAPUCHADO 11. —En el ágora.

ENCAPUCHADO 12. —En el Foro.

TODOS A UNA. —Este Santo Tribunal de los Sagrados Dogmas te sentencia, en nombre de La Verdad y en representación de todos los pueblos y de todos los dogmas, a la pena de muerte.

ENCAPUCHADO 13. —¿Tiene el condenado algo más que declarar?

MARIO. —Sí, y muy urgente.

ENCAPUCHADO 14. —Proceda con la declaración.

MARIO. —Tengo ganas de orinar.

TODOS A UNA. —Llévenselo, ¡y que orine!

(Ovación estruendosa del público, puesto de pie. Gritos de bis. Se encienden las luces. En una celda, a la derecha del estrado, dos ojos rojos miran azorados).

Tuviste mejor suerte que Mario Ordaz. Te han condenado a treinta años. Has vuelto a la galera. Es inútil: lo matarán de madrugada. Todo pasará lentamente, en un segundo. O fugazmente, en varias agónicas e interminables horas. El tiempo perderá su secuencia en tu terror. En el terror

de todos. En el terror de la noche. En el terror de los que asesinan y en el terror de los que son asesinados. La luna te trae, al rincón donde estás echado como un perro, realidades sombrías. La turbia plástica de la muerte. Las voces pálidas de los presos se te enredan en las verdinegras del patio. Una viene de lejos a morderte los oídos. No sabes cuál es, pero la has oído antes. Es la vieja voz, burlona y cruel que siempre te acompaña en el absurdo. La que le arranca la piel al tiempo. La que le arranca la máscara a todos. Crece. Crece. Crece. Se trepa en tu conciencia. Lo atorbellina todo. Lo revuelca todo. Lo deshace todo. Se queda sola, clara, triunfal.

Van a contemplar un espectáculo único, conmovedor, sincero, tremendo. (Está hablando por medio de un megáfono, un señor misterioso, embozado en una capa y dueño de una voz rara, lejana y conocida). A ustedes les cabe el honor de presenciar la filmación de las escenas cumbres de un extraño espectáculo. Mario ha sido juzgado y condenado a muerte.

Está en capilla ardiente gritando para que le escuchen sus compañeros de galera. Les separan unos cincuenta metros. En el patiezuelo, frente a la galera, el pelotón de fusilamiento examina los cerrojos de sus fusiles y masculla palabrotas.

Es de noche y hay luna llena. Desde un rincón, como los de un perro echado, dos ojos rojos miran azorados.

¡LUCES! ¡CÁMARA! ¡ACCIÓN!

—¿Me oyen? (grita Mario con voz clara, a la que nadie responde. Silencio absoluto).

—Pregunto que si me oyen (grita ahora con más fuerza).

—Cállate, revolucionario del demonio. Cállate, que no vas a llegar a la madrugada.

—Fusilémosle ya.

—A las cinco dice la sentencia.

—¿Qué más da? Hagámoslo ahora.

—¡Que no, carajo! ¿En qué idioma hay que hablarles? La ley dice que ese hijo de puta vivirá hasta las cinco de la mañana y no vivirá un minuto más, pero tampoco un minuto menos.

—¡No lo maten, coño! ¡No lo maten, coño! Piedad, piedad para Mario. ¡Mario tiene veinticinco años!, ¡veinticinco años! (Pasa la escena a la galera, estos alaridos espeluznantes se han oído mientras la cámara seguía los pasos del pelotón de fusilamiento. En la galera, un viejo despeinado, flaco, fantasmal, se aplasta contra los barrotes y grita atterradoramente. Ernesto Carrillo se revuelca en el piso; la cámara enfoca a Llorente, un estudiante que llora bajo la almohada. Taboada, un hombre joven, regordete y pequeñín, en calzoncillos amarillentos, se acerca suavemente al viejo enloquecido y le pone una mano sobre la espalda:

—Viejo, véngase. Vamos a rezar un rosario.

—¿Me oyeen? (grita a todo pulmón el condenado).

—Sííí, te oímos (le responde el gordito en calzoncillos).

—Tengo miedooo. Tengo mucho miedooo. Diooos se me ha muertooo de frío en el pechooo...

—¿Cómo dices?

(Silencio por toda respuesta. El gordito en calzoncillos vuelve a insistir).

—¿Quee cóóómoo diiceees?

—Digoo que Diooos se me ha muerto de frío en el pechoo...

(Las cámaras comienzan a pasearse por la galera. La claridad proviene de la reja posterior, que da a los fosos del viejo castillo, por donde penetra la luna blanca. Desde la última cama se oye una voz emocionada, habla el gordito en calzoncillos, la cámara planea:

—”Padre nuestro que estás en los cielos...” —Continúa la oración a la que

III

—¿A qué has venido, Mario?

—A que me sueñes. Necesito que me sueñes.

—Estás pálido y tienes el pecho lleno de manchas negras.

—Sangre seca y los orificios de entrada. El tiro de gracia me lo dieron en el corazón. Sentí la pistola junto a la cabeza, pero la mano temblaba. Era muy joven el teniente. Al fin decidió rematarme en el corazón. En realidad fue inútil. Ya estaba muerto cuando disparó. Fueron cinco balas belgas de gran impacto. Sentí como si una mano gigante saltara como un demonio sobre mí y me desgarrara la carne con sus dedos filosos. Después un apretón en las vísceras y el chorro de vida que saltaba de los intestinos, del estómago, del hígado, de los riñones, de los pulmones. Cuando me vieron muerto se quedaron callados.

—¿Sentiste mucho miedo?

—No me abandonó ni un momento. Aún ahora, que vuelvo a tener alguna existencia, aunque sea en tus sueños, noto que el miedo me sigue acompañando. Tal vez morir sólo sea congelar los sentimientos en el último ademán. Nunca se sabe.

—¿Te han soñado mucho?

—Poco. Mi madre, a veces, pero siempre como era de pequeño. Me fastidia eso de volver a gatear y tener que aprender palabras. El teniente también me sueña, pero sólo en el momento de darme el balazo. En realidad ya casi ni me sueña. Como quiera que sea sólo me vio aquella madrugada y por unos minutos. Bastante hace para ser un extraño. Mi novia no me ha soñado, pero me piensa. Eso es muy desagradable. La existencia en la conciencia de otro siempre está sujeta a los caprichos y equívocos de los demás. Te convierten en un guiñapo, te disfrazan de héroe, o de estúpido, o de infeliz, sin la menor consideración. En cambio los sueños son otra cosa. Aquí te mueves en un terreno neutro donde la brida del amo no impera.

—¿Y no es absurdo eso de vivir a hurtadillas en los sueños de los demás?

—¿Pero crees tú que un poco de carne y pelo te otorgan más realidad? La presencia física es un puro juego óptico, sin trascendencia, que sólo se justifica cuando logra impregnar una consciencia que la piense o una subconsciencia que la sueñe. Estar “ahí” o “allí” no significa nada. Tú eres un hombre de carne y hueso que está “ahí”; yo también tuve carne y huesos y no estoy “allí”, pero puedo deslizarme por los vericuetos de su consciencia y ser tu huésped, y más aún, puedo serlo de mil consciencias a la vez.

—Pero no existes, eres sólo una representación sobre la que tú no tienes el menor control.

—¿Has conocido a algún “obsesionado”?

—Sí, pero...

—A veces nos gusta un anfitrión y nos instalamos definitivamente. Acaban dándose por vencidos y nos entregan la casa para siempre. Esa es la locura. Los que no se dan cuenta a tiempo nos expulsan sigilosamente.

—¿Y yo podré expulsarte?

—Me imagino que lo deseas. En el fondo aceptar nuestra presencia es un fenómeno volitivo. Algunos hombres cooperan a la enajenación como una salida decorosa frente a otra opción peor.

—Prefiero la otra opción por dura que sea.

—La locura puede ser la mejor senda para escapar de la enajenación, por la enajenación. Es una paradoja espeluznante, pero resulta.

—Nunca por la locura. Eso es absurdo. Todo conspira para aplastarme la consciencia encharcándome el cerebro en una pastosa rutina. Me mantendrán “ocupado” partiendo piedras en la cantera o sembrando patatas en la granja. Así, “ocupado” todos los minutos que la vigilia me deje libre, viviré treinta años... si es que los resisto, pero no será mi vida sino una estúpida repetición de ademanes, posturas y palabras que tomarán el lugar de ella. La prisión, es una forma de enajenación. Pero es absurdo huir de ella por la locura, que a fin de

cuentas resulta más o menos lo mismo.

—¿Y qué harás?

—Rebelarme. Lo único que sé hacer. Lo que siempre he hecho. Rebelarme cada vez que pueda. Gritar que no a las arbitrariedades. Negarme a las maniobras de enajenación. Proteger mi dignidad de ser humano contra todas las tentativas de ultrajarla. Sentirme vivo en el acto de la rebelión sistemática. Proclamar el luzbelismo como forma de vida, o de muerte, si llegara el caso.

—Me voy. Es melodramático todo lo que dices.

—¿Vendrás otra vez?

—No sé. Tal vez no.

—Adiós.

—Adiós.

IV

Has salvado el pellejo. No estás muy seguro con qué fin, pero lo has salvado. Mira, treinta años de condena pasan rápido. Todo es sencillo, has entrado con veintisiete y saldrás a los cincuenta y siete. ¿Ves que no es mucho? Los números nada significan si se alejan de las cosas. Si te dijera diez mil novecientos cincuenta, sin decirte nada más, te quedarías incommovible. Pero si tímidamente le añado una palabra pequeñita y suave, tal vez te sorprenda. Probemos: d-í-a-s. Te has contraído. Sí, diez mil novecientos cincuenta días. Redondeemos la cifra. Once mil días. Así es más fácil. Los jueces han cobrado. Pasarás once mil días privado de soledad y de compañía. Añorando una y otra. Para ti —ácrata incorregible— los jueces son los cancerberos de los dogmas. Supones que la justicia nada tiene que ver con la ley. La justicia se te antoja una vaga sensación que nos visita y se aleja con la rapidez del orgasmo. Pero cómo explicarle una sencillez tan compleja a Savonarola y a Torquemada. Desempolvarían unos legajos interminables y te harían polvo en un segundo. El primer código fue de piedra negra y lo mandó tallar Hammurabi. La moda tuvo éxito y a partir de entonces todos los códigos han sido tallados en piedra negra. La piedra negra te aplastará por once mil días. Al principio el engranaje de las noches y los días, como siempre, te fragmentará la realidad en dos zonas diferenciables. Luego la luz y las sombras se te irán pareciendo más y más hasta que el fenómeno físico quede en su esqueleto de cosa irrelevante, pequeña, sujeto a la servidumbre de una mecánica infatigable y muda. Te quedarás entonces, Ernesto, sin días y sin noches. Para qué quiere un preso las noches y los días. Esas pretensiones son tonterías de pequeño burgués. Junto con esa pérdida sensible, como dicen los agobiados redactores de esquelas mortuorias, notarás cómo los contornos de las cosas comienzan a perder la nitidez. Hoy una silla desvencijada se aplasta contra un muro por un segundo. Mañana de

un chispazo desaparecen las patas de tu camastro. Un día comienzas a hablar con un recluso al que has visto ayer y anteayer y todos los días, y las palabras que te dice por un momento te parecen una letanía oída siempre en el mismo sitio y con el mismo tono de voz y con los mismos labios que se mueven incansables, que dejan ver los mismos dientes agudos y cariados. Y es, Ernesto, que te encaminas inexorablemente hacia el encrustamiento actual de tu realidad viva y sangrante —que ya no lo es más— en la otra realidad que no era tuya pero que comienza a serlo porque tú vas dejando de tener perfiles. Me oyes, perderás los días y las noches, y con ellos los asideros para caminar tu destino con paso firme, porque el tiempo, Ernesto, no es otra cosa que señales. Es una luna rítmica que da cuatro gritos de horror mímico en veintiocho días. Es el sol que llama a la plegaria, invariable, empotrado en su minarete. Es las nubes que se mueven sin tregua. El tiempo es todo eso, huellas, marcas, semillas arrojadas por los niños que temen perderse, hendiduras en las cortezas de los árboles, fósiles, ciudades enterradas, movimientos con alguna significación. Te quedarás sin señales, galvanizado a tu mundo, fundido a tu adversa circunstancia. Entonces entenderás que once mil días o mil y una noches es lo mismo en un universo sin señales. Tus captores te han puesto fuera del tiempo. Te han elevado a la categoría de Dios. Eres, como Él, equidistante de Julio César y de tu compañero de litera. Serás eterno treinta años y entenderás el dolor de ser eterno. Ser Dios duele, porque la eternidad es dolorosa. Por eso Dios es triste. Porque es eterno. Porque le duele su oficio y porque nada hizo para merecerlo. ¿Tiemblas? ¿La perspectiva presente te aterra? Suda sangre si puedes; es una vieja fórmula de alivio. Si hubiera un oído atento en el universo sé que gritarías con rabia para defender tu yo y para sentirlo y para acariciarlo y para acostarlo con ternura después de enseñarle la luna por la ventana y decirle, mira allí hay una luna, y está afuera, y no tiene nada que ver contigo, sólo sirve para alumbrarte y para recortarte el perfil contra las piedras blancas. Sé que estás dispuesto a

defender ese yo con dientes y uñas, pero sabes —y yo sé que lo sabes— que las uñas y los dientes poco te sirven frente al acero. Te queda un camino. Es espinoso y largo, pero no hay otro y sé que lo andarás.

De la manga de saliva brotó un conejo de hostilidad

I

La mañana retoza un juego de paredes blancas. El patio del penal, veinticinco metros de ancho por cien de largo, ha sido invadido por los prisioneros. Dieciséis galerías desaguan su marea viscosa, amarilla y moteada de letras Pes, por las viejas baldosas. Un muro alto rodea el patio. Unos mil hombres se van regando por todos los rincones, obedientes a los caprichos de la sombra. Otros doscientos —los muy viejos y los muy enfermos— prefieren permanecer acostados. Un observador curioso notaría cierta lógica de reunión entre los reclusos que se agrupan. Los campesinos, con sus espaldas anchas, su hablar peculiar y sus manazas grandes como sábanas, yacen casi todos en cuclillas horas enteras, en un interminable cuchicheo, difícilmente inteligible a pocos pasos. Los estudiantes hablan a gritos, gesticulando como tenores de una ópera bufa, siempre dispuestos a la risotada y a la ocurrencia jocosa. Son los que miran a los guardias —que custodian el penal desde el techo de las galerías— con gestos desafiantes. Un vejete pequeñito arrastra su pierna izquierda como si llevara atado un grillete. Se le secó de reuma, de varices y de vaya usted a saber cuántas cosas más. Desde hace cosa de un año descubrió que una pierna muerta pesa tanto como la Columna de Trajano. Un enano malgenioso se acaricia la cabezota enorme. Tiene mala fama. Nunca abandona la cuchara. Durante largas jornadas afila el cabo contra el pavimento mientras sonríe maliciosamente. Velázquez nunca lo hubiera pintado. Los enanos de Velázquez no se asoman con odio a los lienzos. Casimiro se llama el enano malgenioso. Casicrezco le gritan cuando está de espaldas. Siempre se vuelve con un gesto hosco y la cuchara desenfundada y en los ojos una mirada vidriosa de-que-salga-el-valiente-para-enjuagarle-el-rabo-de-la-cuchara-en-la-barriga. Si Velázquez se hubiera atrevido a pintarlo, una noche oscura, en cualquier

museo, hubiera saltado sobre Maribárbola para violarla salvajemente o le hubiera clavado la cuchara al Bobo de Coria con algún pretexto baladí. Nadie sabe qué hace Casimiro en la prisión, ni en el fondo a nadie le interesa su historia. Está ahí y basta con cuidarse de pisarle. “Musiú” es el otro personaje siniestro. Negro viejo, blanco en canas, manco y brujo haitiano. Estaba con los delincuentes comunes hasta que mató —él dice que por error para justificarse— a un comisario que inspeccionaba el pabellón de los comunes. Se le tiró arriba y le tasajeó el cuello con un cristal y con los dientes le arrancó una oreja y con la rodilla le machacó los huevos y después le pateó la cabeza y los ojos y las costillas. En dos minutos lo despachó para el otro mundo. Fue horrible que decidieran soltarlo entre los presos políticos. Con Musiú al lado nadie duerme tranquilo. Habla mal el español y sólo domina las blasfemias y las malas palabras. “No te pongas en el camino de Musiú” es lo primero que le advierten a los recién llegados. Los tuberculosos están en la galera catorce. Son cuatro y se mantienen rencorosamente aparte de sus compañeros. Andan juntos, comen juntos, tosen juntos, escupen sangre juntos, y todos esperan que mueran juntos antes de que se le empiece a podrir los pulmones a medio penal. Hay que cuidarse de la cuchara de Casimiro, de los dientes de Musiú y de la saliva de los tuberculosos. También hay que cuidarse de los guardias que tienen el dedo resbaloso y están deseosos de abrirle el cráneo a tiros a cualquiera que les provoque. El jefe del penal les ha dicho bien claro que “al gobierno hay que respetarlo y que ellos son el gobierno y que por lo tanto al que les desobedezca a ellos desobedece al gobierno y hay que darle dos tiros”. El silogismo costó dos muertos y cinco heridos durante la última requisa. Sacaron a los hombres de sus camas a las tres de la madrugada y les ordenaron que se quitaran toda la ropa. A empujones fueron acorralándolos en el patio y un pelotón de asalto, con las bayonetas caladas, les agrupó, mientras otros soldados volcaban patas arriba todas las galeras en busca de una pistola supuestamente escondida. Se había descubierto un plan de fuga. Después comenzaron las bromas de los

guardias:

—Tiene buen culo este anciano, ¿En qué galera duermes, viejito?

—Oye, acércate al que tienes delante. Así, pégate bien. ¿Qué pasa no te gusta?

Ricardo Cruz tenía musculatura de atleta y malas pulgas. Un cabo, mulato achinado, con una sonrisa grande y sin dientes, como la de las calabazas que tallan los ingleses en sus noches de brujas, le conminó a que se pegara a las nalgas del vejete de la pierna muerta:

—Así está bien, para qué voy a juntarme más.

—Que te arrimes te digo.

—Aproxímate hijo, qué importa —autorizó el vejete resignado.

—No oyes que te pegues —dijo el guardia punzándolo con su bayoneta. Ricardo Cruz desvió el arma con la izquierda y de una bofetada derribó al soldado. Desde el suelo le hicieron un agujerito negro en la frente. Parecía increíble que de aquel hueco manara tanta sangre. Los más jóvenes comenzaron a increpar a los guardias. Rastrillaron sus armas los de uniforme. Remigio “el Campesino” se abalanzó sobre un soldadito nuevo que no pasaba de veinte años. Lo dejaron tieso de un balazo. La gritería se hizo ensordecedora y los soldados comenzaron a disparar ráfagas al aire. Carrillo trató de hacerse oír en medio del escándalo infernal:

—Estos hijos de puta nos están machacando, ¡asesinos!, ¡asesinos!

Un culatazo le partió la cabeza y lo dejó tendido. Cuando despertó lo estaban cosiendo en la enfermería junto a otros cuatro heridos graves. Allí se enteró que la trifulca había terminado en pocos minutos, cuando el capitán Bermúdez anunció por los altavoces “que se castigaría a los guardias que se habían excedido, porque los guardias representan al gobierno y que cuando abusan entonces no representan al gobierno y hay que sancionarlos, pero que también se castigaría a los presos revoltosos porque con su conducta ofenden la generosidad del gobierno que les ha respetado la vida en lugar de matarlos que

es lo que merecen todos los que se oponen al gobierno”. Con la cabeza adolorida y la frente abultada por un gran hematoma, Carrillo fue a dar a la celda de castigo. Sin haberla visto la conocía por la descripción de otros presos desafortunados: un hueco oscuro en el cual sólo era posible mantenerse de pie. Los tres días de castigo se eternizaron. La frente abultada continuó aumentando de volumen y bajo sus párpados crecieron dos manchas negruzcas. La sutura de la cabeza tensaba aún más la piel estirada, produciéndole una implacable molestia. Le ardían los ojos y le quemaba la fiebre. El cansancio comenzó a trepársele por las piernas hasta que todos los músculos de su cuerpo se le antojaban desgarrados. En ese estado deplorable sintió una mecánica erección del pene sin que mediara el más remoto erotismo. Sonrió débilmente —la única vez en los tres días— y ensayó buscarle alguna explicación al paradójico fenómeno. A poco el agotamiento se tradujo en sueño, un sueño atroz que se le colgaba de los párpados como un ahorcado. Pronto el sueño insatisfecho substituyó rigurosamente, uno por uno, todos los dolores. La sutura que agujoneaba constantemente pasó a dar espasmódicos mordiscos. La frente, convexa como un casco de samurai a causa de la infección, se convirtió en una pena lejana, remota, que sólo daba fe de vida cuando involuntariamente Carrillo rozaba la puerta de metal. Aumentó la sensibilidad de toda la epidermis. El roce de la ropa se convirtió en una desagradable experiencia. Antes de que lograrse hallarle una explicación a la erección del pene, se aflojó el escroto, descendieron los testículos y el pene se redujo a su mínima expresión. El sueño aumentaba a cada minuto. Carrillo recostó su hombro derecho en la bisagra y cerró los ojos. A los pocos segundos sintió que perdía el equilibrio y cabeceó vigorosamente. La parte posterior de la cabeza, donde cicatrizaba el culatazo, golpeó con la pared. Carrillo creyó por un momento que la celda daba vueltas. El primer contacto con la sangre que silenciosamente manaba no fue del todo desagradable. Percibió una sensación tibia en la nuca y un hilillo que comenzaba a correrle por la espalda. Primero intentó presionar la herida con la

mano derecha, pero la sangre tenazmente se filtraba entre los dedos. Entonces aprovechó un desgarrón de la camisa y con los dientes rasgó un pedazo grande, lo envolvió y deprimió fuertemente la herida. Cada vez que intentaba cerciorarse de la coagulación, notaba desalentado que la sangre continuaba fluyendo. Como un último recurso se quitó la camisa —los jirones de camisa que le quedaban— y se anudó fuertemente la cabeza. El dolor era atroz. Una mano secreta apretaba rítmicamente todas las arterias y un latido contundente de gong chino restallaba en la frente con regularidad. La hemorragia cesó en algún momento, pero Carrillo no creyó prudente aflojar la presión hasta que calculó que habían pasado muchas horas. Estaba empapado en sudor y sangre de pies a cabeza. El sudor se fue secando y la sangre se convertía en una costra reseca. La temperatura de la piel descendió, provocándole como reacción una fiebre altísima. Los ojos rojos e hinchados comenzaron a brillarle intensamente en la oscuridad. Orinó profusamente sin percatarse del líquido caliente que le anegaba las piernas. Sintió una sensación de alivio al vaciar la vejiga y luego un repugnante olor a manzanas podridas. En ese instante tuvo como nunca el deseo de llamar al guardia y pedirle clemencia y un poco de ayuda, pero optó por morderse los labios. Supo que algunas veces le abrieron una pequeña ventanilla, a la altura del pecho, y le pasaron una lata con una sopa aguada, o unos macarrones hervidos, o simplemente pan viejo y un poco de leche agria. No sabía cómo, pero a los pocos segundos la ración había desaparecido y sólo le quedaba una sensación pastosa en la boca. A los tres días abrieron la puerta y se fue de bruces. Estuvo unos segundos acostado en el suelo y abrigó la absurda esperanza de que le dejarían dormir. Dos soldados corpulentos le arrastraron hasta la oficina del Capitán Bermúdez. Entreabrió los ojos, esperando asomarse a la expresión francamente estúpida de Bermúdez, y se sorprendió al hallar a un hombrecito de rostro afable e immaculado traje de civil. Una voz suave —este hombre también era como su voz— salió de su garganta:

—Llévenle a la galera y déjenle que duerma todo lo que quiera.

Casi a rastras llegó al patio. Torso flaco, rostro barbudo, ojos rojos de conejo, nimbados por la inflamación de la frente y flanqueados por dos oscuros hematomas. La camisa deshecha amarrada a la cintura. Goterones de sangre seca que comenzaban a convertirse en un polvillo fino. Orine, mugre, excremento, peste a manzanas podridas. Hombre proa, la muchedumbre silenciosa se escindía en dos vertientes. Con paso inseguro, frente en alto y la mirada fija en un punto impreciso. Se encaminó a su galera. Los campesinos se pusieron de pie. Los estudiantes rindieron su ineludible parloteo. Los muy enfermos y los muy viejos se incorporaron. El silencio estranguló todos los sonidos menos el de los dos pies fatigados que arañaban las piedras trabajosamente. La puerta de la galera estaba abierta de par en par. Frente a las dos filas opuestas de literas los reclusos construyeron hombro con hombro un pasadizo empedrado con gestos graves. Carrillo se movió despacio sin pronunciar una sílaba. Le dolían hasta las palabras. Llegó a su rincón, bajo la última litera y trató de arrodillarse. Tuvo miedo de desplomarse violentamente. Apoyado en la armazón metálica se fue deslizando suavemente hasta que las rodillas hicieron contacto con el suelo. La flexión le produjo un dolor agudísimo y recordó de momento, como un relámpago, las férreas trampas dentadas que los cazadores les ponen a los lobos. Apretó los labios. Puso sus dos manos en el piso, frente a las rodillas, y con la suavidad que le permitían los músculos fibrilantes fue aplastándose contra el suelo frío. Comenzaba a arrastrarse bajo la litera pero el sueño insatisfecho le dio un tirón definitivo en los párpados. Cuando despertó, muchas horas después, supo que Moleón, un campesino silencioso, rodeado de cierta aureola de misterio y heroicidad por su actuación en las guerrillas, le había levantado en vilo depositándolo en su camastro. A partir de ese momento Carrillo aprendería que la capacidad para tolerar los sufrimientos establece jerarquías entre los hombres. Sus veintisiete años y su cuerpo espigado no impedían que los ancianos le mirasen con cierto respeto y los coetáneos con franca devoción. El que sabe tragarse los gritos, y morderse

los labios a tiempo, y soportar los dolores de pie, ocupa una garita especial en la complejísima estructura valorativa de los hombres.

En la mañana límpida, Carrillo, casi restablecido del todo, esperaba, como el resto de su compañeros, la alocución que les dirigiría el nuevo alcaide. Había una imagen confusa del personaje, construida con los mil rumores que nadie sabe cómo perforaban el hermetismo de la prisión. Se trataba de un civil y vestía impecablemente. Parecía amable aunque era enérgico. Hablaba con voz queda y su vocabulario acusaba una sólida preparación profesional. Su nombre, Horacio Barniol, no era conocido porque se suponía que había pasado muchos años en el extranjero. Traía proyectos novísimos y había echado a andar un ejército de palabrejas sueltas que repicaban en los tímpanos de los reclusos a un ritmo confuso y en alguna medida embarazoso: diálogo... rehabilitación... visitas... salidas... lecturas... discusiones... lecciones. Cuando se señaló el día y la hora en que se presentaría a los reclusos la expectación había llegado al límite de la histeria. Todos miraban hacia las gargantas negras de los altoparlantes con gestos nerviosos.

A las doce en punto, una voz clara y reposada se posó en todos los oídos con la suavidad con que se le acaricia la cabeza a un sietemesino: “Presidarios, les habla el funcionario Barniol, nuevo alcaide de la prisión. Desde hace unos días el alto mando del gobierno me encomendó la tarea de dirigir con criterio científico el Presidio Político Central. El gobierno supo que los abusos eran frecuentes y el gobierno decidió ponerle fin a esta situación. Pero no bastaba con mejorar las condiciones de los presos. No bastaba con aumentar la dieta y suprimir las palizas o los castigos innecesarios; no bastaba con alejar de la prisión a los guardianes que se excedieron —al llegar a este punto la voz reposada se había tornado un tanto emotiva por los calculados latiguillos que el discurso, evidentemente escrito, llevaba insertos—, era necesario un cambio radical, un cambio de raíz que le ofreciera a los prisioneros la posibilidad de

una incorporación futura a las filas del gobierno. Estamos dispuestos una vez más a ser generosos. Pero esta generosidad han de ganársela ustedes, no les será dada de balde. Esta generosidad depende de la capacidad de cada uno para entender lo que nuestro aporte significa para el país. Era razonable, aunque nunca tolerable, que los siglos de injusticia y abusos en que ustedes moldearon sus conciencias, les produjera una hostilidad abierta hacia el régimen triunfante. Menos razonable, y por lo tanto menos tolerable, resultaba el hecho de que clases oprimidas, como algunos sectores del campesinado, y clases tradicionalmente entregadas a las causas populares, como algunos fragmentos del estudiantado, coincidieran con los enemigos del gobierno, pero atribuimos esta dolorosa paradoja a un fenómeno de acondicionamiento de reflejos, debido a que los resortes de la propaganda siempre han estado en manos de los enemigos del pueblo. En la etapa inicial no nos quedó más remedio que eliminar sin contemplaciones a los opositores. Afortunadamente ya han pasado aquellos días peligrosos cuando a cada minuto el régimen se jugaba su destino. Aquellos tiempos en que hasta muchos de los que habían hecho posible el triunfo, muchos pseudorrevolucionarios, viraron sus armas contra el gobierno y, o murieron por su traición o me escuchan cabizbajos en ese patio. Hoy es posible ofrecerles sin riesgo para nosotros una oportunidad de rectificación. No será fácil y será un largo camino a recorrer por etapas. Habrá que purificarse a cada vuelta hasta que emerjan del albañal completamente limpios y avergonzados de la vida pasada. Tampoco permitiremos que nos engañen. El cambio ha de ser honrado y hasta el tuétano y habrá que demostrarlo a cada momento. El primer movimiento, en prenda de buena fe, lo daremos nosotros: el próximo domingo, es decir, mañana, comenzarán las visitas. (Un murmullo in crescendo recorrió el patio como una explosión submarina). Hemos cursado telegramas a los familiares inmediatos de cada uno de ustedes autorizando la visita de esposas, novias, madres e hijas, y la de los hijos varones menores de catorce años. Podrán estar juntos tres horas. Podrán

anunciarles que habrá cambios sustanciales. Como la coincidencia total con el gobierno es una suma de millares de breves coincidencias, les pido que los que estimen que permitirles la visita es un gesto generoso, alcen su mano derecha — en este punto se interrumpió el discurso y un silencio ancho y sombrío extendió sus alas por el patio. Tímidamente, un dentista gordo dio su aprobación enarbolando un brazo blandengue. Le siguió un marino mercante retirado; luego un seminarista; luego un campesino renegrido por el sol; luego Casimiro, que pasó inadvertido; y a poco el patio estaba sembrado de brazos verticales con la excepción de algunos claros de tiña que fabricaba la rebeldía—. Estupendo —se oyó de nuevo la voz, otra vez reposada—, el lunes, después del conteo habitual, nos volveremos a reunir”.

II

De la manga de saliva brotó un conejo de hostilidad. *Vaya usted al carajo. Y dividió a los presos. Usted es un sarnoso colaborador.* El discurso aserró la paz. *La que colabora es su reputa madre; y un chorro de sangre (¡te mato, cabrón!).* El dentista gordo ovulaba participios angustiosos (sudaba, manoteaba, argumentaba). El veterinario —la veterinaria decían pérfidos— apoyó las dos palmas de sus manos sobre los riñones (con un gesto que las mujeres han aprendido de los afeminados), pensó en las palabras de Barniol y suspiró con un resoplido extraño. Pathos y Logos se enfrentaron en todas las variantes de la secular contienda. A la postre sobrevivieron dos bandos de epítetos feroces, aguerridos y desmelenados. Casimiro miraba. Y acariciaba su cuchara en las penumbras de su pantalón inmenso. Y soñaba con crecer. O con un periscopio. Musiú sonreía. Era su recurso cuando no entendía. Entreabría su boca y enseñaba una mucosa prieta camuflada de epidermis. Se sospechaba que tuvo dientes. Le faltaban, junto con el brazo y el lóbulo de la oreja izquierda. Huía a pedazos de la vida. Dos entusiastas del nuevo orden de cosas —implacableslocuacesapullantes— silogizaban en el oído terco de Moleón. El campesino —tenazherméticoindomable— sacudía los dardos con ligeros movimientos de cabeza (para no hablar más de la cuenta).

Tirado en su litera, Vilar (Juan Vilar Arana) elucubraba. Náufrago de silencio en una tormenta de barullo (relampagueaban bofetadas, tronaban blasfemias), planeaba su fuga. Barniol, en su discurso gangoso, anunció que los hijos menores de catorce años podían visitar a sus padres. *Y claro, podrán retirarse al concluir la visita.* A Juan Vilar Arana se le ocurrió la peregrina estupidez de que podía ser confundido con un muchacho de catorce años. *A ver si alguna vez en la vida esta cara de mierda me ayuda.* Vilar era pequeñajo; lampiño; rubianco y ojiclaro. *He sido un puñetero enano toda mi vida, tal vez ahora me sirva para algo.* Vilar era un neurótico. Paradójicamente, un gran neurótico. De sus

diecinueve años llevaba trece riñendo con la hipófisis. A los quince contra el gobierno anterior —se inició en el terrorismo. *Quién va a sospechar de tu cara y de tu figura.* Luego reanudó sus actividades cuando descubrió, más por el olfato adiestrado que por el análisis, que entre unos y otros uniformes sólo mediaba una zanja de cadáveres malolientes. Puso bombas de nuevo. Se disfrazaba de sí mismo. *Quién va a sospechar de mi cara y mi figura.* Los estallidos le elevaban la estatura y le enredaban la cara en unos largos pelos metafísicos. *A lo mejor me escurro en el tumulto.* Consultó con Carrillo.

—¿Bueno, ¿qué te parece el plan?

—Una mierda.

—¿Cómo dices?

—Una mierda sin redención.

—Tal vez no.

—Una oportunidad en miles: que entren y salgan desordenadamente; que no registren a la salida con cuidado; que el guardia que te vea no te reconozca; y que, además, piense que tienes catorce años. Casi nada.

—Nada pierdo con intentarlo.

—No, tal vez pierdas la vida.

—¿Qué harías tú en mi lugar, entonces?

—Intentarlo, claro.

—¡Quién te entiende!

—Corre el riesgo. Si todo sale bien te ahorras los treinta años de condena; si todo sale mal, también.

—Claro, como es mi pellejo...

—Tendrás que acentuar tus rasgos infantiles. Es preferible pasar por un adolescente atontado que morir ridículamente. Necesitarás recortarte el cabello, afeitarte las piernas, y ropa de otro color. No pensarás fugarte vestido de presidiario.

—Sí, había pensado en eso, pero ¿dónde consigo la ropa?

—Sólo se me ocurre una posibilidad: corta y tiñe la que llevas puesta.

—¿Cómo la tiño?

—No sé, con betún tal vez.

—Todo esto me va pareciendo una estupidez colossal.

—Y a mí. Pero es divertido.

—Claro es mi pellejo, no el tuyo.

—Entonces no pienses en fugarte ni en ninguna de esas aventuras que aparecen en las novelas calenturientas.

El plan —torpe, ridículo, fantástico— comenzó por mendigar terrones de betún reseco. *¿Para qué lo quieres? Ya te lo explicaré; una tontería que se le ha ocurrido a Vilar.* El acopio progresó lentamente tras la cosecha, galera a galera.

—Creo que ya hay bastante —dijo Carrillo.

—Parece —respondió Vilar.

—El alcohol se lo robó Mikoyan al miserable botiquín del “mediquito” Taboada. *Lo único que me faltaba es que esta prisión estuviera llena de borrachos: ¿quién fue el hijo de puta que se llevó el alcohol?* Mikoyan entregó el frasco con cierto aire de soldado que ha cumplido con su deber. *Bueno, pero qué coño se traen. Ya sabrás.* Con el betún y el alcohol se formó un engrudo apestoso y humeante que atrajo la curiosidad de Musiú. *¿Qué hacen? Teñimos unos zapatos.* El negro manco, viejo y brujo ensayó una sonrisa leporina y se marchó rezongando. Con una mirada rencorosa Vilar se miró la epidermis de batracio y procedió a rasurarse las piernas. Juan “el barbero” siguió las instrucciones con cierta extrañeza. *¿Al cero me ha dicho? Sí, al cero. Déjeme sólo la pelusa del frente.* Al final de la operación Vilar no parecía un niño. O sí parecía un niño. Pero raro, duro, distinto. Se metió en la cama tras cerciorarse que el traje de presidiario, empapado en el engrudo negro, se había vuelto otra cosa. Una cosa prieta y maloliente. La certeza de la estupidez planeada le arrugó el entrecejo. Los nervios, tensos, le embridaron los párpados y se pasó la noche mirando al techo. Cada cierto tiempo, temblaba.

III

Seguramente vendrá mañana. La aventura de Vilar me ha servido para esquivar la certidumbre de que vendrá mañana. Se pondrá un vestido negro, austero, como para la ocasión, y no olvidará colocarse la pequeña medalla con la inscripción mínima: a Marcia de Ernesto. Siempre ha esgrimido esa medalla como si se tratara de un contrato. En realidad es nuestro único documento. Tampoco demandaba uno de esos que firman los muchachos nerviosos frente a la calva del notario o la barriga del cura. Le bastaba con la medalla y con mi promesa de que nunca la llamaría mi “concubina”, palabra que se le antojaba como hecha a medida para un insecto pavoroso de ocho patas y antenas agresivas. Su curiosa logofobia hacía sudar a todos los burócratas que por cualquier razón le llenaban uno de los tontos formularios. *Nombre, Marcia Cugart. Profesión, estudiante de psicología. Edad, veinticuatro años. Estado civil, vivo con Ernesto Carrillo. ¿Cómo ha dicho? Pues que vivo, que me acuesto, con Ernesto Carrillo. ¿Pero está usted casada o no? No sé, vivimos juntos, compartimos su lecho y su sueldo, más abundante lo primero que lo segundo, pero si usted se refiere a una de esas ceremonias, que recuerde no hemos pasado por ninguna. Entonces pondré concubina. No lo haga usted. La concubina suele ser un bicho peligroso de picada mortal y dolorosa. Ponga simplemente que vivo con Ernesto Carrillo. No puedo, el espacio es muy pequeño y además, no me atrevería a escribir semejante cosa. Bien, anote lo que le plazca, pero le prevengo que la concubina es un bicharraco repulsivo y no la mujer que se acuesta con Ernesto Carrillo.* Si Marcia regresaba alguna vez a la guarida del burócrata, éste se escabullía con cualquier pretexto. Cuando llegó a mí, dos años atrás, era divinamente desvergonzada, pero sin rebasar el plano teórico. Su desenvoltura y su inexperiencia eran un contrasentido que sólo podía coincidir en la menuda Marcia. Pelo negro y suelto, a veces anudado junto a la parte posterior de la cabeza, apenas cinco pies, apenas cien libras —estratégicamente repartidas entre nalgas, senos pequeños y redondos, muslos bien formados, en

una excelente muestra de logística—, dedos pequeñitos y regordetes, dientes ligeramente protuberantes y labios carnosos y provocadores. Vociferaba en una librería la tarde que la descubrí. Demandaba a gritos le devolvieran un perro de alambre que había hecho para la clase de diseño. *Usted no ha dejado aquí ningún perro de alambre, señorita, cállese, por Dios, ¿para qué iba a robarle a usted un perro de alambre? Pues tal vez para que conversen a ladridos, señor librero. Usted, señor, ¿vio en algún momento el perro de que habla esta señorita? Seguro, estaba ahí. Dónde lo ha puesto, señor librero. Aquí todos están locos, mire, cuánto vale el maldito perro de alambre; pero por treinta centavos ha armado usted semejante escándalo. Si no toma los treinta centavos es cosa suya, pero, por favor, lárguese.* Salimos del brazo riéndonos a carcajadas y yo le pregunté si el perro de alambre existía y ella por supuesto me dijo que no, que se trataba de un experimento para saber cuánto resisten los libreros cuando se les pregunta por un perro de alambre. *Y por qué dijiste que lo habías visto. Pues porque me resultaba antipática la forma lógica en que pretendía aplastar tu planteamiento absurdo. Era como escoger entre el Teorema de Pitágoras y La Soprano Calva. Escogí, por supuesto, la Soprano Calva.* (Entonces, Marcia, reíste con ese adorable descaro que nunca te abandona).

Esa noche comimos juntos en mi apartamento. Como la cosa más natural del mundo le insinué que le haría el amor tan pronto termináramos la cena. Como la cosa más natural del mundo me anunció sin rodeos que no tenía inconveniente, pero que era virgen. *Pero cómo es eso posible. No sé, mala suerte tal vez. El mundo está lleno de hombres tímidos y de lugares faltos de intimidad. Hasta ahora había coincidido con hombres resueltos a la intemperie. Hoy, mientras buscaba un perro de alambre que no existía, hallé un hombre resuelto en la intimidad. Si fuera cursi diría que el destino. Y si fueras lírica dirías que tu virginidad se irá cabalgando en un perro de alambre.* Esta frase mía le hizo reír de nuevo. Me acerqué y la estreché. Comencé a besarla en el cuello, junto a la oreja, recorrí su nuca mordisqueándola. Me apretaba fogosa mientras se movía voluptuosamente. Comencé a desnudarla en la sala. Cuando concluí me sentí ridículo, con mi

corbata y mi camisa y mi pantalón y todo aquello que me señalaba que entre Marcia, desnuda hasta la raya del cabello, y yo, con mi disfraz de civilización, había cien mil años de historia humana. Igualmente absurdo me parecía dejar de acariciarnos mientras la acompañaba en la desnudez. Opté por abrazarla con la izquierda mientras con la derecha comencé a maniobrar con el cinturón, la cremallera de la portañuela y toda esa odiosa impedimenta. Luego, en calzoncillos, con los pantalones torpemente arrollados sobre los tobillos, tuve la noción exacta de lo que es el más atroz ridículo. Me descalcé. Me quité la camisa, siempre con la ayuda infatigable de Marcia. Al fin quedé desnudo y recuperé el aplomo y el dominio de la situación. Esto es, dejé de contemplarme haciéndole el amor a Marcia para sencillamente hacérselo sin contemplar otra cosa que aquella mujer sin pudor primerizo. La llevé cargada a la cama con la presunción absurda de que así le ahorra un trayecto acaso embarazoso. En mis brazos adivinó el propósito de mis alardes gimnásticos y con la mayor malicia sonrió. Pensé ponerla suavemente en el lecho pero opté por tirarla con alguna violencia y entonces percibí que para Marcia la rudeza era un componente inseparable del erotismo. Esa noche ensayamos todas las posturas y todas las caricias. No conocía el rubor ni el asco. No rehuía ningún proyecto, por doloroso que fuese, si existía la promesa de un orgasmo. Los sufrimientos los enjugó el placer sin derramar una gota, al fin, cansados, dormimos a pierna suelta. Al día siguiente, mientras me vestía para ir a dictar mis clases al Instituto, Marcia me comunicó, candorosamente, una decisión sorpresiva. *Iré a recoger las cosas a casa de mi abuela y me quedaré a vivir contigo hasta que nos aburramos de vernos las caras, entonces me montaré en mi perro de alambre y me largaré a interrogar librerías.* En el fondo me temía que algo así ocurriría con Marcia, de manera que opté por besarla en la frente y darle una respuesta apropiada: *A las doce y media me gusta almorzar. Poca sal y ninguna grasa. Las sábanas limpias están en el armario.* Mi reacción —lo supuse— la sorprendió. Me despidió con un beso. En el trayecto al Instituto me dediqué a construir un

cuadro coherente de su vida, con los trazos dispersos que me había dado a al salida de la librería. O frente al bodegón catalán. O a la entrada del apartamento. O desde la sala. O bajo las sábanas. O en la ducha, donde borrábamos las huellas del sexo. Estaba siempre dispuesta a contarme su vida pero renunciando inflexiblemente a hacerlo de una manera recta, lineal. La narración tortuosa, joyciana, no siempre se ajustaba a los hechos. O nunca se ajustaba a los hechos. Cómo saberlo. Por de pronto me negué a creer lo del padre francés, héroe de la Legión Extranjera, a pesar del apellido y de la montaña de datos que aportó para convencerme. En su fantasía —¿sería fantasía?— había muerto estrangulado por un beduino al que le sedujo tres de sus ocho mujeres. La madre de Marcia no lloró sobre el cadáver, pero averiguó el paradero del beduino. Se acercó a la tienda que compartía con las cinco esposas restantes (a las tres adúlteras el beduino las había enterrado vivas junto a una palmera), y sigilosamente se introdujo bajo la carpa navaja en mano. Los degolló con la mayor naturalidad, sin afectaciones ni estertores agónicos. A cada mujer le bastó con un corte rápido en el cuello. El beduino sufrió un tajo profundo y no pudo evitar que el chorro de sangre le empapara el rostro. Luego su pobre madre, con la cara embarrada en sangre, le hurgó entre las piernas y no sin ciertos escrúpulos le cercenó el miembro y los testículos. Guardó los despojos en un paño y regresó a la tumba del héroe de la Legión Extranjera. Allí, en la tumba, sobre el héroe, enterró su botín —desmirriado, exangüe, ridículo— y dijo como en las películas de John Wayne: “ya estás vengado”. Entonces lloró desconsolada, como cualquier viuda hija de cualquier vecino, recogió a la pequeña Marcia y se largó de África. Después la dulce mujeruca desaparecía misteriosamente de los relatos de Marcia. Lo cierto es que Marcia vivía con su abuela, inofensiva como un general suizo, y que el padre, legionario o beduino, no aparecía por ninguna parte.

Leía con fruición a Proust y le parecía poco femenino leer a Ortega. “Es una prosa amanerada, pero para hombres”, decía, y tiraba con desenfado los tomos

grises sobre la mesa. Sabía, por intuición, más que por análisis, lo gigantesco de Faulkner y lo pequeño de Hemingway. La psicología aparentaba tomarla en serio, pero a menudo se reía a carcajadas de la escolástica behaviorista y de toda la rígida interpretación mecanicista del hombre. Sus profesores se le antojaban pedantes sabelotodos, cuando no farsantes inveterados. Le irritaba especialmente uno jovencito, redomadamente estúpido, que conservaba de la adolescencia el acné, un bozo raquítrico y la costumbre —aseguraba convencida— de masturbarse los sábados por la noche. Sigue siendo un misterio para mí cómo aquella criatura conjugaba su voraz intelectualismo con una estupenda disposición para la cama. Pasaba sin preámbulo de Heidegger a Henry Miller. Con los lentes a caballo sobre el empeine de su nariz era tan sensual como una silla; pero sólo con quitárselos se transformaba en una hembra atrevidamente apetitosa y más atrevidamente apetente. El pudor sexual no aparecía en su flaquísima nómina de inhibiciones. Los lentes eran la única frontera reconocible entre la Dra. Jeckyll y Mrs. Hyde. Varias veces me aguardó sobre el sofá de la sala, leyendo con la mayor concentración algún texto sesudo sobre modificaciones de la conducta, escrito por Volper o cualquiera de los germanos que han hecho de la psiquis humana una ciencia tan precisa, por lo menos, como la física. Cuando entraba, venía alegre hasta mí, con el libro en una mano y los lentes en la otra. Me abrazaba cruzando los dos artefactos sobre mi cuello y en un segundo el libro, los lentes, Volper y sus maquinaciones, se metamorfoseaban en un animal ardiente. *Tienes que definirte* —le decía para enojarla— *entre las dos mujeres que escondes. Ustedes deben siempre escoger entre dos esdrújulas: o son clitoricas o son encefálicas.* Con ingenio, resultaba ortodoxamente salomónica en su selección: *cintura arriba, encefálica; cintura abajo, clitorica.* Tras el coito, generalmente heroico, si no quedaba rendida por el sueño, se calaba sus lentes grandes y continuaba ensimismada en los vericuetos del manual de psicología. A mí me maravillaba aquella perfecta dicotomía entre el instinto y el intelecto, que parecían no perturbarse nunca, como si uno no tuviera noticias

del otro, como si su vagina funcionase atada a otro centro nervioso, ajeno al que digería libros abstrusos. Sus hormonas sexuales, como los cables de alta tensión, se mantenían aislados de los otros equipos para evitar un contacto que sin duda sería fatal. Ella se reía de mis observaciones (que por mil motivos torcidos le resultaban elogiosas) y expresaba el criterio de que lo normal, aunque no fuera lo frecuente, era esa ruptura vertical entre Dra. Jeckyll y Mrs. Hyde.

A los pocos meses de vivir juntos se hicieron inocultables mis labores conspirativas. Una fuerte reacción alérgica que me tiñó el pecho y los brazos de amarillo, me mantuvo en cama varios días, coyuntura que Marcia utilizaría para interrogarme con el más impío rigor, mezclando sus hallazgos con demoleedores argumentos: *Qué pretendes, que te den dos tiros en el cráneo. O tal vez estés jugando al patriotismo. Me imagino que te divierta el terrorismo. En el fondo sería más respetable si lo haces por diversión que si te escondes en una retórica de otros tiempos. La diferencia no es ideológica sino puramente retórica. Ellos cabalgan una retórica y ustedes otra. En el fondo capitalismo, marxismo, nazismo, radicalismo, fascismo, izquierdismo, derechismo y todas esas tonteras son las mismas palabras combinadas desde perspectivas distintas. Chorros de saliva que matan. El mismo barullo ensordecedor de la torre de Babel o de la frontera de Andorra. Tu luzbelismo, siempre tu luzbelismo. Por qué tienes que “realizarte” en la rebelión. Otros se “realizan” coleccionando sellos o jugando a las cartas. ¿Que no es lo mismo? Pero es más seguro. Te matarán, Ernesto. Y te matarán en balde. Luego el parloteo seguirá con otras palabras parecidas, semejantes, huecas. No vale la pena. Y lo peor es que pese a tu obstinación sé que concuerdas conmigo. No sigas en esos pasos. Escupirán sobre tus huesos o te harán una estatua, depende quien gane, pero tus huesos no se enterarán de una cosa o de la otra. Ernesto, no insistas. No alces la voz. Mira, sólo somos sexo, pan e ideas. Todo lo tenemos resuelto. No caigas en la ridícula pretensión de querer hacer. Nadie hace nada. Todos, de una forma o de otra, no somos sino espectadores de una obra en la que al mismo tiempo actuamos. Confórmate con ver y pensar. Confórmate con poder saber burlarte de los que toman en serio las tonterías de sus libros sagrados.*

El cinismo de Marcia, tan profundamente femenino, no consiguió debilitar mis determinaciones pero creó una fisura entre nosotros. El heroísmo le parecía una cursilería y donde la mayor parte de las mujeres comienzan a fabricar un hombre idealizado, irreal, arquetípico, Marcia facturaba un muñeco risible por el que no guardaba ningún respeto. Creo que algo exageraba —no mucho— por su interés en protegerme, que era, al fin y al cabo, una manera de protegerse a sí misma, conservando resueltas sus sencillas necesidades biológicas y mantener conversaciones de alguna tensión intelectual. Pan, sexo e ideas, como proclamaba en una especie de slogan de partido político, del cual ella ocupaba los cargos directivos y era, a la vez, la única fanática. Acabamos acordando solemnemente no volver a tocar el tema. Con su enorme capacidad para desprenderse de las cosas —la hembra caliente de la intelectual; la hija de sus padres; la amante de la camarada— encerró mis actividades en un escondrijo y echó la llave en el vertedero. El tópico murió de soledad en la mayor indiferencia.

Una vez —una sola vez— le pedí que me acompañara en un viaje al interior del país, porque la presencia de una mujer era la única coartada lógica si éramos detenidos, y dedicó las tres horas del trayecto a ridiculizar a los dos jovencitos que trasladábamos, semiocultos en la parte trasera del coche. Implacable, aguerrida, les apabulló con un sinfín de razonamientos bien pulidos aunque cebados en el programa hedonista de su singular partido. *Lo que ustedes necesitan es comer a sus horas, reírse a sus anchas y copular diariamente. Nada, nada, no me asfixien con esa jerga de puerilidades. La pobreza de los obreros, la falta de libertad, la coacción, son realidades ajenas a las bombas que colocan ustedes por las noches y babeantes fragmentos de retórica, incongruentes con los hechos. Todavía no se ha escrito un libro que justifique el aniquilamiento de un hombre, y el día que se escriba debemos enterrarlo. Matar en nombre de unos principios, o dejarse matar por culpa de los principios de otros atontados como ustedes, es una imbecilidad casi perversa.* Luego se tornaba sarcástica frente a la impotencia discursiva de los

aplastados jovencitos. *La única guerra justificada es la que se declare a la castidad, que como mito, a fin de cuentas, hace mucho daño. El fuego de los mitos y de los dogmas, las hogueras del odio (a veces registraba notas líricas), hay que extinguirlo con sábanas húmedas.* Para Marcia la única explicación aceptable de las doctrinas partía de la suposición de que sus apóstoles padecían alguna enfermedad, psíquica o física, que les impedía cohabitar con facilidad. Esta perturbadora irreverencia selló la conversación —casi el monólogo— con los dos estudiantes. Yo lamenté el incidente. O tal vez no lo lamenté tanto, porque me divertía la vehemencia antidogmática, el fanatismo antifanático con que Marcia defendía su propuesta de sexo, pan e ideas. Al regreso, solos, ensayó varias maneras de volver a pedirme que me olvidara de todo y me afiliara a su bando sibarita para siempre, pero yo esquivé discutir el tema, que resultaba tanto como negarme a deponer mi actitud única que consideraba esencialmente humana. Marcia entendía cabalmente los mecanismos en que se articulaba mi criterio, pero se resistía a postular que era “indispensable” adoptar actitudes. Más bien “adoptar actitudes” se le antojaba como gestos postizos de quienes constantemente pretenden jugar un role. *Pero no te das cuenta de que eso de “adoptar una actitud” es tanto como fingir una postura, tanto como ponerse una peluca o un antifaz. La toma de conciencia es un fraude teatral de la peor especie, que, cuando no esconde vanidad oculta oportunismo.* Y luego se dirigía hacia zonas más profundas. *Ernesto, cómo se te ocurre que puede haber algo permanente en un escenario temporal. La existencia del tiempo como dimensión (que no discutía) niega rotundamente la posibilidad de alcanzar un trozo de verdad. Y si esto es innegable, qué haces muriéndote por cuatro o cinco conceptos cuya validez duda hoy media humanidad, y que mañana, irremediablemente, repudiará la humanidad completa, porque otros conceptos —entonces tan válidos como los tuyos de hoy— serán los que se debatan. Lo único que en ti no es relativo, sino plenamente absoluto, es tu carne, tus huesos, tu posibilidad de acostarte conmigo o con quien quieras, tu satisfacción al calmarte el hambre y la sed, tu alivio al defecar, tu orgullo al crear algo que valga la pena, tu frío, tu calor, tu sudor, tus temblores, cómo*

vas a entregar eso único que tienes a cambio de media docena de conceptos precarios. La apelación egoísta la dejó exhausta. Por vez primera la vi llorar. Llegamos de noche a la ciudad. Me pidió que la dejase en un parque cercano a la casa porque quería estar sola. No la vi más. Cuando llegué a casa me aguardaba la policía. Ahora me la imagino preparándose para visitarme mañana. Para decirme con su mirada que debí tomarla en cuenta y para responderle con la mía que hubiera sido inútil tratar de escapar de mi propia naturaleza.

IV

El aire, a bocanadas, trae el rumor de los parientes. Los reclusos hormiguan nerviosos por el patio. Harapos limpios. Lo más limpios posible. Todos juegan a presentir lo que ocurrirá, a imaginarse la cara que viene a verlos, la boca que viene a besarlos. Los recuerdos sirven para robarle unos minutos a la realidad. Sirven para fabricar un porvenir que casi ha llegado. Hay una preocupación banal por estar presentable, por mitigar la P lacerante de la espalda, por debilitar las de los muslos, por borrar la que se asoma a los ojos. Musiú se ha bañado. No espera a nadie. Tal vez (nadie lo sabe a ciencia cierta) tuvo a alguien en Haití. A las cuatro de la mañana le tocó el turno. Mil docientos hombres son muchos para dos hilos delgados de agua fría, que corren, acobardados, adosados a las viejas piedras. Pero se bañó, que es lo importante. Negro y brillante, puede confundirse con una foca o con un teléfono. Depende como se le mire. Es cuestión de distancias. Casimiro se quedó sucio convencido de la esterilidad de cualquier empresa encaminada a mejorarle la apariencia. Vilar está con su disfraz de niño metido bajo la sábana. El plan ha logrado mantenerse bajo el discreto control de media docena de reclusos y la sospechosa malicia de Musiú. La galera séptima es una especie de circo gitano, hay un gigantesco luchador grecorromano, que utilizaba el nombre de Atahualpa, y que habla con voz de pito. Junto a él, un astrólogo tonto, pero no tanto como para tomar en serio su curioso oficio. El gigantesco Atahualpa se ha ido encogiendo en la cárcel. El astrólogo se ha alargado espiritualmente. Conversan nerviosos como todos. Carrillo entre ellos, se esfuerza por decir algo coherente, pero se le antoja absurdo hablar en serio con un luchador y con un astrólogo al mismo tiempo. Dice algo que no logra hacer mella en Atahualpa pero que inquieta al astrólogo. Encoge los hombros e intenta de nuevo burlar la impermeable idiotez del excoloso. Nuevo fracaso. Se resigna y le entrega la palabra, inútil, degollada, al astrólogo. Guarda las manos en los bolsillos

traseros, en un gesto que recuerda las posturas de los abogados del siglo pasado o la de los muchachos nerviosos que esperan a la insaciable mujer del catedrático en una esquina oscura. Cabizbajo, abandona a sus interlocutores y se acerca a la cama donde tiritaba de miedo Vilar:

—¿Ya comenzaron a entrar? —dijo Vilar.

—Sí, en media hora entran todos. El registro no es minucioso.

—¿Esperas a alguien? —dijo Vilar.

—No sé —dijo Carrillo, un tanto melancólico.

—¿A Marcia? —dijo Vilar.

—¿Te he hablado de ella? —dijo Carrillo.

—Una vez. La mencionaste y sonreíste con afecto —dijo Vilar.

—No sé si vendrá —la respuesta de Carrillo cabalgó unos segundos sobre una mirada triste—. Ahora lo importante es lo tuyo, tu plan de fuga. ¿Qué piensas hacer?

—Esperar bajo la sábana a que termine la visita, luego sumarme a la muchedumbre que se va. La puerta es ancha y si salen con el mismo desorden con que entraron no tendré dificultades —dijo Vilar y con el dorso de la mano se borró un hilo de sudor que le temblaba sobre los labios.

La mujer de Moleón era ancha, cetácea, gorda y llorosa; sin edad —se paseaba resignadamente entre los treinta y los sesenta— y llevaba de la mano un chiquillo delgaducho, inquieto, y gritón. Presumir que era el hijo era razonar al margen de las apariencias. Pero era el hijo. Y era, además, el hijo de Moleón. El hombre silencioso abrazó a la mujer gorda y cargó al hijo. A la inversa hubiera sido imposible. Sollozaron, Moleón besó a su hijo con infinita ternura. Con los ojos cerrados, el chiquillo delgaducho, inquieto y gritón se negó a sí mismo con un abrazo fuerte, quieto, callado. Ese domingo blanco le devolvió a su padre corpulento y silencioso. Le trajo al campesino legendario de quien se ufanaba en la escuela, y de quien presentía se hablaba con respeto y cierto temor. La mujer ancha no paraba de llorar. Moleón le enjugó las lágrimas y se la

llevó, junto con el muchacho, a un extremo de la galera. Hablaron intensamente.

Gonzaga recibió la visita de su madre y de dos sobrinas huérfanas. El padre de las niñas, el hermano menor de Gonzaga, murió la noche de la detención. Lo mataron como un conejo cuando trató de saltar al balcón vecino. Cuando cayó al suelo ya estaba muerto. Una bala cuarenta y cinco le entró por la sien derecha y le arrancó los ojos. Otra le destrozó el maxilar y los dientes. Le vaciaron un peine de M-3 completo. Cuando cayó no se parecía al que había saltado. Como estaba muerto lo arrastraron por los pies escaleras abajo, hacia la salida. Gonzaga iba delante, con las manos esposadas a la espalda oyendo los golpes secos del cráneo que golpeaba rítmicamente, duro al principio, más blando después, fofo cuando llegó al último escalón. Entonces Gonzaga se viró de pronto y vio un muñeco negro, un muñeco rojo, un muñeco pegajoso, un muñeco sin ojos, un muñeco sin paja, destripado, con el orine y el excremento jugándole entre las piernas y vio una cabeza negra, una cabeza roja, una cabeza chata, llena de agujeros y con la sonrisa descolgada sobre el cuello. Y el sonido pac-pac-pac-pac-pac grabado en su memoria; y el sonido poc-poc-poc-poc-poc-poc; y el sonido pof-pof-pof-pof-pof-pof. Tres pisos no es una altura enorme. Es una distancia corta. A no ser que se mida en pacs, en pocs, o en pofs. Los pofs son muchos. Hay miles de pofs en tres pisos. Y ahora tenía delante las dos niñas rubias. Se parecían a su hermano cuando empezó a saltar. No se parecen al muñeco pegajoso que cayó. Gonzaga se las sentó en las rodillas. Una señal de la madre —vieja, enlutada, filosa— le puso en sobre aviso de que las niñas ya sabían la suerte de su padre. Ahora sólo quedaba explicarles lo que era la muerte. Optó por bromear, por revolverles las cabezas amarillas; por hacerles cosquillas; por contarles tres de los siete viajes de Simbad el Marino y la historia tremenda de Gulliver en Lilibut. A fin de cuentas la muerte no era una incógnita más sencilla para él que para las niñas. Algo así como un salto, unos estruendos y luego un muñeco rojo, pegajoso y una cabeza chata. Mejor Simbad o Aladino. La vieja —madre, enlutada, filosa—, apretó las lágrimas, una a una,

con sus dedos artríticos. No dejó que fluyeran, las asfixió con rabia y tiró los cadáveres al piso.

Víctor Fernández saludó a su hermana con un abrazo seco. Su hermana lo miró con cara de te-dije-que-te-sucedría. El joven soñaba con una mirada compasiva de sé-lo-que-sufres-y-sufro-tanto-como-tú. Su hermana adivinó y se la dio. Víctor Fernández se la agradeció en el alma.

A Luis Hermida le vinieron las dos mujeres. La amante permaneció callada. La legítima vociferó y dijo que si en la cárcel también, que si no le bastaba, que si no había límites... que si podía por lo menos cargar al niño lloroso que acariciaba la amante callada. Hermida se lo trajo. Ella lo cargó con extrañeza. Lo miró detenidamente. Miró a su marido detenidamente. Los comparó detenidamente. Lo estrechó contra su pecho y decidió irse. Hermida se lo agradeció apretándole un brazo y mirándole a los ojos. A poco, diluida por la certidumbre de ser la que sobraba, desapareció en el tumulto.

La madre de Vergara fue citada por error. Una semana antes un telegrama escueto le había comunicado la ejecución de su hijo. Gritó, lloró, se encerró en su cuarto y rezó. En el fondo guardaba la esperanza de que todo fuese una equivocación. Lo creía muerto, pero la citación a la visita le inyectó vida en sus arterias endurecidas. Primero se extrañó de no hallarlo junto a la reja. Luego de que no estuviera en la galera octava. Y comenzó a indagar. Nadie quería conocerle, nadie quería darle otra vez la noticia. Unos cabellos blancos y unos lentes gruesos la tomaron del brazo y le dijeron la verdad con la gravedad con que se dicen estas cosas. La madre de Vergara esgrimió el telegrama, lo arrugó, pero los cabellos blancos inflexibles y los lentes gruesos inflexibles, insistían con voz opaca, susurrante, atemorizada. Al fin la madre de Vergara los creyó. Los cabellos blancos callaron primero, luego los lentes gruesos. Un sollozo rotundo, absoluto, le acunó la pena a la anciana equivocada.

El coronel Serrano había sido un tipo feroz cuarenta y ocho de sus cincuenta años (fue un niño feroz también). Los dos últimos años los había pasado

acurrucado en la cárcel. Sin guerrera y sin entorchados se redujo, se estrechó, perdió volumen, se le aflautó la voz y cambió la ferocidad por una actitud dócil de total obediencia. El coronel Serrano tenía tres cosas significativas: una hernia inguinal, un libro de yoga y una mujer que en los últimos treinta y siete de su cincuenta años le había amado mecánicamente, con piedad e indiferencia (Serrano también fue un niño precoz). La mujer de Serrano lo encontró pequeñito, pero no se lo dijo. Le chocó la voz de pito, pero tampoco se lo dijo. Se limitó a seguir, piadosa e indiferente las instrucciones del coronel. En un rincón de la galera se quitó los bloomers. La falda ancha, de campana, ocultó el delito. Serrano se sentó en una silla de tijera y la dama, lánguida, resignada, siempre piadosa, se sentó a caballo sobre el militar, frente a frente, casi de hombre a hombre, y con las manos pudorosas, se percató de que la falda ancha, de campana, protegiera su trabajo de la mirada de cualquier impertinente. A poco comenzaron unos temblorcillos y al coronel Serrano se le vidriaron los ojos. Los del vecindario —seis presos y sus visitantes— suspiraron aliviados cuando la silla de tijeras dejó de cruji.

Llegó la hora de partir. El altavoz trajo la noticia con el dejo inconfundible del funcionario Barniol. Armando y Carrillo se acercaron a la cama de Vilar. A Vilar le castañeaban los dientes. Martínez se sumó al grupo. Eddy Puig vio con asombro cómo Vilar saltaba de la cama disfrazado de niño. Llamó a Habach, a Varona, a Agramonte. Un círculo de curiosos rodeó a Vilar.

—Señores, voy a tratar de irme en el tumulto, no les dije nada a algunos de ustedes por no alarmarlos —se explicó torpemente.

—Déjame verte, da la vuelta —dijo Puig con sorna.

—Crecidito el niño —exclamó Habach agitando el dedo medio de la mano derecha con un gesto elocuente.

—Ah, no, así no te puedes ir. Hay que cantarte algo —dijo Varona.

—Déjenme, por favor —dijo Vilar en tono suplicante.

El altavoz anunció la salida. Los presos deberían permanecer en sus galeras

y los familiares aproximarse a la reja del patio. En la galera séptima una coplilla desafinada se dejó oír:

Naranja dulce
limón partido
dame un abrazo
por Dios te pido.
Tú eres muy lindo
y muy lampiño
pero esos huevos
no son de niño.

—Señores, por favor, no jodan, que lo van a echar todo a perder.

Tú eres muy lindo
y muy lampiño
pero esos huevos
no son de niño.

—¡Cállense, coño!

Pero esos huevos
no son de niño.

Vilar se juntó a la masa que comenzaba a salir, entre la abuela de alguien y la hija de otro. A pocos pasos la mujer de Moleón le miraba curiosa. El niño inquieto, flacucho y gritón, se le colgaba del brazo. En el último minuto Carrillo le había dado un papel a Vilar con la encomienda de que viese a Marcia. A la Marcia que no se había puesto el vestido negro ni se había colgado la pequeña

medalla con la inscripción lacónica. “Vete a verla y dile que estoy bien, que sólo me falta un perro de alambre. No te preocupes, ella entenderá”. Iban saliendo sin mucha dificultad, bajo la mirada cansada del propio funcionario Barniol, Vilar sintió un cosquilleo en las piernas y unas tremendas ganas de orinar. Sus testículos se arrugaron y encogieron. Las palmas de las manos y los pies comenzaron a sudarle copiosamente. Todo él comenzó a sudar copiosamente. El sol, el miedo, el sudor, la mañana blanca, y la camisa negra, embetunada, que malolía a dos pulgadas, y que comenzaba a desteñir con los chorros de sudor. Todo aquello era un disparate. Si le descubrían le ejecutarían sin remedio. A unos pasos estaba la puerta y entonces Vilar notó que los familiares se volvían para saludar con la mano o con el pañuelo a las manos y pañuelos que se agitaban desde las galerías; creyó prudente hacerlo y buscó con los ojos su galera y no miró a nadie en particular, pero movía la mano frenéticamente para calmarse el miedo que le caminaba por las entrañas. La vejiga parecía estallarle. Se sintió helado. Llegó a la puerta y la mano del funcionario Barniol se le posó en el hombro y entonces vio unos labios que se movían y unos dientes parejitos y le pareció oír:

—¿A quién vienes tú a ver? ¿Qué edad tienes? —preguntó el funcionario, y sin dar tiempo a que respondiese, inquirió—: ¿Quién viene contigo, cuál es tu madre?

Vilar sintió un sabor amargo en los labios y una secreción pastosa en toda la boca. Se dio cuenta de que no se le ocurría nada válido, que no tenía nada que decir, que había sido una imbecilidad aquel plan descabellado y aquellas ropas malolientes y ridículas. Le parecía irreprimible la micción de orina cuando una voz enérgica le conmovió:

—¡Muchacho malcriado, la última vez que te traigo a ver a tu padre! Llevo una hora buscándote —la mujer de Moleón se movió como una tromba entre la fila de visitantes y llegó junto a Vilar, arrastrando con una mano a su hijo flacucho. Lo tomó del brazo—. Camina, idiota —dijo con la mayor rudeza.

—¿Qué edad tiene su hijo? —preguntó Barniol extrañado.

—Quince años —contestó resuelta la mujer ancha.

—Catorce era el límite —dijo el funcionario Barniol en tono triunfal, satisfecho de su pesquisa—, no lo traiga más o le prohibiré a usted también las visitas.

—No se repetirá —dijo la mujer ancha en un tono humilde y con un gesto abyecto de gratitud por la benevolencia del funcionario.

A la salida, en un recodo, Vilar se separó de la muchedumbre, se rebuscó entre las piernas, extrajo un pene acobardado, rudimentario, inofensivo, y lo puso en uso con una elocuente expresión de alivio.

V

El funcionario Barniol oyó los tres toques de nudillo y se apresuró a realizar unas cuantas operaciones estratégicas. Abrió el cartapacio que tenía delante; se arregló la corbata; carraspeó la garganta, tragó una densa bola de flema, lamentando no tener a mano una escupidera, sacó el revólver —Colt Cobra 38, cinco balas, poco alcance, mala leche— y lo guardó en la primera gaveta de la derecha tras cerciorarse mecánicamente de que estaba cargado. Mentalmente repasó la situación: la fuga del terrorista Vilar era un episodio embarazoso. Especialmente porque fue en sus narices. Especialmente porque se iniciaba el “Plan de Rehabilitación”. La confidencia llegó tarde y sólo fue válida para saber los nombres de los encartados. Los interrogatorios, otras confidencias provenientes de la galera séptima y unos cabos correctamente atados, llevaban la pista hasta un maestro, también terrorista, que comenzaba a singularizarse peligrosamente dentro de la espesura monocromática del “personal”, como se le llamaba a los reclusos. El cartapacio con la ficha particular no arrojaba nada claro. El tal Carrillo había sido profesor de Introducción de la Filosofía, en el Instituto Central y, siempre rehuendo los primeros planos, o sin habilidad para escalarlos, o por falta de ambiciones (el funcionario Barniol nunca se casaba con una sola hipótesis) participó de todas las revueltas significativas contra el corrompido gobierno anterior, llevó a cabo el atentado a Azcárate, él solo, sin ayuda de nadie, iniciándose en el terrorismo por aquel entonces, pero —con un sospechoso desinterés— sin preocuparse luego por pasarle la factura al nuevo gobierno, no aceptando ninguno de los cargos ofrecidos.

El cuadro familiar había que analizarlo por ausencia. La madre, muerta a los cuatro años de haber parido al tal Carrillo; el padre desaparecido cuando el tal Carrillo arribaba a los diez; y luego una institución religiosa, para huérfanos, de donde le expulsaron por indisciplina y por liderar una huelga de hambre, justo en el momento de terminar el bachillerato. Trabajos usuales; vendedor de

zapatos en una peletería, amanuense de un notario opulento, echado por agredir a un cliente y luego al notario opulento, cuando le pedía cuentas, y — esto era más raro— seis meses como reparador de cadáveres en una funeraria del barrio chino. Estudios nocturnos en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central y oposiciones a una cátedra de su especialidad, ganada por talento, o acaso por suerte, quién sabe si por influencias. Soltero, pero en concubinato con una estudiante de psicología, interrogada oportunamente y al parecer al margen de las actividades del tal Carrillo. Sus alumnos, la tal estudiante de psicología y algunos de sus amigos interrogados no logran ubicar su posición política con nitidez, pero aunque no milita en ningún partido parece inclinarse hacia el anarquismo. Cuando ocurrió el último incidente en la cárcel, en época del Capitán Bermúdez, fue uno de los agitadores.

El funcionario Barniol terminó su inventario recordando en un chispazo al joven alto, delgado, de tez morena, que ordenara sacar de la celda de castigo el día que inició sus funciones de Alcaide. Con la garganta limpia tras deglutir la bola de flema, dijo con voz clara:

—Pase —y ajustó la imagen del joven que recordaba con la del que tenía delante.

—Funcionario Barniol, éste es el recluso Carrillo —dijo el escolta con el tono con que los escoltas se supone que hablen.

—Puede retirarse —dijo Barniol sin amabilidad. Cuando el escolta, caminando como se supone que caminan los escoltas cuando se van de algún sitio, abandonó el salón, el funcionario se dirigió a Carrillo.

—Siéntese —dijo y subrayó con un gesto acaso demasiado cordial tratándose de un prisionero, pero quizás adecuado a lo que se proponía. En cualquier caso hubiera preferido no haberlo hecho.

Carrillo se sumergió en una enorme butaca de piel roja, pulposa, y por reflejos atávicos se fue encogiendo hasta una postura casi fetal. Se sintió ridículo y cruzó la pierna. El territorio extraño lo miró agresivo, percibió la hostilidad de

los cuadros —antiguos, oscuros, cursis— y el desprecio de los muebles —no tan antiguos, no tan oscuros, pero cursis también. Al fondo, un espejo inquieto prodigaba su naturaleza esquizofrénica deformando de alguna manera imperceptible lo que se le asomara a la cara. Una lámpara de araña tejía su hilo amarillo entre la pelambre de cristal inmóvil. La estantería exhibía hileras de libros jurídicos, iguales, uniformados en verde castrense por el encuadernador sin imaginación. Sobre la mesa, un retrato de una mujer gorda, rubia, con una sonrisa tetánica congelada entre los labios. Seguramente la mujer de Barniol. Se le parecía, como se van pareciendo algunas mujeres a sus maridos a fuerza de verles las caras. *Mimetismo conyugal. Transconyugalismo. Empiezan entregando la inocencia y acaban rindiendo las facciones y el repertorio de gestos. Luego el amor con ellas se torna difícil. Se convierte la cama en una forma absurda de autoposesión. En el momento cumbre hacen una mueca reconocible, una mueca que acostumbra a hacer uno al afeitarse o al tomar la sopa, y lo echan todo a perder. O la mueca se parece a la que hace la hermana de uno, o la madre de uno, y el forcejeo lúbrico se vuelve entonces una cosa fea, incestuosa, embarazosa. La dedicatoria del retrato es lastimosamente tonta, cursi, tanto como todas las dedicatorias de retratos, especialmente las que anotan las mujeres gordas, rubias. Barniol es menos tonto, menos rubio y menos gordo que su mujer. Además, no se le parece tanto. O tal vez se esfuerza por no parecersele. Lo que no es lo mismo y lo que indica que Barniol huye de su mujer porque no es nada cómodo eso de estar casado con uno mismo. Está bien a los catorce años, pero Barniol ya tiene unos cuarenta. ¿O tiene treinta y cinco? No, mejor cuarenta.* La hostilidad ambiental iba reduciéndose con el análisis. Los cuadros ensayaron una mirada cordial. La lámpara de araña disimuló su amenazante verticalidad de cristales. Carrillo, al fin se sintió acunado por un gigante de confort.

—Estamos plenamente informados de que usted colaboró en la fuga de Vilar —dijo Barniol poniéndose de pie, con las manos enlazadas en la espalda y caminando lentamente sin mirar a su interlocutor.

—Aporté algunas ideas —dijo Carrillo con un timbre de orgullo, pulsado

para irritar al funcionario.

—¿No teme que le castigue? —preguntó Barniol a medio camino entre la curiosidad y el sadismo.

—Claro que temo, pero eso estaba en el presupuesto. Lo inusual sería que no me castigasen —dijo Carrillo explorando con algunas esperanzas el afán de originalidad de Barniol.

—Eso depende de usted —dijo Barniol adivinando en el tal Carrillo un principio de flaqueza—. Depende de su actitud. Yo he venido al Presidio Central a ensayar un método nuevo. Bermúdez, en mi lugar, le hubiera encerrado un mes en la celda de castigo o hubiera tolerado que a un guardia se le escapase un balazo. Pero le repito, ni yo soy Bermúdez ni éstos son mis métodos —Barniol hizo una pausa para pasarse la puntita de la lengua por la boca—. Al Gobierno no le conviene por razones de estrategia política, y hasta por humanidad, mantener en las cárceles a miles de presos políticos. Tampoco puede volcarlos de nuevo en las calles porque no tardarían en conspirar —hizo otra pausa, muy breve, y reincidió en la liturgia de la puntita de la lengua—, así que el camino es reformarlos. Es mejor para ellos y mejor para el Gobierno.

Carrillo, con sorna, creyó adecuado lanzar una pregunta suavemente, en paracaídas:

—¿Y usted seriamente cree que se “reformen”? —la última palabra la masticó con reticencia. El “se” en lugar del “nos” se convirtió en un elemento hostil.

—Unos sí y otros no —dijo Barniol; una vez dicha la frase, percutió hueca en su conciencia—. Los ignorantes, los campesinos y los pescadores, tal vez los estudiantes más jóvenes —añadió el último grupo arrugando la nariz y el entrecejo en un gesto de duda— probablemente entiendan sin dificultades que han sido instrumentos de sus enemigos naturales. El resto, salvo excepciones, “fingirá” que se reforma, pero eso basta.

La última oración por su franqueza, por su cariz de estrategia secreta,

sorprendió al preso:

—¿Y por qué basta con que finjan; no es eso peligroso para el Gobierno? — dijo Carrillo.

—No —contestó rotundo, ya sentado otra vez en su escritorio, y taladrándole la mirada al tal Carrillo—, una vez que finjan más allá de ciertos límites, la propia vergüenza les cauterizará las ganas de volver a meterse en problemas. Van por lana y son trasquilados. Al principio tratan de confundir poniéndose un disfraz, pero al cabo descubren que han llevado el disfraz demasiado tiempo para quitárselo de un tirón. Si no se reforman, al menos se deforman, cosa que al gobierno le tiene sin cuidado. En otros sitios les matan sin contemplaciones. Nosotros —la voz sonaba implacable— preferimos reformarlos, pero si tratan de engañarnos ellos mismos se deforman —al terminar, introdujo el dedo índice en el cuello apretado de la camisa y estiró la cara y los labios hacia adelante mientras abría los ojos desmesuradamente. El gesto era una involuntaria confirmación de sus razones poderosas y de la certeza con que arropaba sus conclusiones.

Ernesto Carrillo descubrió que era absurdo mantener el tono de sorna frente al funcionario Barniol. Se dio cuenta (y lo lamentó) que su inveterada costumbre de menospreciar a la gente, especialmente a los funcionarios de cualquier naturaleza, podía traer equivocaciones innecesarias. Barniol se puso de pie y se dirigió a un mueble empotrado en la pared. Extrajo una botella de coñac y dos copas.

—Beba —dijo, y le alargó la copa al tal Carrillo.

—No, gracias —dijo Carrillo disminuido.

—Beba, hombre —insistió Barniol con vigor, sin aceptar la negativa. El tal Carrillo sacó de su cuerpo un brazo flaco y largo que obedeció con un silencio velludo.

—¿Y por qué me cuenta todo esto a mí? —preguntó Carrillo paseando los ojos por el licor.

—Por varias razones —el funcionario Barniol se frotó las manos con la mirada—, primero, porque su extracción revolucionaria y su expediente de lucha y sus antecedentes familiares lo definen como un hombre del Gobierno y no de la oposición, aunque usted haya tomado el camino contrario —Barniol notó que el tal Carrillo le pidió con un movimiento de la comisura de los labios que abandonase la insincera lista de elogios; tomó nota mentalmente y pasó al punto siguiente—; segundo, porque con el grado de influencia que usted tiene entre los presos mi labor se aceleraría. De todas maneras se reformarán...

—O se deformarán —interrumpió Carrillo.

—De acuerdo, o se deformarán. Pero lo harán con usted o a pesar de usted. Yo quiero que razone, que piense con la frialdad con que se piensan estas cosas y que abrevie un trámite engorroso para todos.

—No cuente conmigo para eso. Además, le seré franco: me opondré resueltamente y con todo el peso de ese grado de influencia que usted dice que tengo —le temblaba la voz. Después de decirlo experimentó temor y satisfacción a un tiempo. Se reconoció a sí mismo. Se vio como se quería ver. Se oyó como se imaginaba. Pero no pudo evitar la duda sobre la naturaleza más íntima de lo que decía. Temió jugar al héroe, luego se sintió cabal, auténtico otra vez.

—Le costará trabajo —dijo Barniol sin alterar un músculo de la cara y mirando entretenido la ceniza del tabaco que acababa de encender—. Eso era fácil regresando de la celda de castigo con la cabeza rota y en andrajos. Ahora usted regresará a su galera sin un rasguño, tras haber conversado un buen rato con el Alcaide y con un aliento a buen coñac que se lo descubrirán antes de dar dos pasos. Así es difícil convocar a la rebeldía. ¡ESCOLTA! —gritó resuelto poniéndose de pie. Ernesto Carrillo se incorporó confundido.

VI

—¿Marcia Cugart?

—Sí.

—Dice Ernesto Carrillo que está bien.

—Es capaz de cualquier cosa. Hasta de eso.

—Que sólo le falta un perro de alambre.

—A mí también. ¿Quiere entrar?

—Voy de prisa.

—¿Cómo se llama?

—Eso no importa.

—Es usted muy joven.

—Tiene sus ventajas.

—Me lo figuro.

—¿Irá usted a verle?

—No, por supuesto que no.

—¿Por qué?

—No tiene sentido.

—¿Recibió usted el telegrama de la visita?

—Sí.

—¿Por qué no fue?

—Le repito que no tiene sentido.

—Para él sí. La esperó.

—Puede esperar tres horas de balde, Cansa, pero no mata.

—Es usted cruel.

—Más lo sería si esperara treinta años de balde.

—La esperanza...

—Que la destierre. Nadie tiene derecho a ella.

—Es lo único que tienen los presos.

—No, tienen barrotos, uniformes y horarios.

—Pero la esperanza...

—Pertenece al lado de acá de la reja.

—Se necesita para vivir.

—No diga tonterías. Es un artículo suntuario.

—¿Qué es eso del perro de alambre?

—Lo que usted señalaba.

—¿Cómo dice?

—Muy claro: la esperanza.

—¿Cuál esperanza?

—La de ambos. La que no tenemos.

—Entonces... le quiere.

—Eso no importa. Dejaré de hacerlo.

—¿Está segura?

—Obviamente, querer es una perversión de la atención. Una obsesión compulsiva.

—No entiendo.

—Ya entenderá o se morirá sin entender. Es más o menos lo mismo.

—¿Qué hará usted?

—Sobrevivir, como todos, hasta un día.

—¿...Y Ernesto?

—No sobrevivirá, no quiere. Pone muchas condiciones.

—Tenga compasión, visítelo.

—Compasión... esperanza... se ve que usted es muy joven.

—Pero usted también...

—Si, a mi manera.

—¿Hay más de una manera?

—Claro, usted padece su juventud, yo, en cambio... la utilizo.

—¿La utiliza, la usa como una herramienta?

—Empieza a entender.
—¿La seguirá utilizando?
—Por supuesto; no tenga la menor duda.
—No debiera...
—Todo lo contrario, es mi deber.
—¿Su deber?
—Claro, mi deber con el género, con la especie, con la vida.
—Y los otros deberes.
—¡No hay otros deberes!
—Moralmente...
—No insista en decir tonterías.
—El espíritu...
—Cuando pueda palparlo, como mis ovarios, comenzaré a creer en él.
—Es inútil, me voy.
—No, espere...
—Y bien...
—Nada, váyase.
—Adiós.
—Adiós.

VII

El sabor del coñac te hizo entrar en la galera con un trotecito rápido de indio sorprendido robando pan. El miedo a despertar sospechas miserables te pone gestos sospechosos en la cara. Eso te irrita y reaccionas con una enorme hostilidad hacia todo. Enfrente se te asoma alguien a los ojos y te dice algo vacuo que no alcanzas a interpretar. Le contestas con alguna vaguedad opaca, lejana, y sigues tu camino entre el dibujo de piernas desnudas, vestidas, lampiñas, largas, cortas, deformes, zambas, tiesas, peladas, rotas, torpes, que el cansancio ha ido tejiendo a todo lo largo del pasillo. Cincuenta literas de tres pisos —veinticinco a cada lado— escoltan tu paseo. La última será la tuya. No te quejas porque al fin tienes cama y es mejor dormir sobre una lona tensa, con la bóveda del techo a dos palmos de tus ojos, que en el suelo asqueroso. Un obsequio del funcionario Barniol. Barniol te ha parecido astuto y en el fondo te ha halagado su franqueza. Le agradeces —y eso te confunde— que te haya escogido como su oponente. Los dos, piensas, necesitan jugar a la literatura de antes, necesitan jugar a la novela antigua con su protagonista, su antagonista, su trama, su lucha agónica y su desenlace. Sólo que la perspectiva fabrica dos novelas distintas. Tú, el protagonista de la tuya; Barniol, el héroe de la suya. Él, tu antagonista en tu ficción. Tú, su antihéroe en la suya. Su novela trata de la eficiencia con que un funcionario inteligente manipula a un grupo peligroso de antisociales hasta incorporarlos a la sociedad, con sus cerebros limpios de la mugre secular, o incorporarlos con sus cerebros mugrientos, pero incapaces de seguir siendo antisociales. En su libro, tú eres la oportunidad de demostrarse su talento, su astucia, su habilidad para cumplir la misión encomendada. Necesita un contraste. Por eso te ha llamado. En el fondo tu “influencia” en el grupo no es para tomarse en cuenta. Él, como tú, necesita alimentar su ego con algunas victorias. No le bastaba la masa informe a la que se dirige por los altavoces. Eso no es un

enemigo. Un enemigo tiene que ser alguien, algo no sirve. Tiene que ser una cara, y unos ojos odiosos, y una boca detestable, y una mirada hostil y un cuerpo al cual machacar, o acuchillar, o escupir, o pisotear. Al enemigo se le odia, pero para ello hay que figurárselo, hay que darle figura. Es como amar: se ama una mujer, ésa, aquélla, unos senos, unas nalgas, una manera de desnudarse, o de hablar por teléfono, o de reír. Hace falta el sujeto. El amigo o el enemigo abstractos no existen. Barniol te ha elegido como su sujeto. Te inquieta imaginarte las excusas que se habrá dado para justificar su proceder. Tal vez ninguna. No todos se someten, como tú, a estos “ejercicios” espirituales. Esa liturgia obsesiva de observar los estratos de la realidad meticulosamente, como en un rito sagrado y repugnante, no es frecuente, la gente se conforma con lo que ve y lo que siente. Verse actuar, verse ser, es más bien raro. Pero más aún verse viéndose ser. Y ver viéndose ser al otro. Tu intelectualismo te echa a perder la vida, te la pudre. La mosca, con sus ojos poliédricos, ve mil facetas de la realidad al mismo tiempo, pero no pierde el tiempo explicándolas. Tú, con tu mirada chata, ves un solo aspecto, pero entonces empiezas a desarmarlo y a observarlo pieza por pieza, y un ojo monstruoso te sale desde adentro y comienza a verte desarmando la realidad en piezas; y otro ojo más monstruoso, más negro, más oscuro, comienza a observar que te estás mirando mientras desarmas la realidad en piezas, y así te vas llenando de ojos que se espían, que te espían y que velan por tus actos, mientras se espían ellos mismos y velan por sus actos.

En tu novela Barniol claro, es el antagonista. Tu argumento es diferente. Trata de un hombre medio muerto hace muchos años, que sólo siente la vida rebelándose, negándose, apretando los puños, indignándose, protegiendo su intimidad con las uñas, defendiendo su dignidad a puñetazos. Tu luzbelismo, Ernesto, tu incorregible luzbelismo. Pero un día los barrotes y los muros le convierten la rebelión, la sustancia de su vida, en un acto suicida, y entonces te das cuenta, Ernesto, que tu novela es deficiente porque no tiene

un desenlace imprevisto, como las novelas de antes. Sabes que tu antagonista te machacará, te acuchillará, te escupirá, te pisoteará... y te derrotará, pero no tienes otro camino que entregarte a tu destino, o a la “mecánica de las cosas” como te gustaba decir. Jugarás tu papel en tu novela hasta el final. Hasta el último capítulo. Ahora te acuestas en tu litera. La más elevada de las tres. Con el cielo amarillento de la bóveda a dos palmos. A tus pies hay un paisaje raro, amarillo, con unas Pes negras, y se oye una brisa de palabras. Viento ensalivado, incoherencias, tonterías que se dicen en lo que viene el silencio, en lo que viene la muerte. Dentro de un rato hablará Barniol por los altavoces.

“Reclusos —la voz se largó en ancas de la estática hasta que los controles la dejaron sola, —clara—: el Gobierno cree que ha llegado la hora de darle a los presos políticos la oportunidad que no merecen, la que nunca hubieran dado ellos si sus oscuros designios hubieran triunfado —los presos, en tensión, escuchaban atentamente formados por galeras en los dos tercios superiores del gran patio—, pero el Régimen es generoso, y está dispuesto a ofrecerles alternativas a los condenados. Hoy se inauguran los cursos doctrinarios. Hemos preparado para este fin el antiguo pabellón de castigo. En él se dictarán los preceptos de la Doctrina; en él algunos de ustedes comenzarán a abrir los ojos por vez primera; algunos de ustedes se percatarán de la bárbara ignorancia que padecían y que les condujo hasta su estado actual. Otros, que apenas arañaban la superficie de nuestra Doctrina, la única genuinamente científica, la única con un método válido de análisis, podrán salir de sus dudas. Sin embargo, además del conocimiento que impartiremos, además de traer la luz a vuestros cerebros, daremos algo menos importante, menos significativo, pero que acaso les complazca. A los que acudan a los cursos, durante los tres primeros meses, recibirán visita doble semanal. Al cabo de los tres meses, si los instructores así lo acreditan, si los progresos son satisfactorios, serán sacados del Presidio

Central y llevados a una granja penal donde se incorporarán al trabajo fructífero. Allí en contacto directo con la tierra, con las plantas, con los frutos, la Doctrina cobrará su exacto contenido. Después de seis meses en las labores agrícolas y sometidos a estudios diarios, cada vez más intensos, podrán abandonar la granja un día al mes para pasarlo en sus casas. Esto continuará durante tres meses, al cabo de los cuales podrán trasladarse los domingos a sus casas. Así pasarán el segundo año completo. Al finalizar el segundo año un Comité de Libertad estudiará los progresos realizados y determinará si pueden incorporarse a la sociedad nuevamente. A partir de ahí, sólo tendrán que acudir una vez a la semana al sitio que se les indique para testimoniar su buen comportamiento y su adhesión a la causa. Voy a hacer la primera llamada pública a los que tengan el buen juicio de acogerse al programa de rehabilitación. Reclusos —la voz sonó imperativa—, los que deseen sumarse al ‘Plan de Rehabilitación’ agrúpanse al frente del patio.”

El calor sofocante se enredó en los murmullos de los presidiarios, en las vacilaciones de unos pocos y en la negativa de los más. El parloteo devino griterío.

—¡Traidores!

—¡Cobardes!

—¡Pendejos!

—¡Maricones!

De la masa amarilla, moteada de Pes negras, comenzó torpemente a desprenderse, a desmembrarse, porciones cabizbajas. Empujones, gritos, saliva. Cincuenta silencios al frente. Mil ciento cincuenta aullidos detrás.

—¡Miserables!

—¡Vendidos!

—¡Vendepatrias!

—¡Mueran los traidores!

—¡Mueran!

Veloz, un pelotón de soldados, con las bayonetas caladas, se interpuso entre los gritos y los silencios. La cancela de hierro giró y unos cincuenta hombres se pusieron en marcha mirando hacia el piso, como en busca de algo que comenzaban a encontrar. Al frente, Larrauri, un sastre envejecido, sintió el olor de su taller, el sonido de la tijera, el sabor metálico de los alfileres entre los labios. Una piedra caprichosamente redonda y pulida le recordó la tiza de hacer marcas. El dentista gordo sudaba copiosamente. Un campesino azorado, de orejas grandes y paradas, miraba intermitentemente a la masa hostil que no cesaba de gritar, y al suelo rajado por los efectos del calor. Un jovencito de ojos verdes, grandes pero estúpidos, cerraba la fila. Murmuraba algo, o mascaba, o simplemente abría y cerraba la boca. El vejete de la pierna seca trató de seguir el ritmo de su grupo mientras anulaba los remordimientos con el peso increíble de aquella protuberancia inútil que le colgaba de la cadera. Media hora después de haber desaparecido los cincuenta hombres, la masa amarilla seguía compacta, sujeta por centenares de gargantas roncas. Los gestos furibundos dirigían los compases de la cólera. Carrillo se empinó en un silencio grave para observarlo todo desde cierta altura.

IX

—Llegan dentro de media hora —dijo el Ronco Matías con su voz callosa, raspando las palabras contra las cuerdas vocales como si fueran las patas delanteras de un grillo—. Hay que darles un buen recibimiento —agregó con una mirada siniestra.

—Son unos hijos de puta —opinaron unas caderas anchas, nalguirredondas.

—Se les ha olvidado todo —sentenció una voz asmática desde un pecho flaco, ridículo.

—Son unos hijos de puta—reiteró el nalguirredondo enfático.

—Hay que liquidarlos —el Ronco Matías le dio a su aseveración el matiz de “sé cómo liquidarlos” y a ponerse de pie el de “manos a la obra”—. Reúne a la gente —añadió resuelto. El del pecho ridículo se puso en marcha veloz.

La prisión hervía. Elocuencia. Patriotismo. Que claudique su madre. Traición. Que los maten. La Patria. ¿Sentido común? Vaya usted al diablo. Eso se llama flojera de piernas. Cobardía. No tiene que gritarme. No manotee. En la cárcel no hay guapos. Larrauri es un viejo cobarde. ¿Y los muertos? ¿Y los vivos? Esto es cosa de hombres, no de pendejos. Me está escupiendo. Perdone. Lo de Musiú no es extraño. Tampoco lo de Casimiro. ¿Hijos? ¿Los que se murieron, no los tenían? Gritos, voces, empujones, bofetadas, cadenas, sangre. No es nada, un poco de sangre. Señores cálmense. No nos dividamos más. Ese Barniol es un maquiavelo. Más bien un hijo de puta. Es que Maquiavelo era un hijo de puta. Hable claro. Redondo le partió la boca a Mola en la primera. Vamos allí. Usted qué cree abogado. No sé. Esto es un infierno. Calor sofocante. Bocas grandes, abiertas. Muelas cariadas. Dientes que faltan. Lenguas rojas. Blancas. Largas. Manos. Manos. Manos. Dedos. Dedos. Eso no se hace. Coño, que no se hace. No es justo. No hay derecho. Demetrio era muy viejo, no podía con su pierna seca. “Ojos bellos” no vale nada. Serrano, deje el

yoga, venga. Iiiiiiiiililiii —*in crescendo*— uuuuuuuuuuuu —*in crescendo*—
eeeeeeeeeeeeee —*in crescendo*— ooooooooooooo —*in crescendo*— aaaaaaaaaaaaaa.
Voces, voceríos, vozarrones. No me vengan con cuentos: son unos
desmadrados. Hay que matarlos. No. Cada cual con su conciencia. No tienen
condiciones. No me empuje. ¿Qué, me va a comer? En la octava le cayeron tres
a Messulán. Hay que hacer algo. Entiendo lo de Onofre: su mujer está enferma.
Onofre es un buen hijo de puta. Son unos amarillos. ¿Y usted qué piensa,
pudrirse en presidio? Igualdad, libertad, fraternidad. Es mejor que se lleven a
Casimiro; un día mataba a uno. Mala suerte, los tuberculosos se quedaron.
Tienen los fuelles picados, pero son valientes. Hay que hacer algo. Musiú no era
preso político. Remolino de palabras. Ecooo de voces. *Allegro con brío*: Madre,
madre, patria, patria. *Andante con moto*: Hijos de putáááá. Hijos de putááá. El
que no quiere a la Patria no quiere a su madre. El que no quiere a su madre no
quiere a la Patria. *Molto vivace*: madre, madre, patria, patria, sangre madre,
sangre patria, muerte patria, sangre patria muerte, madre patria. *Coro*: sangre,
madre, patria, sangre, sangre, sangre.

—Ya llegaron —el Ronco Matías estaba excitado. Voz llena de guisajos.
Mirada torva. El de la pechuga flaca había reclutado diez hombres. En silencio
se ocuparon de recoger todas las piedras regadas en el patio. El arsenal incluía
botellas, trozos de madera, tuercas y cuanto se pudiese arrojar.

Los hombres entraron recelosos. Casimiro —a pasodoble— cerraba la fila. El
primero, otra vez, Larrauri, el viejo sastre. Los gritos no lograron arrebatarse el
sabor de los alfileres ni el olor del casimir inglés. Iba delante con un caminar
apagado. Estrenaba una sonrisa misteriosa. Musiú, detrás, con la ausencia del
brazo mortificándole al caminar. El dentista adiposo —panza abultada y pies
planos— juntaba las rodillas al desplazarse. El veterinario —la veterinaria,
decían, pérfidos— pasito escrupuloso y una tonadilla cogida por el rabo entre
los labios. A Chávez le dolía el tobillo, pero se movía ligero. A Longa se le

empantanaron en el cerebro las palabras del instructor: *el hombre, lobo del hombre; prisionero de las clases; la Doctrina abrirá sus corazones. La Doctrina debe ser una llave.* El instructor era ñato. La nariz aplastada contra la cara como si se la hubiesen instalado de una patada. El pelo le nacía del medio de la frente. *El instructor ñato tenía una llave por donde el lobo se le escapaba al hombre. ¿Será imbécil el instructor? Cara tiene. Cara de lobo, de llave y de ñato. Hable, señor ñato: hablesnos de su Doctrina. Creeré todo lo que me diga, señor Lobo. Todo, absolutamente todo, señor Llave. Mi sentencia era de veinte años. Creerlo, señor Doctrina, me la reduce dieciocho. Señor Corazón, dieciocho años bien valen una misa. Digo, es un decir, no he dicho misa. He dicho, señor Pelos En la Frente, que quiero ver el sol. Ese que usted ve todos los días. Yo lo veo también, señor Llave, pero sólo cuando pasa por el patio y si estoy en él. ¿Le dolió la patada? Es lamentable portar una nariz tan bochornosa. ¿Por qué la Doctrina ésa infalible no le pone una respingadita? Vamos, por qué, por qué. ¿Duele mucho ser tan feo?*

—Tírale, coño —el Ronco Matías abrió el fuego con puntería diabólica. Una pedrada blanca, en el pecho, interrumpió los pensamientos de Longa. Juan Longa: alto, cejijunto y estudiante de Derecho, se dobló de dolor. Diluvio de piedras, palos y cascos de botella.

Los hombres del Ronco eran diez, pero tenían todas las piedras del mundo; todos los trozos de madera del mundo; todos los cascos de botella del mundo. Los reclusos abandonaron las galeras y se dirigieron al campo de batalla. A Hinojosa una tuerca le partió dos dientes. La sangre tenía un sabor metálico, un dejo de óxido. Escupió con rabia. Repuestos de la sorpresa los de la Doctrina comenzaron a devolver los proyectiles. Casimiro se tiró en el piso cuan largo era —tres baldosas, hasta llegar a la rayita donde crece una hierba parásita— y se tapó la cabezota grande con las manos chiquitas. Instintivamente extrajo la cuchara afilada.

“Uiii, uiii”, el silbato chilló agudo, y el pelotón de asalto interrumpió la contienda con los fusiles listos para disparar.

—Alto, coño. He dicho que alto. Al que tire otra piedra lo mato de un balazo, carajo —hablaba el teniente Wong. Padre cantonés y madre criolla. Del cruce le quedaron dos leves hendiduras en la cara, por las que observaba el mundo. Pelo y humor negros, lacios y gordos. Nacido para carcelero—. Estos hombres han ido a la Doctrina porque les ha dado la gana. ¡Y hay que respetarlos! Al que se meta con ellos tengo órdenes de matarlo en el acto, sin contemplaciones —Wong, “Atila” en la jerga de presidio, tenía la vena del cuello a punto de reventar. No se enrojecía de ira por mero racismo, pero la vena hinchada y la voz trémula levantaban acta de su enojo—. No vamos a sacarlos de aquí como algunos de ustedes quieren —dijo agitando el dedo como un parkinsoniano—, se quedan y hay que aceptarlos —esto último lo añadió con cierta ironía subrayada por el brillo que despedían las dos oblicuas ranuras de su cara.

Ernesto Carrillo observaba en primera fila. Las palabras de Wong le resultaron obvias. La convivencia con esos cincuenta hombres acabaría por quebrar la resistencia del resto. Verlos partir todos los días, con la promesa no muy lejana de una libertad condicionada, disminuida, abyecta, pero libertad a fin de cuentas, y saber que almorzaban algo decente y no la bazofia de todos los días, era el arma más contundente de Barniol. Casi sin darse cuenta, Carrillo se sorprendió interpelando al teniente Wong:

—Un momento, teniente. Si estos compañeros han decidido correr una suerte distinta a la del resto, deben alejarse del grupo.

Wong lo miró como si fuese una cucaracha, una lombriz, un insecto. Lo miró como los tenientes carceleros miran a los presos.

—¿Cómo se llama? —preguntó el chino por toda respuesta.

—Ernesto Carrillo —respondió secamente.

—¡Sargento, anote el nombre de este hijo de puta!

X

—Castillo, necesito dormir en la séptima. Pásate tú esta noche para mi galera —el Ronco Matías disfrazaba su voz peculiar con un tono piano, confidencial. El viejo Castillo no sabía para qué era, pero accedió encogiéndose de hombros. En el conteo nocturno todas las camas estarían ocupadas; los guardias no notarían nada anormal. El sargento Estévez vendría con el cabo Troncoso y sus seis soldaditos feroces y contaría cama por cama, como todas las malditas noches. *¿Quién falta ahí? Emerardo Reyes, sargento. ¿Dónde está? Cagando, sargento. Cabo, vaya al excusado y cerciórese de que Emerardo Reyes está cagando. ¿Y aquí quién falta? Mario Estenoz, sargento. ¿Dónde está? Murió, sargento. Ahh. Están completos. Soldado, anote: la séptima completa.*

—Bien, Ronco, después de la podrida.

El Ronco asintió bajando la cabeza. Después de la comida cambiarían de puestos. A Castillo le latía que el Ronco Matías manoseaba algún proyecto oscuro. “Tal vez un plan de fuga”, pensó sin mucho entusiasmo. Le dio mala espina. Tras la cena —la podrida, la apestosa o la “jedionda”, dependiendo del menú— los presos eran encerrados en sus galeras hasta la mañana siguiente.

El día que se fugó Vilar los contaron treinta y seis veces. *Falta uno, sargento. Me cago en mi alma. Empiece otra vez, cabo. Sargento, falta uno. Revise el excusado. Sargento, lo he hecho diez veces. No hay nadie. No replique, carajo: revise otra vez.* Al fin se fue con una carrerita nerviosa y regresó con el pelotón de asalto y toda la noche estuvieron interrogando prisioneros hasta que algún confidente les relató lo ocurrido.

Hasta la llegada de Barniol la “estrategia” penal era rudimentaria. Los presos, aislados del mundo para que no lo contaminaran, y los custodios velando afuera que nadie pudiese escapar. Los intentos de fuga fracasaban por la idoneidad de la cárcel. Hasta lo de Vilar sólo el polaco Berman y el gallego Junqueira lo habían logrado. Berman al principio, cuando no estaban

incomunicados, disfrazándose de mujer con un vestido que su esposa trajo cosido bajo el que llevaba puesto, y unos chanclos de madera que talló pacientemente. Resultó una mujer fea, desabrida, con una peluca rubia que más parecía estropajo, pero con la ventaja a su favor de dos nalgas grandes, bamboleantes, y unas caderas anchas, un tanto sensuales. El gallego Junqueira se fue en un tacho de basura. Al oscurecer, se sumergió entre las inmundicias del enorme tacho y horadó uno de los costados con un hierro agudo. Sacó, apenas perceptiblemente, un tubo de cobre que había arrancado de una vieja conexión eléctrica, lo mordió con vigor y soportó heroicamente que sus compañeros rellenaran el bote y le colocaran la tapa hermética. Luego, en la noche, cuando el camión de recogida entró en el patio Junqueira sintió que las tenazas metálicas de la grúa levantaban en vilo su escondite y le depositaba bruscamente en la cama del camión. En algún sitio, antes de llegar al crematorio, abandonó el vehículo y desapareció en la noche. *¿Qué haces aquí? ¡Mira cómo estás! No preguntes nada, préstame una muda e indícame dónde está el baño. Pero, ¿cómo te fuiste? Entre la mierda; pasé inadvertido entre la mierda. ¿Dónde está el baño, que me muero de asco?* Desde que descubrieron la fuga de Junqueira los custodios ensartan los botes de basura con sus bayonetas, anhelando sacarlas con las tripas de algún presidiario bailando en la punta.

Aquilino, Vallar y Suria casi lo logran. Aserraron un barrote tras una labor silenciosa de meses. La novia de Suria trajo una hoja fina de segueta entre las dos capas de piel de un cinturón ancho. Los barrotes aserrados constituían la “ventana” del final de la galera. El viejo Castillo era el único, fuera de los tres, que conocía el plan, pero no se incorporaba por su avanzada edad.

La ventana daba a un foso de unos diez metros de altura al que debían descender y luego circunvalar la prisión hasta el sitio en que cambian las postas. Pasar el primer cordón —una explanada pelada entre dos cercas de alambre de púas— y luego las postas del cuartelito de la guardia. Después del “cuartelito”, ocultarse de la soldadesca del campamento militar —la prisión estaba dentro de

un gigantesco cuartel— y tratar de llegar a la bahía. Allí unos pescadores les recogerían. Cuando Suria y Aquilino descendieron, todo parecía que marcharía bien, pero Vallar resbaló y se fracturó un tobillo en la caída. Entre Suria y Aquilino le sujetaron. Vallar mordió un pañuelo y siguió adelante. *¿Puedes resistir? Sí, duele mucho, pero no hay otro camino.* Arrastrarse por la explanada fue extenuante. Vallar vomitó por el esfuerzo, pero logró llegar hasta la casa de la guardia, siempre apoyado en Suria y en Aquilino. Encontraron el cuartel prácticamente desierto porque los soldados estaban en maniobras. Esto facilitó la huida. Llegaron jadeantes a la costa. *Esos son, teniente. Nos pagaron por joder al gobierno y los jodimos a ellos. ¿Tienen mucha prisa? —intervino el teniente—. ¿Así que uno se partió una pierna? ¿Un tobillo? Es lamentable. Cabo, los tres a las celdas de castigo. ¿El herido, no ha oído que los tres o yo hablo chino? Cuando se suelde la fractura aprenderá que es preferible caminar treinta años normalmente, aunque sea en la cárcel, a cojear toda la vida. Vamos, andando.* Eran los tiempos del capitán Bermúdez y ocurrían cosas deplorables.

Tras el inventario de fracasos, el viejo Castillo arrugó los ojos. La petición del Ronco no le gustaba. No sabía por qué, pero no le gustaba.

Musiú se acostó pensando en toda aquella cosa nebulosa que decía el instructor de la Doctrina. Le resultaba irónico que le hubieran trasladado al presidio político por matar a un inspector del ejército, y que ahora se le presentase una oportunidad de salir de la cárcel. Sonrió involuntariamente y comenzó a conciliar el sueño.

El Ronco Matías se bajó sigilosamente. Llevaba un pesado adoquín que había desprendido del empedrado viejo del patio. Se acercó a la litera de Musiú —la del medio en la penúltima cama— contempló unos segundos la cara plácida del negro. La piel brillante, de reflejos blancuzcos, exacerbó aún más el odio del Ronco Matías; levantó el adoquín y rabioso, le golpeó con todas sus fuerzas en la cara. Musiú se incorporó y dio un grito terrible, llevándose su única mano al ojo reventado. El Ronco le seguía pegando con el adoquín para

aplastarle la cabeza.

—Haitiano maricón, para que aprendas a ser traidor —y la piedra le machacaba los dedos a Musiú, que instintivamente se protegía la cara. Uno de los golpes le arrancó varios dientes; otro casi le desprende la oreja. En los segundos que Carrillo y Moleón tardaron en dominar al Ronco Matías la mano —la única mano— de Musiú dejó de cubrirle la cara y quedó colgado fuera del lecho. El Ronco, embarrado de sangre, pugnaba por volver a saltar sobre el cadáver y jadeante profería insultos y blasfemias. Cuando el teniente Wong penetró con sus hombres en la galera todavía Carrillo y Moleón sujetaban a Matías.

—Cabo, lleve al haitiano a la enfermería —el cabo Troncoso se acercó al lecho de Musiú con un vago temor. Le faltaba la cara. El adoquín había apisonado las facciones del negro manco hasta confundirlas en un amasijo de sangre, carne, ojos, dientes, pelos. La cara estaba ahí, pero revuelta, mezclada. El cabo sintió una arqueada que le retorció las entrañas. Se llevó las manos a la boca. “Teniente”, iba a nunciar la muerte de Musiú, pero un torrente de vómito caliente le trepó por la garganta, le avasalló las palabras y se le adelantó. Musiú tendría un sudario tibio y pegajoso.

El cabo regresó del excusado todavía aclarándose la garganta con unos graznidos desagradables. “Perdone, teniente”, dijo con una mirada gacha, sumisa, y sin poder reprimir el asco que le causaba, puso a Musiú sobre una manta y ordenó a tres soldados que le sacaran de la galera.

—Ustedes tres —dijo el teniente Wong a Carrillo, a Moleón y a Matías—, vístanse y vengan conmigo.

Con el olor de la aventura has vuelto a la vida

I

Carrillo se sintió a gusto en la soledad de la minúscula celda. Un catre de campaña y un hoyo en el piso era todo el mobiliario. Parado sobre el catre hubiera podido ver, a través de los barrotes de la ventana, un prado verde, uniforme, interrumpido por rítmicas garitas, donde se apostaban los soldados en una monótona vigilia. Ocho horas cada día —un tercio de sus vidas— los soldados, como animales raros, se sumergían en las cuevas de piedra para escudriñar el horizonte de cuando en vez, sacando la cabeza como los moluscos cuando se asoman fuera de sus conchas. Pero pararse en el catre hubiera sido rasgar la vieja lona y Carrillo se conformó con observar un cielo azul vestido a rayas negras, verticales. Manoseó unos recuerdos intrascendentes hasta que su memoria ancló en lo de siempre:

Tienes que hacer tú el trabajo. No hay otro remedio. Estrada murió de la paliza que le dieron y a Valcárcel no hay quien le encuentre. Se ha metido debajo de una piedra o ha huido al extranjero. Hay que darle un escarmiento al Coronel Goitía. Es muy duro que nos maten como conejos o nos torturen sin piedad, pero los esbirros no pueden alardear de sus crímenes impunemente. A Goitía es difícil matarlo, pero su ayudante, el capitán Azcárate, se regala todos los días.

Carrillo se levantó del catre y se sentó en el suelo, en la pared opuesta a la ventana. Recordar era doloroso y le excitaba, pero no había forma de escapar a sus fantasmas. Hacía unos años de aquella conversación. Tal vez siete. Tenía entonces veinte años y un odio furioso contra la opresión y el abuso entronizados. Recordó que había aceptado la encomienda con cierto aire de orgullo:

—Bien, yo me encargo de la cosa pero a mi manera. Yo lo cazo y lo mato, pero que nadie intervenga en el asunto.

—*Como quieras. Tú decides cómo has de correr el riesgo.*

—*Otra cosa: después del atentado tengo que desaparecer porque me buscarán debajo de las piedras.*

—*Pierde cuidado. Orta te llevará al monte, o te esconderá en la ciudad.*

Entonces comencé a acechar a Azcárate. Me convertí en su sombra. Supe que salía de su casa, rumbo al cuartel, todos los días a las seis de la mañana. Le esperaba siempre el ordenanza negro, sumiso, que brillaba el jeep como si se tratara de un par de zapatos o de un espejo. Desde el bar “Europa”, frente a su casa, observé jugar a los dos niños rubios de Azcárate. Escuché sus nombres. *Manolín, te vas a caer. Elenita, la hora de la comida. No se peleen.* Y vi llegar a Azcárate, quizá con las botas manchadas de sangre, y cargar a los dos chiquillos rubios y besarlos amorosamente y besar a su esposa joven y bella, y sentarse a cenar tranquilamente, como si en los talones de las botas no hubiera sangre seca y cabellos pegados, como si yo no estuviera espiándolo para elegir el momento de quitarle la vida. Lo conocí a fondo, mejor que nadie, porque nunca lo oí hablar. Lo veía gesticular, moverse, conocía su itinerario, sus hábitos, sus manías. Llegué a sentir el olor de lo que comía y a percibir su obsesiva pulcritud, su uniforme impoluto, sus camisas implacablemente blancas. Descubrí que su hijo Manolín le esperaba todos los días para correr a sus brazos y llenarle la cara de besos. Y conté tres miércoles consecutivos en que Azcárate se despojaba de la guerrera, vestía traje de civil y se marchaba por una puerta lateral, con Manolín cogido de la mano, hacia el cine de barrio que daba a la calle Luz. El cuarto miércoles, a las cinco de la tarde, fui al cine sin vacilar, sin esperar siquiera a comprobar si Azcárate reincidiría en el pequeño ritual, en la inocente liturgia de los miércoles. Me senté atrás, junto a la pared, para observar a todos los que fueran llegando. La sala oscura, medio vacía. Parejas de novios que se manoseaban lúbricamente. El cine como pretexto de la lujuria. En la pantalla unas figuras grises se movían incesantemente y se repetían los diálogos sin

imaginación de las películas mediocres. *Déjeme, que me hace daño. Te necesito, tendrás que ser mía Primero muerta.* Azcárate demoró más de la cuenta. Sin soltar la mano de su hijo caminó junto a mí, por el pasillo, y se sentó en medio del teatro. *Nunca me quitarán la finca de mis padres, la tierra de mis antepasados, aunque las reses se mueran de sed me negaré a venderle mis propiedades a ese desalmado.* Un jinete se acercó cabalgando a toda velocidad. Sentí por primera vez el frío de la pistola en la ingle. Una P-38, siete balas blindadas y dos peines de repuesto en el bolsillo de la chaqueta. Desde mi puesto, apoyado en el respaldar del asiento delantero, el blanco no sería difícil. Bastaría halar el gatillo una sola vez. La cabeza inmóvil, recortada por la claridad de la pantalla, era una silueta excepcionalmente fácil de perforar. Mucho más que las que utilizábamos como práctica en el sótano del frigorífico de Ascunce. La cabecita rubia se acercó a su padre y le dijo algo al oído. Azcárate tenía un hijo. Tenía dos hijos. Tenía una mujer joven y bella. Azcárate, el esbirro, el asesino de Miguel Tobías y de Estrada, tenía una familia hermosa. Azcárate, que amarró en un taburete, desnudo, a Tobías y le puso un brasero bajo el asiento y lo fue cocinando a fuego lento mientras Tobías lloraba y daba gritos y pedía que le soltaran. *Por Dios, que me voy a morir de dolor, los huevos me van a reventar, no puedo más, capitán, le juro que no sé dónde están las armas, capitán, por su madrecita, suélteme que me estoy muriendo de dolor. No puedo más, capitán Azcárate, si lo supiera se lo diría, pero no lo sé. Nunca me lo han dicho. Por favor, se lo ruego, tengo un hijo, una madre, suélteme, coño, que estoy ardiendo, suélteme que se me quema la vida.* Y Azcárate resulta que tiene una familia, que tiene un hijo, que tiene un hijo como el de Tobías, que tal vez tenga una madre como la de Tobías, que ama a su familia y resulta que tengo que matarlo hoy, ahora, cuanto antes. Saco la P-38 y la rastrillo dentro de la chaqueta para ahogar los ronquidos del mecanismo. Siento el pulso firme, pero me sudan las manos. El miedo, como un pájaro negro, me revolotea en el pecho. El cabo fino, ranurado, de la pistola no me resultaba familiar tras haberlo apretado mil veces. Siento que mis músculos

están tensos como la cuerda de un ahorcado. Una pareja comienza a abrirse paso en la fila posterior a la de Azcárate. La cabeza de la muchacha se interpone entre mi pistola y la vida de Azcárate. Se ha sentado exactamente tras Azcárate. Mascullo una blasfemia y tomo una resolución drástica. Guardo la pistola en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, me levanto y marchó con lentitud hacia donde se sienta Azcárate. Tomo el sitio a su derecha y él me mira cortésmente, como aceptando la presencia inevitable de un vecino. Por unos segundos la trama tonta de la película logra adueñarse de mi conciencia. Los vaqueros desplazan la presencia inmediata de Azcárate. Siento alivio, pero esa descarga de tensión sirve para recordarme que Azcárate está ahí y que tengo que matarlo y que de nada vale refugiarse unos minutos en el drama ficticio de unos vaqueros calcados de otros vaqueros, porque mi drama —el real, el irrevocable, el sangriento drama mío— está a unas pulgadas de mi hombro y ha rozado varias veces la tela de mi chaqueta. Le miro la cara de reojo. En sus pupilas he visto otra vez el drama de la pantalla, por un segundo la trama gris del celuloide se ha reflejado en sus pupilas y las dos realidades se me mezclan absurdamente. Trato de odiarlo, no es asunto de valor, sino de odio. Recuerdo la cara de Tobías, rubio, pelo rizado, mirada generosa. Luego recuerdo cuando fui con su madre a la morgue. Tenía los testículos y las nalgas carbonizados, Las manos azules, apretadas, sometidas a un iracundo rigor mortis que hizo imposible zafarlas. Recuerdo a Estrada, apaleado día tras día, rodando a puntapiés en el centro de la rueda fatídica. Un macabro crimen con una rara coreografía de juego infantil. Estrada en el medio. La rueda de los quince hombres comenzó a golpearlo a patadas. La vida se le escapó de puntillas mientras trataba inútilmente de protegerse los ojos o los testículos. Seguramente, por un buen rato patearon un cadáver. Creo que he logrado odiarlo lo suficiente como para matarlo, pero morbosamente se asoma a mi conciencia la mujer joven y bella. Y los dos chiquillos rubios. Y el propio Azcárate, humano, comiendo, jugando con sus hijos, sin la guerrera, sin la fusta,

sin las botas manchadas. Y entonces descubro el horror tremendo de que Azcárate es un ser humano. Un ser humano que orina como yo, que ama como yo, que mira llover y acaricia a su perro, un ser humano que es cruel y que mata y que yo tengo que matar y con el que la vida me exige que sea cruel. Y con una angustia intensa percibo que mientras cazaba a Azcárate, mientras le atisbaba, mientras le espiaba, iba incorporando parte de su vida, parte de sus vivencias a mi vida y a mis vivencias, y entonces me doy cuenta que hemos coincidido demasiado tiempo en la empresa de víctima y victimario, que no lo odio, que no lo odio a pesar del cadáver quemado de Tobías, a pesar del crimen horrible de Estrada. No lo odio, no puedo odiarlo y hasta en un rincón miserable de mi ser, en un rincón que no debería existir en el alma de nadie, ha empezado a brotar un poco de compasión, un poco de afecto por aquel bárbaro. Rápido, como un relámpago, incapaz de soportar un minuto más, saco la pistola, se la pego a la sien y escucho un estampido hondo, prolongado, que rebota en las paredes del teatro y logra empatarse con los gritos histéricos de la gente, con los berridos de las mujeres, con los alaridos de los niños. En la confusión no es difícil guardar la pistola y salir mezclado con la muchedumbre. Me alejo rápido del lugar. No tengo miedo, pero siento unas profundas ganas de llorar. Me siento en un parque sombreado. Lo hago.

II

—¿Por qué mató usted a Jean Bajeux? —preguntó el teniente Wong al Ronco Matías. Matías, oscuramente, intuyó que Yan Bayó debía haber sido el haitiano Musiú. Sonrió ligeramente al darse cuenta que a pesar de todo el negro manco tenía un nombre y un apellido como el resto de la gente. Miró fijamente al funcionario Barniol —que observaba la escena en silencio— y sacó de lo profundo una voz de carraspera y esputo:

—Lo maté por traidor y por hijo de puta —la afirmación contundente fue dicha sin un asomo de resquemor.

—¿Quién te ayudó? —los ojos del teniente Wong habían desaparecido de su cara.

—Nadie —dijo Matías y preguntó con orgullo—: ¿para matar a un negro manco cuántos cree que hacen falta?

—¿Los dos que estaban con usted tuvieron algo que ver? —intervino Barniol con tono grave.

—Nada. Me aguantaron porque eran los que estaban más cerca. Se despertaron con los aullidos de ese negro mono —Matías notó que la saliva se le espesaba. Tenía sed—. ¿Puedo tomar agua? —preguntó abandonando el tono de insolencia. Wong miró a Barniol. Una señal de la cabeza del funcionario bastó para que el teniente lo autorizara.

—Levántese y cójala usted mismo —bebedero de metal a pocos metros. Matías se levantó rápido, Mientras bebía, casi de reojo, observó cómo el teniente y el funcionario Barniol hablaban en voz baja. Regresó a su puesto enjugándose con el brazo los cachetes empapados.

—Señor Matías Morales —el chino había adoptado un tono raro, alejado de la brusquedad de hacía unos segundos; los ojos le habían reaparecido y le brillaban intensamente— ¡así que el famoso “Ronco! Matías —insistió en la enigmática broma—; veremos si además de valiente y decidido —Wong

masticó los adjetivos— es también curioso. ¿Es usted curioso? —preguntó con una sonrisita. Matías no supo qué contestar y optó por sonreír con una intensidad que juzgó parecida a la empleada por el teniente.

—¿Ve usted esta pistola? —Wong extrajo de la cartuchera un cuervo negro y grande.

—Sí —el Ronco Matías tragó en seco. La '45 revoloteaba entre las manos del teniente Wong.

—¿A que usted no sabe lo que hay dentro del cañón de una pistola? —el chino adoptaba una entonación amable, de juego inofensivo. Matías Morales se quedó callado. Cualquier respuesta le parecía estúpida.

—Así que no sabe. Sabe matar a un negro viejo, pero no sabe lo que hay dentro del cañón de una pistola —el Ronco Matías alzó las cejas para subrayar su estupidez, su ignorancia o como le quisiera llamar aquel maldito chino.

—¿Pero es usted curioso? —volvió a preguntar Wong lleno de ansiedad. Matías Morales pensó que lo mejor era decir algo y asintió con una mirada afirmativa.

—¡Así me gusta! La curiosidad es condición de la gente de buena ley. ¿Qué ve usted aquí? —dijo Wong y con un movimiento rápido puso el cañón de la pistola en el ojo derecho de Matías. El Ronco comenzó a temblar.

—¿No ve usted nada? —gritó Wong sin obtener respuesta—. ¡Me cago en diez! ¿Que si no ve nada? —el cañón negro se aplastó contra el globo del ojo. Matías volvió a sentir sed. Otra vez sonó la voz de Wong, pero ahora parecía que salía del fondo de la pistola—. ¿Ves algo? Te pregunto que si ves algo — Matías se sintió más torpe que de costumbre. No podía pensar en nada. El hierro frío le oprimía el ojo derecho y el respaldo de la silla le inmovilizaba la cabeza.

—No veo nada, teniente, le juro que no veo nada.

—Mira bien, so maricón.

—Le juro que no se ve nada.

—¿No ves un negro con la cara destrozada?

—No, teniente, no veo nada.

—Mira bien, coño, mira bien, que allí está. ¿Lo ves?

—Sí, lo veo. Allí está.

—¿Cómo tiene la cara?

—Destrozada, teniente. La tiene destrozada.

—¿Quién fue el maricón que se lo hizo?

—Yo, teniente, yo fui.

—¿No ves nada más?

—No, teniente.

—Mira bien. Mira con cuidado y verás la punta de un plomo, pedazo de hijo de puta.

La presión del balazo le levantó la tapa del cráneo como si hubiesen dinamitado una cueva para abrir un cráter en una montaña. El trallazo de pólvora le quemó los párpados y las cejas. La masa encefálica se adhirió a las superficies más absurdas.

—Teniente —dijo Barniol con voz temblorosa—, mande limpiar todo esto, que se lleven eso y prepáreme un informe sobre los sucesos. Otra cosa: mande a los sospechosos de nuevo a sus galeras.

III

Miras el techo de la galera. Han pintado una mujer desnuda. Un preso que en la vida civil había hecho fortuna como dibujante comercial, se trepó sobre una litera y con enorme paciencia, como si fuera la bóveda de la Sixtina, perfiló el cuerpo y el rostro de una hembra lasciva. No un desnudo corriente para anunciar jabones, sino un animal apetente. Has estado unas horas detenido en una celda especial, aislado como si tuvieses una enfermedad infecciosa, y al cabo te han sacado sin decirte media palabra. En el trayecto a la galera has vuelto a ver a Moleón, también de regreso. La sonrisa grande del parco campesino te indica que tampoco le ha sucedido nada. La detonación que oíste —piensas preocupado— debe haber acabado con la vida estúpida de Matías. Después, a la entrada, has dicho lo que sabes —la detonación, tus temores— y te has dirigido hacia tu litera a librarte de un cansancio indeterminado. Te has quedado dormido y despiertas ahora, de madrugada, entre un mar de ronquidos y el crujido desacompañado de las literas. Hay luna llena. Su palidez se rompe en los dientes de los barrotes y se pega a las paredes, sumisa, astillada e indiferente. Miras el techo curvo y te detienes en la hembra. Quizás muy gruesa para tu gusto. Quizás tiene los senos muy grandes. Quizás la nata negra de su pubis ha sido exagerada por la lujuria contenida del pintor. Nadie necesita tanto vello ensortijado. A no ser que esté preso. En la cárcel cualquier símbolo sexual multiplica su afectividad por mil. Has visto a Margarito Fangio escribirle a su mujer pidiéndole unos vellos. Ha leído la carta en voz alta frente a la risotada de unos cuantos imbéciles, y tú, en medio de toda aquella vileza has encontrado donde descolgar una sonrisa.

El dibujo del techo te recuerda que hace mucho tiempo que no te acuestas con una mujer. Has estado rehuyendo el tema, esquivándolo dentro de tu conciencia, pero ahora se te asoma ineludiblemente. Los sueños eróticos de

nada sirven. Son manipulaciones de la subconsciencia que no te dejan satisfecho. Orgasmos fantasmales que ocurren en las tinieblas de ti mismo y de los cuales te percatas cuando un líquido frío comienza a coagularse entre tu piel y la ropa, formando una costra dura, pegajosa, desagradable. Al principio, cuando la sensación caliente te moja el vientre el contacto es grato, luego se torna incómodo. En todo caso las poluciones nocturnas son una mecánica descarga de tus conductos seminales que nada tienen que ver contigo. El sexo es siempre una operación volitiva. Si no, se convierte en otra cosa cualquiera. La cárcel te priva de la hembra. Fue cruel el dibujante. Los dibujos eróticos estaban bien en el Lupanar de Pompeya, frente al albergue de Sittium, o en la Villa de los Misterios, pero no en una cárcel donde el erotismo es una forma de tortura. No puedes evitar que los recuerdos lascivos vuelvan como gavilanes y te picoteen el pecho. Todas las mujeres que tuviste comienzan a desfilar por la litera. La mulata gorda y vieja que te desnudó cuando tenías trece años. ¿Es la primera vez? Sí, pero yo sé cómo hacerlo. Así que sabes, ¿y cómo aprendiste? Leyendo novelitas; viendo fotografías. Y luego la luz roja en el cuarto en penumbras y el jadeo sofocante de la mulata gorda y vieja. Sobre la cama vigilaba un Cristo con el corazón traspasado y entonces tuviste miedo de lo que hacías. De lo que te hacían. No quiso cobrarte. Afuera esperaban los otros que se habían escapado de la escuela y casi te aplauden cuando emergiste del oscuro pasillo. El domingo siguiente volvió el grupo completo. Entre los seis reunieron los tres pesos que costaba un rato con una mujer. Tú te acostarías con ella mientras los demás miraban sobre un tabique. Preguntaste por la mujer vieja y gorda y sentiste un gran alivio cuando te dijeron que se había marchado al interior. Escoger otra mujer sin procurar a tu mulata vieja y gorda te parecía una forma baja de traición. Se apareció una mujer delgada, huesuda y de senos flácidos. No te atreviste a rechazarla. Los seis hablaron atropelladamente. Hay dinero para uno, somos seis; los otros cinco miran desde el tabique. Senos-flácidos les dirigió una

mirada profesional y asintió con un movimiento de los labios. Pasaste al cuarto. Luz roja. “No se ve nada, más luz” gritaron desde el tabique. Te desnudaste. Senos-flácidos estaba acostada en la cama con una actitud indefinible que servía para tomar un autobús o para preguntar la hora, pero muy lejos de aquella cálida tensión que la mulata, con ser vieja y gorda, ponía en sus posturas. Te acostaste con cierto temor. Te acarició con vigor. Gritos desde la galería. Senos-flácidos se incorporó en la cama. O se callan o se van: me están poniendo nervioso al hombre. Trataste de concentrarte en lo que hacías. Pensaste en la mulata vieja y gorda y en las fotografías que te regaló la mujer del jardinero. Cógelas, mi hijito, si te gustan yo tengo más. Tenía fotos, pero no tenía dientes. Eran fotos hermosas. Mujeres jóvenes, ayuntadas con hombres y con otras mujeres. Gracias, señora. No sabes por qué el “señora” te sonó ridículo. La mujer del jardinero, entonces, te cogió una mano y se la pasó por los senos. Se fue riendo. Seis meses después conocerías a la mulata vieja y gorda y una semana más tarde a Senos-flácidos. De un salto te levantaste de la cama. ¿Qué te ocurre? Nada, me voy. “Eso no vale”, gritaron desde el tabique. Hagan lo que quieran pero a mí me pagan. Te sentiste humillado; y lamentaste que la mulata vieja y gorda hubiera decidido irse al interior. Tratas de hacer una lista de las que has llevado a la cama. Marcia fue la última y fue la mejor. La primera debe haber muerto de vieja, de mulata o de gorda. No son tantas. La vida agitada ha dejado poco lugar al sexo. La imagen de la hembra voluptuosa que ha pintado el presidiario no alcanza a convertirse en estímulo. El contorno negro que él creyó dejara es demasiado fuerte. Los perfiles de la carne son menos nítidos que los de los dibujos. Sientes la necesidad física de acercarte a una mujer, de montarla, de amarla en la dimensión más honesta: en la cópula. Sabes que eso no es posible. Un pensamiento atemorizado se te asoma al espíritu: no podrás amar nunca más. No escucharás otra vez los susurros anhelantes, ni sentirás en tus espaldas los dedos crispados de placer. Piensas

que la ausencia de la hembra se te irá haciendo más y más dolorosa hasta que algún secreto mecanismo de defensa te mate los deseos a las puertas mismas de la locura. Todos los denuestos lanzados por la humanidad contra el amor carnal te parecen absolutamente estúpidos. El valadero es ése de los cuerpos trezados y la palabra tremulante. No hay otro amor que el de las alcobas. El sudoroso y cálido que convierte la ternura en caricias y el dolor en placer. Tú lo sabes porque lo has perdido para siempre. Estarás solo y triste en medio de la gente. Te faltará la hembra. Piensas que se vive realmente entre dos. La criatura humana sigue siendo bisexuada aunque en la evolución se haya fragmentado. Necesita el otro sexo porque en el fondo sólo se realiza en la cópula. Sientes el horror tremendo de la continencia. Amanece. El dibujo sobre tu cabeza sigue ahí. Los senos abultados no son hermosos. Tienes los ojos rojos y te arden. Todavía miran azorados.

IV

—Dame más —hablaba “Mikoyan”. En algún momento de su vida el nombre del armenio se le pegó como una ventosa. Tal vez por el color cetrino y la nariz ganchuda. Tal vez porque el nombre le correspondía a él y por algún error imperdonable lo usufructuaba el político. Mikoyan quería otro buche de alcohol. Alcohol endulzado con azúcar para calmar las protestas de las tripas.

—Espera que tomen todos —el del jarro no fue áspero, pero tampoco amable.

—¡Que me des más, coño! —dijo Mikoyan y le arrebató la bebida. Todos se quedaron callados. El jarro se fue empinando hasta que parecía colgar del techo. Mikoyan lo estrelló con rabia contra el suelo.

—¡Me cago en mi suerte! Mañana voy a la Doctrina —miró en torno de sí, desafiante y volvió a repetir, gritando esta vez—: ¡Mañana voy a la Doctrina! ¡Mañana me sumo al hatajo de pendejos! ¿Quiere alguien reprochármelo? ¿Hay algún hijo de puta en esta galera que quiera decirme algo?

—Estás borracho como un perro —dijo con cierto desprecio Iván “el psicólogo”.

—Sí, estoy borracho, pero tengo más valor que todos ustedes. Todos miran con envidia al grupo de los adoctrinados. Ya no son cincuenta, ¡ya son trescientos! Y mañana serán quinientos o seiscientos y ustedes los miran con envidia porque no tienen cojones para dar el salto.

—Cállate ya —habló Habach. En la cara se le vieron los deseos de saltarle arriba.

—¡No me da la gana de callarme! —gritó Mikoyan—. Mañana el guapo Mikoyan se va al carajo.

Campesino duro, Mikoyan comenzó a trabajar el campo cuando sus manos de niño pudieron abarcar el mango de un machete.

—¿Cuánto ganaré?

—Cuarenta centavos. Lo que ganan todos los chamacos. Los hombres, ochenta.

—Es poco.

—Crece rápido. No es culpa nuestra.

Creció sin salir del surco. Allí se enteró un día que los abusos se acaban a tiros.

—Cuando se caiga el gobierno habrá justicia para todos.

—¿Habrá tierras?

—Sí, es lo primero: repartir la tierra.

—Me voy con ustedes.

En un recoveco de la guerra empezó a llamarse Mikoyan. Cosechó tres balazos en el cuerpo, una sombra en el pulmón y las barras de capitán.

—¿Cuándo reparten la tierra?

—Pronto, no te desesperes.

Esperó con paciencia. Algunos de sus hombres volvieron al monte.

—Vamos, nos engañaron.

—No sé, esperaré.

No dieron tierras, sino discursos. Largos, retóricos, floridos. El patrón antiguo había desaparecido, pero ahora mandaban unos funcionarios silenciosos con sus maletas negras.

—¿Cuándo van a repartir las tierras?

—Ya lo hemos hecho. ¿No sabe usted lo que es una comuna?

Mikoyan lo miró de arriba a abajo. Sacó el revólver y le dio dos tiros. Se escondió en un cañaveral. El calor abrasaba. Oía la conversación de los que fueron en su busca. Cuando se alejaban pelaba las cañas y las masticaba. Las hojas filosas le cortaban la piel y el jugo de la caña le ardía. Una noche silenciosa salió de su escondite y caminó dos leguas, hasta la caseta abandonada. Puso el fusil —un M-2, mañoso, con mango de metralleta y mecanismo de repetición— sobre el marco de la ventana. Se derrumbó de cansancio, Al salir el sol, entre

sueños, oyó una voz pelona, desgañitada:

—Mikoyan, Mikoyaan, sabemos que estás ahí. La casa está rodeada. Sal con las manos en alto, tira el arma por la ventana.

El miedo le comió las telarañas del sueño. Se paró frente a la ventana y vio unos diez hombres que avanzaban con los fusiles en la mano. De reojo, miró el tabique que hacía de pared. “Si empujo fuerte me lo llevo”, pensó y dijo cogiendo el revólver con dos dedos, como si le diera asco:

—Me rindo —tiró el revólver hacia afuera y levantó las manos como cualquier prisionero; sus dedos acariciaron el M-2 sobre el marco de la ventana. A lo sumo tres segundos para rastrillarlo, disparar y echar abajo las tablas que tenía a sus espaldas. La escuadra seguía avanzando, ahora a ninguno le temblaban las piernas. Mikoyan, increíblemente rápido, comenzó la balacera. De la primera ráfaga debió haber herido a dos hombres (uno murió luego en el hospital). Le ripostaron con un infierno de balas, todos disparando desde el suelo. Mikoyan se tiró con toda su alma contra el tabique, pero no pudo derribarlo a la primera embestida. Se paró, sintió como un golpe seco en la mano izquierda y volvió a arremeter. Esta vez cedió. Por la rendija se metió como pudo y a cuatro patas echó a correr rumbo a una zona boscosa. Agitado, con cien sapos bailándole en el pecho, se tiró bajo un árbol. La mano izquierda había sido perforada. Orificio de entrada y salida. Bala rápida y dura, probablemente un Garand. La mano empezó a latirle. Se amarró un pañuelo ayudándose con los dientes. Escuchó voces y decidió huir hacia la loma del pedregal, en los predios de Juancho. Allí se escondió en la guerra pasada cuando una patrulla del ejército le perseguía. A la “Cueva del Ahorcado” la conocía medio mundo, pero a la del “Niño” casi nadie. Llegó empapado en sudor y con la mano mordida por perros rabiosos. Con los pies, con la mano sana, con el hombro dolorido de golpear las paredes, arrastró una piedra grande hasta la boca —un gigante silbando— de la “Cueva del Niño”. Se metió y tapó la entrada utilizando el cinturón para halar la piedra desde adentro. La

abertura entre la piedra y la cueva era suficiente para que pasara aire y casi ninguna claridad. Más que cueva —ahora la examinó bien— aquello era una especie de rebarba en la roca, en la que apenas cabía un hombre en cuclillas y resultaba muy difícil acostarse. La mano dolía más en la tranquilidad del escondite. El pañuelo lleno de tierra estaba empapado en sangre. Mikoyan se arrodilló sobre la muñeca para contener la hemorragia. Sobre el dolor intenso sintió un cosquilleo como de adormilamiento en todo el brazo. Durante varias horas alternó la postura hasta que la mano dejó de sangrar. Estaba negra e hinchada. Los dedos casi habían desaparecido. Sentía una sed enorme y un hambre feroz. Debió haber estado inconsciente por mucho tiempo. Cuando despertó —estaba acostado con los brazos abiertos en cruz— volvió a sentir un lejano cosquilleo en la mano. Sin saber por qué esto le llenó de temores. Se miró la mano y no pudo contar los gusanos que se la comían. Pensó en empujar la piedra y salir, pero descubrió que estaba muy débil para moverse. Empezó a gritar:

—Auxilioooo... auxilio... auxilioooo...

La voz se escapaba por la rendija, vestida con andrajos, pobre, con un dejo asmático. Mikoyan insistía en su letanía con toda la fuerza que da el terror. Algún tiempo después —nadie puede precisar cuánto— un soldado percibió un gemido a cinco metros de sus botas. Con la culata apalancó la piedra de la cueva y llamó a gritos a su gente:

—¡¡¡Ya lo tengo, sargento!!!

Tuvo que meterse, para arrastrarlo, por los sobacos, a la intemperie.

—¡Mírale la mano!

—Busca creolina —le ordenó el sargento, campesino viejo, chiquito y prieto, a un soldado de expresión bobalicona.

Le vertieron la botella de creolina sobre la mano.

—Así se te acaba la gusanera. Después no dirán...

Mikoyan se mordió los labios y sintió como un chorro de candela que le

subía por todo el brazo.

No le mataron por su ascendencia entre los campesinos, pero pasaría treinta años entre rejas, contemplándose cuatro de los cinco dedos de su mano izquierda inmóviles y apretados, en un abrazo negro y lleno de cicatrices.

—¿A ver quién me dice a mí que soy una puta, como le llaman a los adoctrinados? —no logró Mikoyan que nadie le respondiera. Estaba desesperado (se le veía en los ojos a punto de llorar) por conseguir alguien para matarse la angustia a patadas. La mano negra se agitaba insensible a un extremo del brazo gritón.

—¿Quién me dice que soy una puta? Vamos, ¿quién me lo dice? Nadie me lo dice... nadie me lo dice. Pues bien, me lo digo yo: soy una puta. ¡Soy una perra puta! —se acercó caminando despacio a la cama vacía de “el Piloto” y metió la cabeza en la almohada destripada. Empezó a sollozar. Mikoyan —un amasijo de leyendas, balazos y coraje— lloraba con gritos, mocos y saliva alcohólica. El grupo se apartó en silencio.

V

Llorente cumplió los dieciocho años el día del juicio. Allí se enteró que saldría a los treinta y ocho. Era un mozo enfermizo de cara blanca y vientre blandengue. Ojos de estopa; no se reía; paseaba su mirada por el suelo con el aire resignado de quien saca un perro a orinar. Cuando llegó lo acogieron con las bromas de siempre:

—¡Carne fresca!

—No está mal el gordito.

Brincó sobre las palabras a caballo de una mirada tristonera, se abrazó al silencio y no hizo amigos. La condena, tragada en seco, se le anudó en el gástrico y comenzó a tensarlo como una cuerda de cello. Enflaqueció, le creció una nuez embarazada, y parió dos ojeras verdosas que se le agacharon bajo los ojos. De día comenzó a taparse la cara con una almohada, que de noche se quitaba. Invirtió las horas para acrecentar la soledad. Todas las mañanas, cuando el teniente Wong preguntaba si alguno más había recapacitado y quería sumarse a la Doctrina, Llorente daba la espalda y volvía a la matriz de lona que le acunaba. Veía el sol sólo desde la fila de la comida, último siempre, como para no disputarle las sobras a nadie. Tuvo padre, madre y novia. Al primero se lo llevaron las diferencias políticas. Los genes huyeron despavoridos frente a la ferocidad de las ideologías.

—¡Me estás comprometiendo con tus actividades! Me han dicho que te llame al orden. Saben que andas metido en problemas. Es una vergüenza que mi hijo, ¡mi hijo!, se ponga frente al gobierno. ¿No te das cuenta que te estás enfrentando a tu propio padre?

—No seas trágico. Estoy pensando con mi propia cabeza. A pesar de todo tú y yo no tenemos por qué coincidir siempre. Déjame tranquilo que ya soy bastante mayorcito.

—Si te cogen preso no moveré un dedo.

—No te lo he pedido.

A la madre se la llevó un cáncer, rápido y silencioso como un carterista:

—Te lo ha dicho tu padre.

—Sí me lo ha dicho, pero tal vez...

—No habrá tal vez. Me estoy muriendo y tienes que hacerle frente al hecho.

—Trataré.

—Así me gusta.

A la novia se la llevaron las rejas, la distancia y las hormonas. La carta escueta se parecía a todas esas cartas. Con paciencia infinita fue cortando el papel en pedacitos minúsculos que rasgaba con las uñas del pulgar y el índice. Con el montoncito de cadáveres fue a la letrina y los arrojó poco a poco. Luego escupió y se volvió a meter bajo la almohada.

Como los animales que cambian de piel con el medio ambiente, Llorente fue echando una costra rara de brusquedad y nerviosismo. Los ojos de estopa se volvieron escamas. Novia, padre, madre, amigos de la infancia, tías remotas, carceleros, enemigos, empezó a percibirlos con más claridad que nunca. Antes pensar era un juego de fantasmas borrosos y obedientes, pero ahora iban cobrando color y aliento. Eran más nítidos, más precisos. No eran fantasmas, eran personas que tenía adentro. A veces se rebelaban y se tornaban hirientes. Un gesto de contrariedad le torcía la boca a Llorente. Otras veces decían cosas ingeniosas y una sonrisa fugaz mordía la sempiterna almohada. Después toda la tropa volvía durante varios días a la condición fantasmal. Se tornaban dóciles, se presentaban sólo cuando se les llamaba y se marchaban sin asomo de protesta. Esto tranquilizaba a Llorente, le aquietaba el pecho y le limaba la rudeza. Pero a los pocos días volvía la tentación de jugar a la vida real bajo la almohada. Surgía el deseo de liberar a sus prisioneros para poder sentarse entre ellos de igual a igual. Lleno de ansiedad, sudando bajo la máscara de trapo, rompía la burbuja hermética de su realidad para introducirse en la de su fantasía. Así anduvo varias semanas. Emergía de los viajes con una mirada

soñadora y el espíritu en calma. Cada vez la agitación y la ansiedad se hacían más frecuentes y sólo lograba enfriarse el alma con el cambio de mundos. Un día —un día cualquiera, todos eran igualmente infernales bajo aquella carpa increíble de la almohada— sintió que las dos esferas, las dos cápsulas herméticas se habían juntado y que sus fantasmas pasaban de una a otra sin que pudiera controlarlos. Quiso poner fin al juego. Se sentó a discutir con su padre, con su madre, con su novia, con sus maestros, con una legión de desconocidos.

—No tienen derecho.

—¿Por qué no hemos de tenerlo?

—Me siento muy mal. Estoy sudando constantemente. Déjenme solo, se lo suplico, por favor, déjenme solo.

—Mentira, no quieres que te abandonemos. Tú estabas solo antes, y por eso nos llamaste.

—Yo quería... jugar. Jugar un rato, no todo el tiempo. Quería olvidarme de mis miserias; quería abandonar mis dolores y creía que la compañía de ustedes me sería grata por un tiempo.

—No es posible. Hemos vivido demasiado tiempo libres para volver al yugo.

—Pero no puedo más. Les juro que no puedo resistir más tiempo esta doble vida.

—Es imposible cambiarla a estas alturas.

—Me mataré. Entonces me mataré.

—Haz lo que quieras.

Y Llorente,

llevó a su lecho una cuchilla filosa.

Y Llorente esperó la madrugada, esperó el sueño de todos.

Y Llorente se cortó las venas de las muñecas.

Y Llorente dejó los brazos fuera de la cama.

Y la sangre de Llorente goteó toda la noche.
Y en cada gota se le fueron escapando los fantasmas.
Se le fue el brillo de los ojos,
y se quedó tieso para siempre,
con su mirada de estopa otra vez bajo las cejas,
con su nuez gibosa y sus ojeras increíbles.

VI

Barniol se preparaba para recibir a los funcionarios de la Doctrina. De uno —ñato, con el pelo saliéndole del medio de la frente— había ascendido el número a catorce, de cincuenta reclusos iniciales ahora se contaban cuatrocientos noventa y siete. Frente a su escritorio, catorce sillas apretadas esperaban impacientes. Las tres en punto. Por el pasillo se sintió un trote de caballería ligera. Comadreo intenso y risotadas. Un pájaro carpintero picoteó la puerta con sus nudillos secos. Apareció una cara chata ranurada bajo la nariz por una media luna gigantesca. Era un adoctrinador sapo. Le siguió una figura larga, escuálida, renegrida y velluda, de la familia de las arañas. Un gordito amaricado, trompudo y coloradito. Un dios azteca, misterioso, hierático. Una cara rijosa, con una mano en el bolsillo. Un olor a aguardiente encerrado en un cuasienano ventrudo. Otro de pelambre hereje (calva leninesca, barba nazarena). Un negrito bongocero, venido a menos. Uno a lo galgo —largo, flaco, costilludo, feo y nervioso ¡cave canem! Una irredimible cara de tonto, abanderada con baba en las hendijas de la boca. Y —por último—, la nariz chata, con el pelo saliéndole de la frente del primer adoctrinador.

—Siéntense, por favor —dijo Barniol cuando la mitad de las sillas ya estaban ocupadas—; les he llamado para recibir el primer informe colectivo sobre el resultado del plan de adoctrinamiento; para oír sus recomendaciones y para comunicarles una noticia importante. Creo que Yáñez debe comenzar, ya que fue el pionero en estas labores.

El ñato Yáñez se pasó la mano derecha por la superficie sin accidentes de su cara, dio un respingo colosal y comenzó cauteloso:

—Bueno (calló meditabundo unos instantes), cada caso es un mundo aparte —después del brillante apotegma paseó una hucha de silencio para recoger las miradas de aprobación; el negrito bongocero venido a menos, contribuyó con una mezquina inclinación de cabeza.

—Las clases funcionan bien —siguió diciendo, desalentado el ñato Yáñez—, hay interés, pero cada caso es un mundo aparte.

—Nos están tomando el pelo —sentenció el dios azteca.

—No todos, no todos —repitió el galgo como una centella.

—Los míos recitan El Manifiesto como antes recitaban el Padrenuestro —intervino el de la irredimible cara de tonto añadiendo más saliva a las comisuras blancuzcas.

—Te engañan, te engañan —dijo el gordito amaricado con un pof-pof de malicia.

El anodino trató inútilmente de mediar en la conversación. Nadie supo lo que propuso. Se arrebujó dolido en su inexistencia.

—¡Hay que separarlos!

La afirmación rotunda del adoctrinador sapo cortó el barullo en dos, como si rayara un vidrio. La boca, en busca de las orejas, volvió a la carga triunfal:

—Hay un doble juego que consiste en hacernos creer que se “adoctrinan”, pero no tanto como para que el resto de sus compañeros creen en la veracidad de la conversión. Así, la excusa de “lo-hago-para-salvar-pellejo” atenúa el complejo de culpa y ablanda las relaciones entre ellos y los no conversos. La única manera de salvar la situación es separar a los grupos en dos cárceles diferentes y no sólo mejorar el trato de los que acuden a la Doctrina, sino empeorar la situación de los que no acuden; cuidando —desde luego— que unos y otros conozcan la suerte de los demás.

—Bien, me parece razonable —terció Barniol—, pero no le den importancia a la autenticidad de la conversión. En España, los judíos que fingieron convertirse acabaron siendo “familiares” de la Inquisición, y en Europa los franceses que “fingieron” simpatías por el nazismo acabaron defendiendo el último reducto de Berlín. Mientras más tiempo jueguen a engañarnos más se engañarán ellos. Luego llegan a un punto de no retorno donde la opción se reduce a la colaboración o al silencio, pero donde no es posible la rebeldía.

Nuestro trabajo es llevarlos a ese punto por cualquier medio. Sabemos, por experiencias en otros países, que casi el cien por ciento de los presos políticos, de los “antisociales” (se corrigió Barniol con la palabra y el gesto) responden al tratamiento y se convierten en gentecilla inofensiva o, conozco casos, en valiosos colaboradores. El Presidio Central, aunque es el más importante, es sólo uno entre las ciento treinta y ocho instituciones de este tipo en el país. Todas ellas tienen los ojos puestos en lo que hagamos nosotros, para seguir nuestro ejemplo, de manera que debemos ser claros en nuestros juicios y pensar las soluciones a los problemas que se nos plantean. Páez (se refería al adoctrinador sapo) ha dicho algo que merece nuestra mayor atención: separar a los prisioneros desde el principio, sin esperar a que transcurran los primeros meses de adoctrinamiento. También es aconsejable endurecer la situación de los que no se adoctrinen, pero para esto sería menester trasladar a los reclusos más peligrosos hacia campos de trabajo y esto no puede hacerse en este momento —Barniol se detuvo, cambió el tono de la voz, haciéndolo borroso, confidencial y agregó—: el gobierno ha descubierto un plan para asaltar la cárcel y poner en libertad a los antisociales. Todavía no está claro el informe del Departamento de Inteligencia, pero en lo que se atan todos los cabos he recibido órdenes de dinamitar las galeras, de manera que sea evidente que cualquier aventura le costaría la vida a los presos políticos, a los antisociales —volvió a corregirse Barniol—; a pesar de esto, no se interrumpirán las clases de Doctrina.

El murmullo de sorpresa tecló en los dientes de los adoctrinadores. Barniol tomó aliento acariciando con una mirada brillante el resultado de sus palabras, y continuó tajante, ahora con un dejo chabacano que desmentía la voz engolada de hacía unos instantes:

—Si hay un movimiento aquí no queda títere con cabeza. Tendrán que recoger con palas a sus muertos.

—¿Y el traslado? —preguntó el instructor sapo.

—Tan pronto pase el peligro. Probablemente los incorregibles pasen a una

“especial” colonia cañera. Allí no quedará nadie con ganas de rebelarse, pero primero hay que prepararla para evitar las fugas. ¿Alguno tiene otra pregunta que hacer?... Bien, dense por informados del asunto de la dinamita, pero no lo repitan: podrían envenenar el avispero.

Galgos, arañas, sapos, rubios amaricados, dioses aztecas, etcétera, etcétera, se pusieron de pie. Una capa de gravedad los uniformaba. Los vozarrones se fueron deshojando a lo largo del pasillo.

VII

La arquitectura de la cárcel se duplica fielmente en los sótanos. Abajo, el puntal no alza los cinco pies: arriba llega a diez. Abajo no hay ventanas. Dos columnas de luz se cuadriculan en la reja de acceso y taladran desgastadas el aire enrarecido. Al sótano se penetra por el camino de la luz. Adentro todos los movimientos son vejaminosos, humillantes: se entra de nalgas y se camina encorvado. Hay un fuerte olor a orina: los rincones saben de tres siglos de uretras. La piedra ha conservado el castigo con avaricia aberrante. Una capa de moho abriga con un abrazo verde todas las paredes. Ratas flacas engullen toda clase de desperdicios. Ratas hinchadas, descompuestas, flotan patas arriba en seis pulgadas de agua sucia. Los veleritos tienen las extremidades dobladas sobre el buche redondo: el rabo, lánguido, se enquilla manimuerto. Dos sabandijas rijosas fornican: un resbalón y al agua. Una rata ciega chilla de dolor.

—Hace cien años que no se abren las rejas. Habrá que quebrar los candados —Juan “el barbero” hablaba quejoso. Junto a él, Carrillo y Moleón, tres guardias con escopeta y una bomba móvil de succión. Acodados en las galerías, los presos encerrados, observan la rara operación.

—En la carretilla hay una mandarria y un cincel —contestó un guardia secamente. Moleón se apartó del grupo y regresó al instante con los instrumentos.

Con las dos manos apretó Carrillo el cincel presionando contra el lomo del candado. Moleón levantó la mandarria en alto y la dejó caer con fuerza. Hizo falta una docena de mandarriazos. Cuando cedió el cerrojo, Moleón tenía la cara cubierta de sudor. Los tres presos se quedaron inmóviles mirando hacia el jefe de los guardias.

—¿Qué miran? Levanten la reja y a limpiar. Primero extraerán el agua con la bomba de succión. Después dejarán los sótanos totalmente limpios.

—¿Se puede saber para qué? —preguntó Carrillo con irritación.

—No, no se puede saber. Claro que no se puede saber. La misión de ustedes es limpiarlos, no hacer preguntas Así que ¡andando!

—¿Y por qué nosotros? —volvió a preguntar Carrillo.

—Porque el jefe personalmente les hizo el honor de escogerlos —el cabo quería ser agudo y resultaba plúmbeo—. Y no replique más, ¡cállese de una vez!

Con la mandarria como palanca, y halando Moleón y “el barbero” a un tiempo, lograron levantar la reja. Una escalera con los peldaños cariados se metía en la negrura. Moleón bajó unos escalones, pero emergió a los pocos segundos:

—Necesito una linterna.

El cabo miró a un soldadito achaparrado que se abrazaba a una escopeta gigantesca:

—Ve a mi cuarto. Dentro del armario hay una linterna grande de cinco pilas. No te tardes —el soldadito vaciló un segundo mirando el fusil—. Llévalo, imbécil, no se lo vas a dar a uno de éstos, ¿no?

Moleón aprovechó el descanso para extraer del bolsillo una colilla quemada. La primera bocanada le supo agria; la segunda fue amable; la tercera llevó la candela hasta la piel encallecida. Mirando fijamente la parábola que recorría, abismó el cigarrillo en el silo oscuro. Con un galope torpe —fusil en una mano y lámpara en la otra— llegó jadeante el soldadejo diminuto.

—Aquí estoy, cabo —anunció con una sonrisa estúpida a la que no asistieron dos incisivos y un canino. El cabo lo miró de arriba a abajo. Le resultaba más fácil:

—Bueno, désela, no piensa quedarse toda la mañana con la linterna en la mano ¿no?

VIII

—La bomba está trabajando en seco. Desde aquí no se puede sacar más agua —anunció Moleón con voz inalterable.

—Adentro con las palas —ordenó el cabo por toda respuesta.

—Ernesto, lleva tú la linterna —pidió Moleón alargándosela.

Asco. Hedor. Ratas enloquecidas. Sabandijas: terror. Chillen bien. Chillen duro. Chiiiiiiiillen. Aaaaasco. Heeedoor. Eco. Ecooo. Ecooooo de Voocees. Un siglo sin voces y de pronto los hombres. De pronto los hombres. De pronto yo entre las ratas. Entre el asco. Entre el hedor. ¿Cóóómo te sueena mi vooz Mooleeóón? Dentro del cráneo me rebota la palabra miedo. Mieeedo. ¿Oye bien? Mieedoo. Miedo y asco. Miedo al asco. Miedo al eco. Miedo a las ratas. Miedo a mí mismo entre las ratas. La linterna me tiembla. Me tiembla. No ven que me tiembla? Nadie me escucha. Sólo las ratas saben lo que yo siento. Ellas sienten lo mismo. Asco a los gigantes blancos. Miedo al monstruo que tiembla con la linterna en la mano. Miedo a los truenos de las gargantas. Una pezuña me aprieta el estómago, me estruja por dentro. Cien cuervos negros me comen el corazón. Siento cómo me mastican el alma. Cómo me escupen los ojos. Piso una babilla echa de tiempo y cieno. Terciopelo de muerte. Unos ojillos relampaguean con mi linterna. Me miran con odio. He hollado el infierno y eso se paga caro. Hozar el averno. Hollar el infierno. Comerme el invierno. Una rata negra tropieza con mi pierna. Siento su cuerpo vibrante, cálido, asustado. Pudo haberme saltado encima. Pudo haberme mordido la cara. Pudo haberme entrado por la boca. Pudo devorarme las entrañas. Pudo volverse voluminosa, enorme, con mi estómago y mis riñones, y mi hígado en su barriga asquerosa. Pudo haberme comido entero. Pero no me comería el asco que me inspira. Ni en sus tripas perdería el terror que siento. Convertido en sangre y en bolo fecal, aniquilado por los jugos gástricos, seguiría temblando desde todas las

porciones. Oigo que caminan, como se mueven, como saltan al fango. Veo los cadáveres que me envían, embajadores del asco. Príncipes de la putrefacción. Las cucarachas ciegas vuelan contra la linterna. Me caminan por brazos y cuello. Chocan, esqueletos de alambre, contra mi frente mojada de miedo. Me acuerdo de ti, Marcia. No sé por qué, pero me acuerdo de ti. *Ámame, Ernesto. Ven, acostémonos. Juntos, solos en estas sábanas blancas, limpias, perfumadas.* No te vayas, Marcia. No me dejes solo. Es de noche y hay mucho frío. ¿No sientes los quejidos? Son ratas. Se asustan de verme. Me asusto de verlas. De oírlas. Estaban a gusto solas. Jugaban a ser negras o grises o pardas. Jugaban a tener el lomo mordido. Jugaban a tener la cara pelada. Jugaban a montar a las hembras en celo. Jugaban a ser gordas y grandes. Jugaban a ser pestilentes y a infectar el mundo. El sótano. El sótano-mundo. Debajo de cada hombre hay un sótano lleno de ratas. Debajo de cada hombre anidan arañas y el agua se empoza. Debajo de todos los hombres, debajo de cada uno de ellos, debajo de mí, hay unos sótanos idénticos a todos los hombres, idénticos a cada uno de ellos; idénticos a mí. Más angostos, más oscuros, más bajos, sin luz: pero idénticos. Algo se me mete por la oreja. Algo duro: un metal que vive. Me camina por el oído. Llegará al cerebro y me lo llenará de huevos fecundados. Tendré el cerebro inundado de insectos negros. Cada pensamiento malo se irá cabalgando un insecto negro. Volará en un caballo de angustia. *De niño quise un caballo negro. ¿Para qué un caballo, niño, si las calles son de piedra; Sí, son de piedra, pero un caballo negro podría caminar sobre las piedras. Despacio, así. Si los frailes lo permiten lo tendría en el dormitorio. Estás loco. No estoy loco: quiero un caballo negro.* Mis pensamientos negros de ahora tendrá sus caballos negros para volar. Fui un niño triste y sin recuerdos. La cara de mi madre se me fue confundiendo hasta que no la reconocía. Los años le pusieron bigotes, espejuelos y barbas, como si pintarrajearan la portada de una revista. Luego no pude conocerla. Una fotografía gris. Pastosa. Huera. *Esa es su madre, jovencito. Sí, debe ser.* Quise cobrarle afecto a la carita inocua que se asomaba al cartoncito, pero siempre me

miraba con la misma cara tonta, con la misma sonrisa fingida y no podía amarla, y en mis soledades de adolescente, que son las más rotundas, lloraba porque no podía quererla, porque nada significaba, porque aquel rostro no trascendía de ser mera luz crucificada en el celuloide. Había olvidado esa angustia remota y ahora resurge. Aquellarre de angustias, de ratas, de miedos. Estoy molido de dolor, los músculos se me han roto, quién sabe si comidos por las ratas.

—Cabo, se hizo lo que se pudo. Hay que ponerle veneno a las ratas y mañana acabar el trabajo —Moleón emergió seguido por Carrillo y por Juan “el barbero”. Seis horas de trabajo intenso. Seis horas en el infierno. Ya era de noche. Hedían bajo la luna, muertos de asco. Carrillo: pálido y ojeroso. Una veta de compasión le brilló al cabo en los ojos

—Soldados, llévelos a bañarse a la enfermería —luego agregó, agotada la veta—: Si no se bañan no hay quien duerma en el presidio.

IX

Vestido de miedo (chaqueta torva en la mirada y pantalones temblorosos en la voz), Martínez encabezaba al grupo que rodeó a Moleón y a Carrillo:

—¿Qué estaban haciendo? —y agregó—: Mientras trabajaban nos mantuvieron encerrados.

—Limpiábamos el maldito sótano —respondió Moleón abriendo las dos manazas en un ademán de protesta.

—Pero ¿para qué? —volvió a interrogar Martínez.

—No sabemos —terció Carrillo.

—Alguna cabronada se traen entre manos —sentenció Habach acariciándose el ombligo, con el gesto con que siempre cortejaba sus malos presagios.

—¿Traerán más prisioneros? —preguntó Gonzaga en tono afirmativo.

—No lo creo —dijo Moleón—. Allá abajo no sobrevive ni Dios.

—Mañana lo sabremos. Vuelvan a sus camas, que nosotros estamos molidos —dijo Carrillo.

—Quiero hablar contigo, Ernesto —voz en pantuflas de intimidad y afecto, Quijano le miró a los ojos con la mayor seriedad.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Vamos al final de la galera —dijo Carrillo y encaminó sus pasos, procurando hacer el menor ruido posible. Se sentaron en el resquicio de la reja que hacía de ventanal al extremo del pasillo. A sus espaldas, la noche se erupcionaba de estrellas.

—¿Y bien? —preguntó Carrillo curioso.

—Me voy —dijo el otro tajante, sin vacilaciones. Carrillo se le quedó mirando un buen rato sin lograr que el torbellino de palabras que se le juntaban en el cielo de la boca coagularan en un pensamiento coherente. Al fin:

—Tú eres mayor de edad, y sabes lo que te conviene y lo que te perjudica.

—Claro: no he venido a pedirte “apoyo moral” o una de esas tonteras. Jugaré, como todos, el jueguito de la Doctrina. No hay otra forma de salir de esta jaula.

—Sólo que salir de esa forma puede ser peor que quedarse adentro.

—No, no te engañes: lo peor es quedarse a vivir esta vida absurda a cambio de mantener una postura digna. Lo absurdo no es mejor que lo indigno.

—Lo absurdo no es la vida sino el modo de vivirla. Para mí lo absurdo sería renunciar a toda una perspectiva de la existencia por la ilusión ridícula de “ser libre”. Aquí la única prueba que tengo yo de ser libre, honradamente libre, es renunciar a serlo.

—Hay un poco de cenobismo, de renunciamiento, en tus palabras; un poco de retórica cristiana —la voz a Quijano se le puso cáustica.

—No, bien sabes que no. El cristianismo, cuando es elegido y no impuesto, cuando no es superchería de viejas beatas, resulta una forma de aproximarse al mundo; una clave válida, entre tantas, para coordinar los ademanes vitales. Del cristianismo adopto lo que cuadra a mi visión del hombre: Jesús, con el látigo en la mano, rebelándose contra los mercaderes; Jesús negándose a responder a los jueces; Jesús diciéndole que no a la vida cuando una ligera claudicación le hubiera bastado para salvarse; Jesús pagando con su vida el precio que le exigieron por rebelarse mil veces. Lo demás no tiene importancia. El Jesús milagroso, deificado por la leyenda, no tiene ningún valor —Carrillo temblaba.

—Saltas de la piedad a la herejía para acomodar los hechos a tu particular punto de vista.

—Sí, no lo niego, pero eso es lo que todos hacemos. “Mi punto de vista”, como tú lo llamas, tiene una enorme ventaja: cuando definitivamente se destierre el cristianismo como verdad divina, todavía quedará en pie un judío valeroso con un látigo en la mano y la palabra no entre los labios. Cuando el dulce Rabí sea una conseja de ancianitas tontas, todavía tendrá vigencia el

rebelde.

—Entonces, ¿te quedarás aquí los treinta años de tu condena, te quedarás preso toda la vida? —angustia y conmiseración se hermanaban en la pregunta de Quijano.

—Me quedaré aquí, pero no sé si me quedaré preso. La libertad es cuestión de selección de posibilidades. No existe la “libertad” como una cosa aislada, como un valor absoluto. Hay un millón de libertades, tantas como posibilidades de elección. A mí se me han reducido todas a escoger entre salir de esta cárcel, disfrazado ideológicamente, repitiendo las estupideces y los dogmas que el tarado adoctrinador me indique, o quedarme adentro eligiendo la rebeldía. La alternativa del adoctrinamiento no es, en rigor, una elección libre, sino simplemente una respuesta animal al fustazo del amo. El amo pega y la bestia “elige” el trote en que no le azoten. Cuando los adoctrinados “salen” de la cárcel dejan el espíritu tras las rejas. Salen “presos”. Yo me quedo “libre”, aunque la decisión me cueste vivir treinta años enjaulado. Cada minuto de esos treinta años sabré que vivo de la manera que yo elegí, sabré que el hambre que paso o el palo que recibo es una consecuencia del ejercicio de mi condición de hombre.

—Ernesto, estás poniendo la filosofía por encima de la vida. Estás viviendo desde unos conceptos abstractos una vida real, de carne y hueso, que nada tiene que ver con esas abstracciones más o menos románticas. Todo eso de elegir entre alternativas y de la vida como selección de posibilidades está muy bien para una cátedra de Metafísica, pero no para enfrentarse con una realidad de barrotes y carceleros. La vida es como un juego que hay que salir a jugar todos los días y aprender en cada uno de ellos las reglas vigentes...

—Tú vives desde otra filosofía, desde la filosofía del pícaro, que a fin de cuentas es otro enfoque tan lejos de la realidad como el que pueda ser el mío.

—Te equivocas: el pícaro no tiene filosofía; el pícaro sólo tiene instinto vital que le hace huir del fustazo del amo. La existencia se le da binaria: placer y

dolor. Lo que le duele y lo que le gusta; el beso y el palo; la caricia y el fustazo. ¿Cómo renunciar a lo vital, a lo que está en la sangre, por amarrarnos a unas categorías que algún elucubrador creyó descubrir en uno de sus delirios meditativos? Sufiré la vejación que significa repetir las idioteces que el adoctrinador me dicte, pero es el precio para escapar de este infierno. De nuevo se presenta el instinto del pícaro: para huir tengo que cambiarme la piel. Tengo que fingir, tengo que prostituirme ideológicamente, tengo que engañar a todos y tragarme el asco que esto me inspire, pero a cambio de eso me largo de esta pesadilla. ¿Sabes lo que haré cuando me cure de tanta ignominia? Escribiré una novela donde cuente, literalmente, lo que aquí ha ocurrido.

—No podrás hacerlo: te sentirás envilecido y te saldrá torcida la realidad.

—No seas tonto, yo no aspiro a contar la realidad; yo no sé lo que es eso; yo sé que he pasado por aquí y sé que ese paso ha dejado una huella; no voy a contar el paso sino la huella. No el golpe brutal sino la marca. La historia, con pelos y señales no se sabrá nunca, se acabará con los hombres que la vivieron, incapaces unos y otros de narrar los hechos, porque al convocar los recuerdos se presentarán contagiados de prejuicios y de deformidades. La Historia es una quimera. Una mera sucesión de datos enfriados por el tiempo. Sólo la literatura, en cuanto no aspira a ser historia ni a hacer historia es válida para levantar acta de lo que ha ocurrido. La magia literaria es la única que sabe conjurar fantasmas.

—¿Y eras tú quien hace un rato me hablabas de vida y filosofía?

—Sé que me contradigo, pero no puedo evitarlo.

—¿No estarás buscándote paliativos para explicarte tu conducta?

—Puede ser, puede ser.

—Escribir la novela que planeas no es más que otra excusa: no podrás hacerlo —Carrillo sonó rotundo.

—Quién sabe si todo este drama no es sólo un pretexto para nutrir las venas de la literatura. Para Homero el fin de las guerras era que los poetas las

cantaran. Si de todo este horror, si de todo este fango quedara un libro ¡sólo un libro! tal vez se redimieran los hombres que le dieron vida. Escribir ese libro es indispensable. ¿No crees que tú, Ernesto, empeñado en no ceder ni una pulgada frente a los que te quieren forzar, perteneces más a la literatura que a la vida? ¿No crees que los infelices que aquí perecen día a día, o los que les maltratan sin pudor, merecen trasvasar la realidad, eso que no sé lo que es, y aplastarse entre las páginas de un libro? Yo no sé si pueda escribir este libro; no sé si es posible estar en el escenario y al mismo tiempo detrás del telón; no sé si me asfixie con las palabras pero ese libro, esa novela mágica debe escribirse. Debe escribirse desde la perspectiva grotesca en que todos vivimos inmersos. Todos, carceleros y encarcelados, habitamos de caricatura cruel de un mundo. En el fondo es la inconvivencia entre vencedores y vencidos lo que dibuja los perfiles raros de este microcosmo, de este mundo absurdo de donde yo quiero evadirme, aunque deje la dignidad a mis espaldas, y en el que tú has decidido enterrar tus huesos.

—Y si, como temes, las palabras se te quedan escondidas ¿hallarás algún consuelo para atenuar la claudicación?

—No, sin duda: no. Sólo me justificaría en una obra de arte. Sólo quedaría en paz con una novela sin partidanismos ni pequeñeces temporales que al redimir, por la recreación, este trozo de locura, me redima a mí mismo.

—No debe importarte lo que yo piense. Yo ya no sé quien tiene razón. Huye si quieres, o si te obligan a quererlo. Nunca escribirás ese libro; no es posible escribirlo; no vale la pena; nadie te creería y acabarías por dudar de lo que has escrito. Nada quedará de nosotros; ni un recuerdo; ni un pensamiento. Nada: nos disolveremos. Y eso es peor que la muerte.

—Mañana, después del conteo me inscribiré en la Doctrina.

—Buena suerte.

Quijano te ha aplastado. Es un hombre como acaso tú quisieras ser. No

tiene dentro cien espías alertas. No acaricia sus actos, los realiza. No anda empantanado en una madeja inútil de complejidades. Te lo ha dicho: su vida es binaria. Placer, dolor y ¡basta! No se engaña como otros infelices. Se debe a la vida. Nada tiene de héroe épico; pero lo absurdo es que tú, Ernesto, te has burlado siempre de los héroes épicos y has sentido una secreta simpatía hacia los antihéroes. Has sentido un cordial afecto por el hombrecito de la calle. Te han dolido sus pequeños dolores, mientras te dejaban indiferente los de los superhombres, los de los héroes épicos. Quijano ha razonado con su carne. Ha filosofado con sus huesos y con su sangre. Tú, sin embargo, no puedes. Tal vez quieras poder. Tal vez quieras desabrocharte la envoltura postiza que te arropa. Tal vez quieras rasparte la costra de premeditación. Tal vez quieras arrancarte las categorías filosóficas. Tal vez quieras comerte a mordiscos todos los esquemas de valores que te encadenan y ser libre por primera vez en tu vida. Tal vez quieras empezar de nuevo la vida, desnudo, primitivo, sin estiramientos ni juicios previos. Alerta sólo al palo y a la caricia. Responsable sólo ante el hambre, el frío, el sexo o el miedo. Al margen de todo comportamiento épico. Atento sólo a tus demandas más urgentes. Empiezas a flaquear. Es decir, empiezas a vivir. Quijano te ha aplastado.

X

—¡A sus galeras! ¡Todos a sus galeras! —los altavoces agredían a pedradas a la mañana límpida.

Los presidiarios, con paso lento, comenzaron a abandonar el patio mirando con odio hacia las cajas negras. Cuando el último hombre desapareció en su celda, el cabo Troncoso y dos ayudantes armados traspasaron el portón y comenzaron a cerrar las galeras.

—¿Qué ocurre, cabo? —el cabo Troncoso ni siquiera miró al de la pregunta, rebuscaba en el enorme llavero con la seriedad y gesto de quien realiza una operación delicada.

—¿Por qué a esta hora, cabo? —preguntó otro, inútilmente.

—¿Pasa algo, cabo?

—Por qué nos encierran

Troncoso cerraba galeras implacablemente. *Estoy aquí para cumplir órdenes ¿no? No para contestarle a esos zánganos ¿no? O se creen estos malditos presidiarios que voy a hablar con ellos y darles informes ¿no? ¡Que se jodan! Para eso están presos ¿no?* Cuando terminó el recorrido el sol le había pulido su calva con rabia. Desde la última galera abrió la boca —dos dientes de oro brillaban, vanidosos— y dio un grito casi alegre, o no tan alegre pero con cierto entusiasmo:

—¡Que entre el camión!

—Así, así, más al centro, junto a la reja del piso —a pocos pasos de la entrada del sótano el camión se detuvo.

—Cabo, abra la reja —ordenó el teniente Wong al descender del camión. Desde las galeras, en tensión, los presos observaban.

Wong se pasó una mano por el cuello empapado en sudor.

—Ya, teniente —anunció el cabo con su calva brillante, con sus dientes de oro y tal vez con su voz cascada.

—Bajen dos del camión. Uno que se quede adentro para entregarle las cajas

a los otros. Cabo —la voz del teniente Wong también le raspó la calva—, ayúdelos.

En la galera octava Luis Izquierdo achicó sus ojos miopes para leer en las cajas:

—Son explosivos —exclamó sorprendido. El descubrimiento de Izquierdo taladró las paredes de todas las circulares. Nos vuelan en pedazos. Esto se jode. Yo lo sabía. Dinamita. Nos harán picadillo. Pero, no pueden volarnos a todos. Los de la Doctrina volarán también. Hijos de puta. ¿Por qué? Nos jodimos. Nos tocó. No creo que se atrevan. Reza, pendejo. Una chispa y a tomar por el culo. No lo harán. Sí lo harán. Es un buen sistema: ¡cataplum!, y a joder a otra parte. Yo se lo decía, viejo: el día menos pensado nos daban matica de café. No se salva ni el gato. Han bajado más de cien cajas.

Las cajas fueron apiladas cuidadosamente. Las fatídicas letras canturreaban en letras rojas el contenido de las cajas de madera: Nitrogelatina. Nitroglicerina 93 %. Nitrocelulosa octonírica 7 %.

—Teniente —dijo el cabo con voz de sapo miedoso—, están sudados.

—¿Qué es lo que está sudado? —preguntó el teniente con cara de no-me-joda-más.

—Los cartuchos, teniente, están sudados. Sudan nitroglicerina... —Wong sin mucho esfuerzo, se puso pálido.

—Y me lo dice ahora, ¡so pendejo!

—Yo, teniente...

—Están al sol, cabo, hay mucho calor...

—Sí, teniente, yo...

—Consiga rápido una tienda de campaña.

—En seguida, teniente.

—Soldados —dijo el teniente Wong con voz temblorosa—, quítense los cinturones, los zapatos y todo lo que contenga metal —los dos soldados se miraron extrañados—. Apúrense, coño —insistió el teniente.

A los quince minutos, el cabo, un hombrecillo pequeño, oculto tras una máscara de pelos y cristales, el funcionario Barniol y otros dos soldados —que llevaban la carpa arrollada— entraron al patio del presidio dando brinquitos nerviosos.

—La nitrogelatina está “pasada” —anunció Wong desprendiéndose de su responsabilidad con un enérgico manoteo.

—No sea usted imbécil —dijo sin alterarse el hombrecillo de lentes y bigote.

—El calor... —se atrevió a terciar el cabo. El hombrecillo, Barniol, y el teniente Wong lo estaquearon entre tres miradas.

—La nitrogelatina —dijo el hombrecillo quitándose los lentes para abocinar el desprecio que sentía— estalla por detonación. Los cartuchos resisten hasta 204° sin peligro. Tampoco “sudan” nitroglicerina. Lo que les asustó es la humedad que ataca la superficie del cartucho, pero sólo la superficie porque la nitrocelulosa forma una capa protectora en torno a la nitroglicerina. He traído los planos del sótano —diciéndolo, extrajo de la chaqueta un pliego grande de papel—. Comenzaremos a colocar las cargas según las instrucciones —la última palabra se deslizó hasta los oídos del cabo por un tobogán de firmeza que indicaba que cerrara la boca.

En la galera séptima Moleón y Carrillo, sentados en el suelo junto a media docena de amigos, hablaban en voz baja:

—Hay que evitar que nos vuelen —dijo Moleón.

—Aún así no creo que lo hagan —dijo Carrillo.

—Si se hace algo tendrán que ser ustedes, que son los que conocen el terreno —afirmó Carlos Masa.

—Sí, claro —contestó Moleón—; nadie más iría —agregó con sarcasmo.

—Habrà que abrir un hueco; tendremos que levantar las piedras —dijo Carrillo paseando los ojos por el piso de la galera—. No hay otra alternativa.

—Nos descubrirán —afirmó, demolido, Martínez.

—Es lo más probable —asintió Carrillo, y agregó—, pero tendremos que intentarlo. Es preferible que nos sorprendan y nos castiguen antes de despertar un día del otro lado.

—¿Cómo lo haríamos? —preguntó Carlos Masa.

—Escarbando bajo una cama: no hay otra forma —respondió Carrillo.

—Bien, ya hemos hecho el hueco y tú y Moleón han descendido, ¿entonces qué?

—Depende —dijo Carrillo con la rapidez del que ya había pensado en todas las respuestas—, si han utilizado mecha corriente y detonadores individuales sería ridículo no tratar de poner en uso la gelatina. Es decir, fugarnos o tomar el penal. Si han utilizado conexiones eléctricas, con un detonador por mazo de cartuchos, muy poco podremos hacer. Si utilizan cordón detonante, que es lo que me figuro, tendremos que conformarnos con cortarlo en los sitios claves.

—Necesitamos instrumentos para abrir el hueco —dijo Carlos Masa aceptando tácitamente las posibilidades que enunciara Carrillo. Carrillo sintió el ligero nerviosismo que no le abandonaba en los trances peligrosos. Se dijeron algunas cosas. Tal vez la manera de iniciar la excavación; tal vez el modo de deshacerse de los escombros; tal vez la forma de encubrir la tarea. En cualquier caso sería muy difícil conocer con precisión lo que se habló.

Con el olor de la aventura has vuelto a la vida. Eres un aficionado al miedo. Necesitas el temblorcillo en el vientre y el ligero parpadeo involuntario del ojo izquierdo, como el adicto a la heroína necesita el pinchazo. El peligro te retarda la existencia para que la paladees segundo a segundo. La vida sin riesgos se te va de un tirón grisáceo, liso y opaco; horro en aristas de las que se pueda colgar un recuerdo. El temor, en cambio, te burila trabajosamente cada tramo de la existencia para que la memoria se aplaste servilmente en las ranuras. Recuerdas hasta el jadeo de tu respiración cuando temblabas junto a Azcárate y sin embargo has olvidado años enteros

de tu vida. Recuerdas cada milímetro de las manos de Oscar y acaso no puedas siquiera recordar la configuración de las tuyas. Jamás olvidarás cada uno de los instantes dedicados al terrorismo. El miedo comenzaba a atenazarte desde que te dirigías a la casa de Orta. Allí, en el último cuarto, sucio, como todo lo de Orta, lleno de santos e imágenes religiosas, se fabricaban las bombas. Eran los tiempos del otro gobierno: los enemigos eran torpes en la matanza y crueles en la captura. Te aterraba que te torturaran como a Tobías; que te sacaran las uñas o te quemaran los testículos. Cuando tocabas la puerta de Orta —siempre en el último cuarto, distraído, ausente— aguardabas convencido de que te abriría algún soldado y que todo habría llegado a su fin. Luego Orta, con sus ojitos de ratón y su increíble presbicia abría la puerta, se reía con aquel ruidito estúpido y te mandaba a pasar. Era gigante en todo: en sus espaldas; en sus manazas; en su estulticia. Te enseñó todo lo que sabes de terrorismo y sabotaje. Primero aquellas bombas caseras de clorato de potasio y ácido sulfúrico. Luego te recordó los principios de la física aplicados a la destrucción: dentro de ciertos límites, mayor será la explosión en la medida en que el explosivo esté más encerrado. **Las bombas de minio y aluminio:** nueve partes de minio y una de aluminio, con un detonador 6 u 8; los alemanes usaron la fórmula cuando escaseó la pólvora, hay que usar mucha cantidad pero es útil. **Te explicaba la lección con la naturalidad con que un preceptor educa a su pupilo.** Si los cartuchos de dinamita vienen sin horadar, o con el hueco muy estrecho, con una madera aguda y afilada, nunca con metal, ahondas el agujero, luego introduces la mecha en el detonador, aprietas la corona con una tenaza y metes el detonador dentro del cartucho; después le sellas con esparadrapo: utiliza, para mayor seguridad, detonadores número 6, de los que tienen dos gramos de fulminato. **Siempre insistía en que probara la mecha:** cada rollo es distinto, nunca pongas una bomba sin probar antes las condiciones de la mecha: cortas dos pies, prendes un extremo y cronometras lo que demore en consumirse; si piensas prenderla con un

cigarrillo, no olvides abrir el extremo con una cuchilla. **Y seguía enojado:** las bombas que no estallan es porque los que las ponen se echan a correr antes de que la mecha haya comenzado a arder en firme: nunca te vayas hasta que surja el chisporroteo. **Luego llegaba la hora de marcharte y en lo que recorrías el patio largo, flanqueado de cuartos atestados de trastos y libros viejos, las piernas comenzaban de nuevo a temblarte y la sensación de que al abrir la puerta te estarían esperando se cernía implacable sobre ti. Cerrabas los ojos sin que Orta, siempre locuaz, siempre parlotteando, se diera cuenta. Con los ojos cerrados tomabas la determinación de no volver más a la maldita casa; de alejarte de todo; de separarte del Movimiento con cualquier pretexto confuso. Y de pronto te veías en la calle, sudando, dichoso de que nadie estuviera esperando para aprehenderte; seguro de que no habías despertado sospechas; de que la casa de Orta era un sitio al margen de todo riesgo. Entonces olvidabas las promesas hechas al conjuro del miedo y regresabas, periódicamente donde tu maestro.** Se le quita el minuterio al reloj; en la esfera se inserta un tope de metal donde tropiece el horario; el detonador eléctrico tiene tres terminales: el amarillo a la batería, el rojo al horario y el azul al tope de metal. Cuando el horario tropiece con el tope se cierra el circuito y el impulso eléctrico enrojece un filamento de platino que hace estallar al detonador. **Los temblores al llegar y al despedirte eran parte del ritual. Mil veces decidiste romper con todo y mil veces quebraste la promesa.** Si la bomba es incendiaria, es preferible que sea silenciosa; el mismo mecanismo con que se hace estallar la bomba reloj sirve para encender un foco potente; si el foco se rodea de una sustancia que se abraza con el calor, a la hora precisa comenzará a arder. **Cuando la llamada en clave te indica que al día siguiente deberías acudir a la casa de Orta, te empezaba la comezón en el pecho, el parpadeo vertiginoso; la locuacidad y la lucidez que invariablemente acompañan tus estados de tensión aguda. Eran noches de espera angustiada, insomnes, aplastantes y al día siguiente la voz pastosa y negra del gigantón.**

El cóctel molotov se hace con gasolina, aceite quemado y estopa: para lanzarlo a una distancia considerable con cierta precisión, se amarra la botella al extremo de un palo cilíndrico de unos tres pies, se vacía un cartucho de perdigones del número 16, se carga la escopeta previamente recortada y con dos patas añadidas, y por el cañón se introduce el extremo libre del palo; se debe disparar en ángulos de 45°, como un mortero, y tras haber probado el alcance varias veces. **Orta sabía todas las maneras caseras de matar. Nada siniestro le era ajeno. Su habilidad increíble para bregar con la muerte le hicieron diseñar ingeniosas máquinas.** Si no se cuenta con una mina submarina militar se puede fabricar con dinamita dentro de tubos herméticos, cuyas mechas impermeables coincidan dentro de una bolsa transparente de nylon, donde se guarde una lija y varios fósforos; por un mecanismo de succión se adosa al fondo de la nave y se prende la mecha impermeable. **Al final de cada explicación sonreía satisfecho con una irritante expresión bobalicona. Tú esperabas inquieto la hora de marcharte, mirando el reloj con insistencia desesperada y renovado cada minuto tus temores de ser capturado al salir de aquella casa. Quizás la calma de Orta, o el color mortecino de las paredes o el desorden caótico de todos los objetos, te daban la sensación de que afuera te atraparían, pero no se te ocurría que podían entrar y sorprenderlos. La guarida de Orta era un santuario inviolable cuando estabas dentro. Sin embargo, cuando te encaminabas hacia “allá” estabas seguro de que todo había sido descubierto; de que te patearían como a Estrada, hasta matarte; o te quemarían los testículos, como a Tobías, hasta que murieras de dolor. Orta te enseñó todo lo que sabes de esos menesteres repugnantes del terrorismo y el sabotaje. Los fabricaste asqueado de lo que hacías y los pusiste en uso decenas de veces, muriéndote de remordimiento y escudándote en una capa cada vez más delgada de retórica patriótica. La noche de las manos de Oscar, cuando ya habías pasado a maestro, cuando tú mismo (tú decías que a “la vida”, excusándote con torpeza) te había convertido en un “experto”, te dio una**

lección como la de Azcárate, inolvidable, espantosamente inolvidable. Inolvidable como tus noches de confusión, rodeado de cadáveres amarillos en la funeraria del barrio chino. De todo aquel mundo tenebroso de la Resistencia te has llevado algo que sólo puede comprender el que lo ha vivido. Te has llevado la adicción al miedo. El infeliz que un día, sin quererlo, se acerca al peligro, huirá siempre de los horribles síntomas físicos: del sudor, de los temblores; del parpadeo; de las ganas inaguantables de orinar; del salto en el estómago; de la palidez de muerto; de la descarga de adrenalina que multiplica la vitalidad y los deseos de agresión. Pero eres un pobre vicioso, a fuerza de tentarlo sobreviene el vicio. Un hombre esclavo de esos síntomas físicos que los demás repelen. ¡Qué poco sabe el mundo de los monstruosos recovecos de la valentía! Eres un pasador del miedo; un gustador de horrores. Siempre te ha sorprendido que no sepan que tu valor es mera servidumbre; que tu arrojo es una penosa aberración, como la de todos los infelices “audaces”. Esta aventura peregrina de cavar un túnel te ha vuelto a la vida. Ya comienzas a sentir los temblores. La vida, por los síntomas del miedo, se te hace palpable. Cobra sentido.

XII

Comencé a trabajar en una funeraria del barrio chino cuando fui despedido de mi horroroso empleo de amanuense de una notaría. Una tarde naufragaba entre legajos del oficio cuando un señor gordo y ridículo, cliente de primer orden de la notaría, me pidió que abandonara lo que estaba haciendo para satisfacer un pedido suyo. *Lo siento, pero ahora es imposible. ¿Cómo ha dicho? Que lo siento, pero ahora me es imposible. Escuche, mequetrefe, “imposible” es una palabra que en esta notaría no existe para mí.* Le miré varias veces de arriba abajo. Era un hombre corpulento, pero blandengue; de gafas gruesas y tez rubicunda. En realidad no me sentí muy ofendido por lo de “mequetrefe”, pero sí me pareció un excelente pretexto para sembrar dos bofetadas sonoras en aquella carota mofletuda. *Usted no puede decirme “mequetrefe”; no le permito que me humille. Es usted un insolente.* A partir de esa palabra no habló más, sino gritó. Bastó con las bofetadas y uno que otro empellón. El notario Alzugaray llegó tembloroso de ira hasta donde me arreglaba la corbata. *¡Camorrista! Está despedido. Con gusto; me largo de esta cueva de bandidos. ¡Miserable! ¿Cómo se atreve? Un momento, señor Alzugaray creo que a usted también le conviene un poco de castigo físico.* El notario Alzugaray, más joven, pero más cobarde, echó a correr hacia la puerta. Todo aquello resultó una comedia risible, menos el coche patrullero que me detuvo a la salida de la notaría. El juez fue benigno, entendió lo improcedente de los insultos, pero estimó que mi respuesta no estaba a tono con la ofensa. Sin embargo, optó por suspender la sentencia —tres días de arresto— y prodigarme un hermoso responso sobre las responsabilidades inexorables de la convivencia. Del juzgado, con el periódico bajo el brazo, partí rumbo a una funeraria del barrio chino donde procuraban a un empleado para embellecer los cadáveres. *¿Tiene usted experiencia en este tipo de trabajo? Por supuesto que no. Dudo que nadie en esta ciudad tenga experiencia en embalsamar chinos. ¿Tiene usted referencias? Malas, acaban de expulsarme de mi empleo anterior.* El administrador resultó tener

un enorme sentido del humor (condición indispensable para administrar una funeraria) de manera que a la segunda respuesta me concedió el puesto.

Confieso que me impresionó un tanto el salón donde debía realizar mis labores. Un cuarto pintado de gris claro, con varias camillas donde los chóferes de la funeraria, o los camilleros de los hospitales, iban dejando un constante reguero de muertos, en el que yo ponía orden y concierto. “Embalsamar” era una palabra inadecuada: simplemente les arreglaba, les maquillaba y les dejaba listos para la ceremonia de entierro. Sentí y manoseé con fruición y curiosidad toda una gama de sensaciones distintas frente a los primeros cadáveres. Al principio los que resultaban destrozados en algún accidente de tránsito me producían un asco irreprimible si eran muy viejos, y una enorme compasión si eran niños. Luego, en las horas de descanso, “computaba” la huella de las sensaciones arribando siempre a conclusiones curiosas: el asco era menos hondo que la compasión; luego era preferible sentir aquél antes que ésta. Entre los estratos de reacciones que lograba identificar el que rehuía con más miedo era el de la ternura. Una chinita de apenas cinco años, víctima de la leucemia, se me quedó grabada para siempre. Frente a una suicida de unos dieciséis años, preciosa, experimenté una rarísima y confusa escala de sensaciones y reflexiones. La joven se había envenenado tras descubrir que había quedado embarazada por su hermano. La maternidad no había comenzado a deformarla y desnuda, sobre la plancha de aluminio, más parecía el regalo de un mandarín poderoso a su señor emperador. La observé con detenimiento, tratando de hallar un rasgo de su rostro que dejara entrever los impulsos torcidos que la llevaban a entregarse a su hermano con la frecuencia con que denunciaba en la nota que dejó escrita. ¿Cómo fueron aproximándose al incesto estos dos seres? Seguramente que en silencio. Con los hechos, no con las palabras. Una sílaba hubiera roto la amnistía que el silencio otorgaba a la urgencia de los instintos enfermizos. El silencio condonaba y santificaba el delito. Pero la magia de las palabras rompía los exorcismos del silencio, les condenaba a muerte. Una noche

de esas cargadas de tensión en que el hermano, de puntillas, conteniendo el aliento, se deslizaba en el lecho de la hermana, escuchó la noticia temblorosa del embarazo. Unas sílabas anémicas bastaron para romper la esfera prehumana en que la pareja se ayuntaba. La palabra los trajo en un segundo a las servidumbres de la civilización, al rigor de las reglas, y les puso en camino de la muerte. No oculto que el hecho de que aquel cadáver contuviese otro dentro, me inquietaba como si estuviese en un laberinto de espejos. Pensé, observando aquel cuerpo hermoso, en los casos frecuentes de necrofilia. El hombre que fuera capaz de treparse sobre aquella estatua helada, abrirle las piernas, y hacerle el amor, debería sentir más o menos lo mismo que el hermano incestuoso. Traté muchas veces de explicarme cómo era posible el apetito sexual dirigido hacia un cadáver, por bello que fuese, pero aunque nunca obtuve una respuesta satisfactoria, el hecho de sentir cierto nerviosismo frente al hermoso cuerpo (y algo indefiniblemente similar en casos análogos) me hizo suponer que este impulso, o el del adolescente incestuoso, nada tenían que ver con la esfera de la conciencia y sí con ciertas zonas recónditas de los instintos primarios, no inhibidos en algunos individuos de la especie, y a merced de la presencia y ausencia de la palabra. Era una lucha entre la magia de la palabra y la del silencio.

Nunca logré la insensibilidad frente al hecho de la muerte que me pronosticara el administrador. Recuerdo haber leído por aquel entonces alguna página de Valle-Inclán donde objetivamente se comparaba el hecho de sacarle las entrañas a un animal o hacer lo mismo con una piedra. Creo que le envidié al escritor esa posibilidad de mostrarse impasible ante la muerte. A fin de cuentas aquel ambiente tétrico y silencioso contribuyó no poco a conformar ciertas ideas (no muy claras) sobre la vida y la muerte, que luego fueron útiles para ganar las oposiciones a la cátedra de Filosofía en un centro de Segunda Enseñanza.

XIII

Taboada hizo la afirmación de la manera más rotunda: “Moleón tiene tifus”. Y luego agregó: “Si estuviera en el hospital le recetaría unas cuantas cosas; como aquí no hay nada, manténganse alejados de su cama”. Taboada era un hombre enigmático, extraño. Sus diagnósticos eran respetados, especialmente desde que predijo el día y la hora en que Casañas moriría. Dos meses antes de terminar la carrera fue a dar a la cárcel, acusado de curar insurrectos heridos. De este modo se convirtió en algo así como el médico del presidio. Carrillo, sin otra alternativa, le había explicado el plan sin rodeos.

—Necesitamos llegar hasta la dinamita antes de que esto vuele en pedazos.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Ayudarnos a fabricar una coartada para que la gente se mantenga alejada de mi cama. Una enfermedad infecciosa... tuberculosis tal vez.

—No, nadie le haría caso a eso. Abundan los tuberculosos en el presidio y todos lo ven como una cosa inevitable.

—En fin: para eso he venido a verte.

—¿Quién será el enfermo, tú?

—No, Moleón, que es quien duerme en la litera de abajo. Excavaremos bajo su cama.

—Diré que tiene tifus. Cualquiera idiota sabe que es altamente infecciosa. ¿Quiénes cavarán?

—Martínez, Masa y yo.

—Todo esto es una locura, pero nada se pierde por intentarlo.

—Bien, a los que pregunten por qué usted no se aleja de Moleón díganles que pasaron por la enfermedad, y por lo tanto son inmunes. Estarán junto a él para “cuidarlo”.

La historia del tifus resultó enclenque, débil, poco convincente. Moleón tuvo que reforzarla con quejidos lastimosos y delirios febriles. Las herramientas

rudimentarias —cuatro hierros agudos y uno contundente— fueron subrepticamente escondidos bajo la cama de Moleón. Masa, Martínez y Carrillo se irían turnando bajo la cama de Moleón. Podrían raspar sin tregua, pero el uso del hierro contundente, a manera de martillo, estaba reservado para las horas de comida, cuando todos se alejaban lo suficiente como para no oír los golpes.

El trabajo resultaba más arduo de lo que suponían. Comenzaron sustituyéndose cada tres horas y luego decidieron reducir los turnos a sesenta minutos. Los contornos del piso de cemento reticulado definieron de inmediato la dimensión de la excavación. Bastaría con ahuecar el perímetro de uno de los cuadrados, cuyos lados tendrían unas veinticuatro pulgadas aproximadamente. Comenzaron a devastar por los bordes de la retícula y con infinita paciencia, milímetro a milímetro, la labor fue progresando. Moleón, aconsejado por Taboada, había llevado los síntomas de la enfermedad hasta una simulación preagónica. A los tres días de haber comenzado, el agujero y Moleón parecían acercarse a su fin. La cuarta tarde, Carrillo, tras deshacerse disimuladamente de unos puñados de escombros, lanzándolos por la reja trasera, hacia los fosos, le anunció en voz baja al “moribundo” Moleón:

—Hoy se termina el hueco —Moleón le miró con ojos entreabiertos y exhaló un “me muero” malicioso—. No, no te mueres, Taboada te dará de alta esta noche —dijo Carrillo.

Al cabo de un rato, por la abertura ascendió una bocanada fétida de ratas muertas.

—Hay que cubrir rápido esto —dijo Carrillo asqueado hasta las náuseas.

—La tapa de un baúl servirá —intervino Masa, levantándose como si supiera dónde hallarla.

—El hueco dio sobre un sitio inmundo—dijo Carrillo con cierta preocupación.

—¿Bajamos esta noche? —preguntó Moleón mirando a Carrillo fijamente.

—Sí, cuanto antes mejor —respondió Carrillo tragando en seco.

—Habrá que iluminar con fósforos —volvió a decir Moleón.

—Claro —dijo Carrillo.

XIV

El chapoteo cascabeleó fúnebre. Las ratas muertas se vengaban oliendo a culo de diablo. La llama ridícula de una vela de santería lamía desmayada y sumisa la bola negra. Carrillo, Moleón y el asco caminaban hombro a hombro. Carrillo dijo algo que se abocinó en las bóvedas; reajustó el gaznate, murmurando piano algunas frases. Recorrieron la galera observando la disposición de las cargas de gelatina. Moleón convino en el profesionalismo del trabajo. “Si esto estalla todo se va al carajo.” Carrillo asintió con una inclinación de cabeza y con la torcedura de los labios. Centenares de cartuchos de dinamita, enlazados con cordón detonante, se adherían a las paredes, a los arcos, a las bases de las columnas; a toda estructura que sirviera de apoyo al piso superior. En realidad sobraba la mitad del explosivo. Carrillo se percató de que no sólo era posible desmontar las cargas, sino de que sería factible ponerlas en uso, si convencía a media docena de hombres de que con ella se podía intentar una fuga masiva o tomar el penal. Haría falta mecha convencional, pero ésta podría introducirse subrepticamente, a través de la visita, trenzando con ella varios bolsos de mujer. Una docena de planes más o menos descabellados se le atropellaron en el cerebro. Los detonadores podían fabricarse, utilizando a las visitas, camuflando fulminato dentro de cápsulas de medicamentos. El bisbiseo entre Carrillo y Moleón se fue intensificando en la medida que aumentaba el entusiasmo. Comenzaron a cortar las conexiones y a recoger los cartuchos. Carrillo se despojó de los pantalones y anudó los extremos de las piernas.

Los muslos velludos se erizaron de frío. Con gran cuidado fueron depositando las cargas dentro del improvisado saco.

La cosecha de barras de explosivos abultó al pantalón convirtiéndolo en un fantoche trunco, con nalgas, barriga y muslos de buda mortífero. Cuando apenas podía arrastrarlos, Carrillo se sentó en el suelo, poniendo el pantalón relleno sobre sus rodillas. La escena cobró de pronto un cariz surrealista. A

Carrillo se le antojó absurdo cuanto pasaba y experimentó una sensación de ridiculez que no comunicó a Moleón. El payaso guillotinado que cabalgaba sus piernas tenía fuerza para pulverizar los muros más gruesos o para añicarle los sesos a medio mundo. Él, semidesnudo, con las nalgas empapadas, en el fondo de aquel sótano infernal, tenía sobre sus rodillas fuerzas suficientes como para aniquilar a un ejército. Al mismo tiempo, en cueros, muerto de asco, pensaba enfrentarse a una dotación militar de más de trescientos hombres con las tripas de su espantapájaros de nitroglicerina. Después del acopio y del descanso comenzaron a desandar las galeras tortuosas hasta llegar de nuevo al orificio. Primero subió Moleón. Carrillo le pasó la dinamita y luego trepó ágilmente. El mejor sitio para guardarla, por unos días, era bajo la cama de Moleón, todavía “víctima” del peligroso tifus. En todo caso, el plan debería ponerse en práctica cuanto antes, porque cada minuto aceleraba los riesgos de que todo fuera descubierto. El domingo, dos días después, sería día de visita y se podría contar con la mujer de Masa para pedirle la mecha y el fulminato, señalarle dónde podía conseguirlos y la forma de disfrazarlos. En la siguiente visita ella podría traer los elementos para llevar a cabo el plan. Es decir, al menos durante nueve días deberían dormir sobre una montaña de dinamita. Afortunadamente, el diagnóstico de Taboada servía para alejar tanto a los prisioneros como a los guardias que efectuaban el conteo. El cabo Troncoso sólo se atrevía a llegar hasta la mitad de la galera. *¿Todavía sigue enfermo el tipo ése? Sí, cabo, sigue enfermo. ¿Falta alguien, soldado? No, cabo, no falta nadie. Bien, no es necesario llegar hasta allá. ¿Está seguro, cabo? Claro, soldado, no estamos aquí para coger enfermedades, ¿no? Claro que no, cabo. Entonces vamos.*

El plan subsistía bajo un falaz manto microbiano. El domingo, durante la visita, a la mujer de Carlos Masa se le heló el corazón cuando le dijeron que había un plan de fuga en marcha y que ella debería traer la mecha y los detonadores. Accedió, luego de calificar de estupidez lo que le proponían. Anotó mentalmente el sitio donde debería recoger el material y agotó las dos

horas reglamentarias en modelar argumentos que luego lanzaba contra la tozudez aventurera del grupo. Les sorprendió el silbato reiterando por centésima vez algún razonamiento tan inútil como lógico. Con los ojos llenos de lágrimas se despidió de su marido.

El lunes transcurrió sin incidentes. Las horas fueron acumulando trivialidades, necedades de la gama del gris, tonterías blancas e inofensivas y una que otra vileza de tono menor. Pero a medianoche, en la galera octava comenzó una riña que despertó a todos los prisioneros.

XV

Los presos políticos que se negaban al plan de adoctrinamiento, los “plantados”, como les gustaba llamarse, habían constituido una especie de tribunal de honor para dirimir las querellas entre ellos sin recurrir a las autoridades del penal. Varias veces habían impuesto sanciones morales a los que incurrían en faltas. Entre las dos últimas camas de la galera octava, tres hombres acucillados —Sabatier, Menocal y Ocaña— escuchaban la defensa que de sí mismo, desesperado, lloroso, hacía Taboada:

—Manolo está equivocado, les juro que está equivocado, yo soy incapaz de una cosa semejante.

El “colorado” Ocaña fijó los espejuelos con los dedos índice y pulgar con el gesto con que invariablemente evidenciaba su escepticismo, clavó la vista en el hematoma que enmarcaba el ojo derecho de Taboada y creyó percibir un poco de compasión por el “mediquito”.

—Todo ha sido una confusión, me acerqué a su cama para despertarle, le toqué el vientre y el pecho, estaba profundamente dormido —una garra de angustia le apretaba las palabras a Taboada; las que escapaban con vida se le atorbellinaban en la boca saltando al exterior desnudas de veracidad.

Sabatier se acarició el diente partido en las penumbras de su boca. Taboada se le antojó un tipejo deleznable, un miserable, un perverso. Inventarió media docena de adjetivos sin que su lengua abandonara el regodeo. “Debería estar muerto”, pensó mirando inexpresivamente la cara llorosa de Taboada.

—Monolo tuvo una pesadilla y comenzó a pegarme —gritó Taboada.

Menocal recordó el testimonio de Manolo Sánchez:

“El muy sinvergüenza comenzó a tocarme los muslos; yo estaba dormido y no me di cuenta de lo que él hacía, pero cuando se me tiró me desperté y le entré a golpes. Si no me lo quitan lo mato.”

La voz desgarrada de Taboada perforó con cien dardos los recuerdos de

Menocal:

—¿Quién va a creer que yo soy maricón? Yo no soy maricón, fue una confusión de Manolo.

—¿Por qué fuiste a despertar a Manolo a medianoche? —preguntó Sabatier con un tono de evidente hostilidad. Taboada se pasó la mano por la boca y la barbilla secándose unas gotas de sudor que no existían.

—Iba a decirle... algo muy importante —tartamudeó.

—¿Por qué a esa hora? —insistió Sabatier.

—Porque todos dormían y no quería que nadie se enterase —Taboada palpó amargamente la endeblez de su respuesta.

Menocal volvió a recordar la voz ronca de Manolo Sánchez: “Yo le había notado algo raro desde una vez que estuve enfermo y ese tipo vino a verme: me miró de un modo extraño. Me apretó el vientre mirándome a los ojos de una manera lujuriosa. Yo me sentí medio cortado, pero como parecía hombre no le hice mucho caso. Si no me llega a pasar a mí mismo no lo creo”.

—Pero dice Manolo que tú lo tocaste —Menocal miró con desprecio a Sabatier; era innecesario insistir en el asunto. Taboada dijo que no con la cabeza, moviéndola nerviosamente, y a los pocos segundos con una ráfaga de monosílabos ametralló la afirmación de Sabatier:

—No, no, no, no, no, Manolo Sánchez está equivocado... yo le toqué el vientre no —la palabra se ahogó al salir— ...entre los muslos.

—También dice que te le tiraste —Sabatier se regodeaba; Ocaña intervino:

—Si Taboada aceptó someterse al Tribunal no fue para que le ofendiéramos, sino para que escucháramos su versión.

—Yo digo lo que dijo Manolo Sánchez —contestó irritado Sabatier.

—Pero no es necesario que lo digas —terció Menocal.

—Pero tampoco tengo por qué callarme —insistió Sabatier.

—Sánchez está equivocado, les juro que está equivocado —dijo Taboada tragándose los sollozos.

—Pero ¿te le tiraste o no? —gritó en tono enérgico Sabatier.

—No, no —Taboada bajó la voz como implorándole a Sabatier que hiciera otro tanto—, tal vez tropecé tenía la cabeza inclinada, pero es que Sánchez duerme en la litera intermedia y hay que inclinarse...

—¿Y qué era eso tan importante que tenías que decirle? —casi burlón, volvió a preguntar Sabatier. Taboada, tragando en seco, le echó mano a lo único que se le antojaba convincente:

—A un plan de fuga que Carrillo y Moleón tienen en marcha.

—Eso es mentira —dijo Sabatier, y agregó—: Moleón tiene tifus, se está muriendo.

—No, no, es mentira —Taboada se sintió aliviado—; yo inventé lo del tifus... para que nadie se acercara a su cama. Martínez y Mesa están en el asunto; han sacado del sótano docenas de libras de dinamita y varios metros de cordón detonante. Todo está bajo la cama de Moleón.

Ocaña y Menocal le dieron crédito a lo que oían. Sabatier fingió no dárselo.

—Eso no cambia las cosas; aunque fuera verdad toda esa novela, no tenías por qué ir a la cama de Sánchez a contárselo a medianoche. Lamento decirte —se puso retórico— que me parece más verosímil lo que cuenta Sánchez.

—Entonces, tú crees...

—Sí —el tono era desafiante— creo que eres un enfermo y creo que los de tu calaña deberían estar muertos; y creo que si no lo están deberíamos matarlos...

—¡Cállate, Sabatier! —gritó Ocaña—. Taboada ha sido un compañero leal...

—Un homosexual miserable...

—No ofendas más —gritó también Menocal.

—¡Confíesalo, Taboada! ¡Confiesa que eres homosexual!

—No, no lo soy... estaba nervioso —comenzó a balbucir Taboada—; llevo dos años presos... estaba confundido.

—Cállate, Taboada —dijo Ocaña aguijoneado por una piedad súbita, desconocida.

—¡No, que no se calle, que confiese! ¡Que lo diga todo! —triumfal, berreó Sabatier.

—No vale la pena fingir. No sé lo que me ocurrió. Es verdad lo que dijo Sánchez, pero no entiendo cómo pudo pasar —Taboada sintió que la carga de angustia negra se le enrojecía de vergüenza; su voz entrecortada se embozó en la tristeza—. A pesar de esto yo soy tan hombre como el que más; soy capaz de cualquier sacrificio; estoy dispuesto a hacer lo que quieran; a pagar esto con lo que sea.

—No sigas, Taboada —Menocal sintió ganas de matar a Sabatier, de estrechar a Taboada y de decirle que la hombría no era siempre una cuestión de inclinaciones sexuales no dijo nada más, se conformó con el “no sigas, Taboada” y bajó los ojos.

Sabatier sonrió con un gesto de perdonavidas; golpeó a un tiempo con las dos manos sobre las rodillas y dijo:

—¿No ven? Yo sabía que Sánchez no mentía —Taboada sintió un profundo rencor contra Sabatier.

—Vete, Taboada —suplicó Ocaña—; luego te diré lo que acordemos.

XVI

Moleón vio acercarse al “mediquito” Taboada y sintió un sentimiento confuso de solidaridad y rechazo. Nadie en el penal era ajeno al incidente de la noche anterior; la noticia había circulado a todo galope en ancas de la morbosidad. Taboada es maricón. Increíble. Es maricón. Manolo Sánchez le cayó a golpes porque se le tiró. Tan buena gente que parecía. Cada cual hace con su culo lo que quiera o pueda. Hay que matar a todos los maricones, no merecen vivir. Peor es ser hijo de puta que maricón. ¡Qué vergüenza! Un preso político no debiera... Hay de todo en la viña del señor. Hay hasta maricones. Viste cómo le puso el ojo. Por poco le arranca la cabeza. No era mal médico, es una lástima. ¡Que se joda! Debían castrarlos. Eso no es asunto mío, allá Sánchez y él: que se maten. No deben juzgarlo, a lo mejor es un error. Es una deshonra para todos. ¡Mira cómo tiene el ojo! Nadie le habla. No le habla a nadie. Mira al suelo. No levanta la vista. Debían quemarlo vivo. Tan valiente y tan “plantado” que parecía y mira tú: era un maricón. Julio César también lo era. El mediquito importa carne del exterior. ¡Mariconazo! hay que ponerle Fifi. Así y todo Sánchez no debió pegarle: le lleva ocho pulgadas y cincuenta libras. ¡Pobre hombre! Moleón planeó la forma respetuosa pero distante con que iba a tratarle. A fin de cuentas el éxito del plan se debía a la gestión del “mediquito”. Todo aquello se le antojó desagradable, pero no había forma de esquivarlo.

Andrés Taboada traía un frasco en la mano, grande, transparente, sin etiqueta. Moleón pensó que se trataba de algún medicamento con los que simulaba tratarle el tifus. Se extrañó de que no fueran las pastillas blancas de todos los días, pero no le dio importancia al asunto. Taboada llegó hasta la cama de Moleón. Tenía la mirada brillante y ausente. Supuraba odio y miedo. Moleón se incorporó nervioso. Taboada levantó la botella y la estrelló con rabia contra el piso, justo al borde de la cama. Un vaho alcohólico se levantó como una bandada de cuervos. El líquido se extendió por el suelo, bajo las camas,

empapando irremisiblemente los detonadores, los rollos de cordón detonante y el espantapájaros de dinamita. Rápido como la muerte extrajo un encendedor y lo prendió. La llama le puso un reflejo raro en la mirada. Escupió una palabra: “Vete”. Moleón, lívido, se levantó de su cama. Volvió a hablar Taboada, esta vez desde el fondo de una cueva de asco: “Diles que se alejen todos porque volaré en pedazos”. Moleón gritó: “Hay dinamita y cordón detonante. Taboada quiere volarlo todo”. Los que estaban en la galera le observaron confusos. Hizo un gesto elocuente de desesperación y volvió a intentarlo: “Extrajimos dinamita del sótano; íbamos a fugarnos; está bajo mi cama y Taboada amenaza con darle candela”. Esta vez todos entendieron y precipitadamente se dieron a la fuga. En unos minutos la noticia pavorosa enlazó a todos los hombres. En el patio, pugnando por alejarse al sitio más distante, se apelotonaron los presos. Carrillo tomó una determinación. Se acercó al portón de hierro y a través de la reja le explicó al cabo Troncoso lo que ocurría. *Así que dinamita ¿no? ¿De dónde la sacaron, eh? Conque del sótano ¿no? ¿Que nos joderemos todos? ¿Que estallará la de abajo? Voy a avisarle al funcionario Barniol.*

A lo largo del muro se apostaron guardias con los fusiles listos para disparar. Hubo varios intentos de situar francotiradores capaces de hacer blanco en Taboada, pero no era visible desde ningún sitio. Taboada había arrastrado el monigote de dinamita hasta un rincón, se había sentado a horcajadas sobre él y lloraba con el encendedor en las manos. La galera desierta le daba a la escena cierto extraño aire de solemnidad; el techo curvo recordaba la cúpula de alguna iglesia rara; y el hombre, jinete sobre un clavileño lóbrego, algún rito grotesco de una superchería oriental. Afuera, los feligreses gritaban sobrecogidos por el pánico. Barniol dio una orden tajante por el magnavoz: “Todos los presos a las galeras contiguas”; y luego otra en el mismo tono: “Guardias, al que no obedezca en sesenta segundos dispárenle a matar”. Se dirigió a Taboada: “Señor Andrés Taboada: si usted vuela esos cartuchos de dinamita matará a todos sus compañeros; me oye bien: los matará a todos,

porque he ordenado que entren a las galeras contiguas”. En dos caravanas apresuradas, los hombres, demudados por el terror, entraban a las galeras. De pronto, Quijano, el escritor, sin que nadie pudiera evitarlo, corrió hasta la galera séptima, donde Taboada apretaba la muerte entre sus rodillas.

—Vete —gritó Taboada.

—Escúchame —le dijo Quijano—, si vuelas la dinamita morirán todos.

—¡Que te vayas!—demandó con energía Taboada.

—No me iré —dijo resuelto Quijano—, tienes que escucharme.

—No quiero escucharte —dijo Taboada.

—Estás reaccionando como un demente —dijo Quijano sin darle importancia a lo que Taboada expresaba—; nadie tiene la culpa de tu incidente con Sánchez. Lo que ocurrió o lo que no ocurrió es un asunto entre tú y él. Mucha gente no cree la versión de Sánchez —mintió Quijano—; él mismo comienza a pensar que tal vez se equivocó.

—¿De veras? —preguntó Taboada levantando los ojos.

—Te lo juro —volvió a mentir Quijano.

Las gruesas paredes de las galeras inmediatas trepidaban con los gritos de los presos. Unos contra otros se apretaban en las celdas, diseñadas para una décima parte de los hombres que ahora las llenaban. Sobre el muro del patio, Barniol, convoyado por dos guardias armados con escopetas, se paseaba nervioso. Cada minuto hacía una apelación a Taboada, que luego acompañaba con súplicas veladas, con promesas de perdón o con juramentos de castigo. Dentro de la galera séptima Quijano tendía un puente de esperanza y dignidad sobre un cañamazo de mentiras. Poco a poco se fue acercando a la extraña figura. *Me engañas, Quijano. No, cómo habría de hacerlo. Y Sabatier qué dice ahora. Sabatier y todos están convencidos. Cómo va a ser...* —la palabra se le atragantó a Quijano— *homosexual quien está dispuesto a perder la vida. ¿Me creerán? Ya te creen, te lo juro.* Los ojos de Taboada se vaciaron de odio. Quijano siguió acercándose. Llegó junto a él. *Vamos, dame el encendedor.* Taboada dudó por un instante, pero

alargó la mano entregándolo. “Así, gracias”, dijo Quijano y le dio una mano para que se incorporara. Con vigor, Quijano puso el brazo sobre los hombros de Taboada y le ayudó a caminar hacia la salida. Bajo su brazo sintió temblar el pecho y la espalda de Taboada; una incesante teoría de lágrimas le corría silenciosa por la cara. La mirada perdida, ausente, el pecho encorvado, destruido, las greñas revueltas; todo, todo, contribuía a subrayar el síndrome de la demencia. En medio de su estado lastimoso, Taboada percibió un abrazo cálido, humano, que le sostenía en vilo la armazón de la vida. Aquella soledad increíble que le invadió desde la noche anterior; aquel páramo sin hombres, sin mujeres, sin rostros, sin seres humanos, en que creyó vivir por unas horas, comenzó a disiparse al contacto de una mano amiga. El pasado inmediato, el incidente, el juicio, la crueldad inmensa de Sabatier, las murmuraciones de todos, se tornaron borrosas, lejanas. Algo así como imágenes distantes de hechos que le ocurrieron a otro. Monstruosidades de las que tenía noticias, pero no directamente, sino a través de los libros, o de alguna película vista en épocas remotas.

La luz de la salida estaba a pocos pies. Taboada, siempre soportado por Quijano, vio el resplandor de la tarde y pensó en lo hermosa que debía de ser. Una tenue sonrisa fue esbozándosele en la cara. Salieron. Desde el muro opuesto, la voz de Barniol les hizo levantar la cabeza, el sol deslumbraba:

—¡Disparen!

Cayeron trezados en un abrazo grotesco. Murieron instantáneamente. Cuando los presos salieron de las galerías, Carrillo contó más de diez perforaciones en la cara y el pecho de Quijano y unas seis en el cadáver de Taboada.

—Pobre mediquito —murmuró Moleón.

—Quijano era un tipo raro —dijo Carrillo—; una vez trató de justificar su conducta con el proyecto de una novela extraña. Si era verdad ya no podrá escribirla.

Lo que está dentro del cañón

Para vivir, con un pedazo basta.

En un rincón de carne cabe un hombre.

LEÓN FELIPE

I

Tras el incidente de Taboada el funcionario Barniol creyó prudente acelerar el traslado de los “irreductibles” a una granja penal. Describió por los altavoces, con lujo de detalles, las condiciones infrahumanas del lugar; el régimen de trabajo a que se someterían los prisioneros; el aislamiento; los cañaverales plantados en laderas y la cuota inapelable de trescientas arrobas de caña, “cortadas y limpiadas por hombre y por día”. La reseña truculenta ahuecó las ya enjutas filas de “plantados”. El día del traslado, tras un amargo derrumbe, menos de cincuenta hombres entregaron sus muñecas a los hierros. El resto de los prisioneros, siguiendo el plan de “rehabilitación ciudadana”, como daban en llamarle oficialmente, estaba destinado a otra colonia penal de donde eventualmente se saldría tras completar los programas de adoctrinamiento.

Los “plantados” viajaron en un camión de transportar reses. Las manos aherrojadas a los tobillos impedían cualquier movimiento coordinado. La posición de cuclillas era tolerada por unos minutos, pero inevitablemente los frenazos del camión liquidaban el precario equilibrio. Carrillo se rompió el labio contra una de las columnas que servían de esqueleto a la carpa y tuvo que restañarse la sangre en el pantalón, y en los hombros de la camisa. El sol del mediodía, el camión casi hermético (para que los presidiarios no supieran dónde les llevaban) y el hacinamiento increíble, produjeron un calor infernal, que a Moleón se le antojó cercano a los cien grados.

A los pocos minutos todos los prisioneros estaban empapados en sudor y a la media hora de camino se chapoteaba en una pulgada de líquido. Los primeros síntomas de asfixia se empezaron a notar en algunos, que trataban desesperadamente de rasgar la lona encerada con los dientes. El esfuerzo, al mismo tiempo, demandaba más oxígeno, generando una más alta temperatura, que el organismo trataba de compensar con una mayor secreción sudorípara. El círculo vicioso se cerraba con la deshidratación total. A las tres horas de recorrido los gemidos y los gritos de terror fueron momentáneamente acallados por la aparición de un extraño fenómeno: llovía dentro del camión. Sólo dos o tres de los menos ofuscados fueron capaces de entender lo que ocurría: el enorme calor había evaporado el sudor y éste, luego de condensarse en el techo del vehículo, caía en forma de gotas. Alguno de los prisioneros creyó que había enloquecido y que el agua era una visión delirante. Los guardias que conducían el camión tenían órdenes precisas del teniente Wong de no detenerse bajo ninguna circunstancia. No hicieron caso del rumor agónico que les llegaba.

La muerte te ronda. Piensas en el labio herido y en lo cerca que estás del desmayo. Temes, seguramente como todos, morir asfixiado. Pero mientras los demás ahuyentan a gritos el horror a la muerte, tú lo paladeas. Eres incapaz de gritar o de dejarte llevar por la histeria. Prefieres alejarte de la escena y contemplarte sereno, serenamente temeroso, mientras bordeas la más estúpida de las muertes. Te parece ridículo, por todo lo que tiene de trágico y por todo lo que la tragedia encierra de ridiculez, morir asfixiado en la cama de un camión de reses. Algo así como morir ahogado cruzando el Mar Rojo; o morir de cólera morbo en Kerala. La noticia invertida, sería titular en toda la prensa: Muere una Res Asfixiada en un Autobús; pero pasará inadvertida si se trata de un puñado de hombres asfixiados en un camión de reses. La irrefutable paradoja que has hallado te hiende una sonrisa dolorosa sobre el labio partido. Tal vez tú seas el único capaz de reír entre todos los hombres

que gritan junto a ti. Moleón calla, pero su rostro demudado te indica que nunca hallaría un pretexto para sonreír. Cuánto de egolatría habrá en esa majestuosidad con que siempre has enfrentado el peligro. Cuánto de masoquismo en esa búsqueda constante de los más crudos riesgos. Cuánto de deseos de autodestrucción. Cuánto de perverso deleite en la eficacia con que embridas tus represiones. Cuánto de suicidio se esconde tras el luzbelismo. ¿No buscaría Luzbel la muerte? ¿No sería su castigo la vida eterna? Ahí, en el fondo de ese camión, mientras te observas morir, buscar una interpretación cabal a los signos de tus actos. No te basta referirlos a un precario esquema de valores. Puedes esgrimir el valor justicia, cobija endeble de todas las teorías políticas; pero no te satisface una simplificación tan pueril a las puertas de la muerte. Legítimamente enmascarado has ido buscando tu propia destrucción, ¿qué te ha impulsado a ello? Los samurai castigaban la falta ajena con la muerte propia. El cuchillazo en el vientre era una sanción horrible contra el transgresor. ¿Buscas un castigo ejemplar contra alguien? Nada compensará el horror de tu muerte. El olor de la muerte te ha traído, como un soplo, las manos de Oscar. Las manos de Oscar se acercan amenazantes a tus recuerdos. Aprietan.

Pobre Oscar. Pobre, con sus manitas de marqués. Manitas blancas y lampiñas, frágiles como la vida de un canario. Le conocí cuando comenzaba a estudiar en la Universidad. Era una mezcla extraña de timidez y vehemencia, resuelta en una ecuación malgeniosa de monosílabos filosos o parrafadas delirantes. Pelos sobre la frente; gafas oscuras; ropa holgada, fuera de moda, siempre gris o negra; zapatos sucios; barba de dos días (lo cual era un misterio porque siempre era de dos días); un libro bajo el sobaco sudoroso (generalmente Camus, obligada lectura por aquel entonces); medias arrolladas sobre los tobillos, vencidas por una vejez ingrata, al margen del jabón; un cigarrillo detrás de otro, humeante procesión que hacía alto en la halitosis en su

camino al enfisema; camisa moteada de café y ceniza, con un asesino cerco de mugre amenazando el cuello de su dueño: la estampa acusaba los síntomas del poeta y del neurótico, condiciones irremplazables del revolucionario. Observé que se sumaba entusiasmado a las algaradas estudiantiles. Vi que no se arredraba frente a los disparos de la policía (eran los tiempos más turbulentos del anterior gobierno) y resolví sondearlo para incorporarlo a la célula de Acción y Sabotaje que dirigía desde el momento que terminó mi adiestramiento en la maldita casa de Orta. Comencé por decirle que si bien las manifestaciones estudiantiles eran indispensables en la movilización y toma de conciencia de las masas, los revolucionarios de calidad se reservaban para acciones coordinadas que entrañaban un mayor riesgo, pero cuyos resultados iban dirigidos al corazón mismo de la dictadura. Oscar iba asintiendo pausadamente (lo que no dejó de sorprenderme) y acaso cerrara sus ojos, tras los cristales casi negros de sus gafas, con el objeto de desnudar de visiones la palabra que le llegaba. Luego le hablé de la habilidad con que estas minorías valientes habían estructurado la Resistencia en células pequeñas, de cinco miembros, con un coordinador que transmitía las órdenes y mantenía contacto con un superior jerárquico, de manera que la intervención de la policía nunca pudiera desarticular el aparato completo. A estas alturas Oscar sabía de sobra mi propósito de incorporarlo al movimiento, pero no dijo nada, reservando su decisión para el final de la perorata. Un poco ofuscado por el silencio de mi interlocutor, aceleré el ritmo de los argumentos hasta que al fin, con bastante torpeza, le revelé que dirigía una célula de Acción y Sabotaje y le indiqué que necesitaba a una persona como él para completarla. Con el mayor aplomo me contestó que ardía en deseos de sumarse al movimiento por una vía seria, como la que yo le proponía, y que desde ese momento contara con él para lo que se presentase. Aquella firmeza me hizo dudar de mis dotes de psicólogo, porque siempre presumí que a su carácter inestable correspondería una demostración vehemente de adhesión, o una repulsa nerviosa, por miedo a lo que le proponía; nunca una calmada

aquiescencia. Quedamos citados para el día siguiente, donde, en un apartamento que yo había alquilado en una zona céntrica, comenzaría a adiestrarlo en el terrorismo, tal y como el gigantesco Orta había hecho conmigo. Comencé por las armas de fuego. Aprendió rápidamente a armarlas y desarmarlas. Luego, en el frigorífico de Asuncion disparó con revólver, pistola y metralleta. Le parecieron (un tanto infantilmente) maravillosos los silenciadores que habíamos fabricado para unos flamantes M-3 y preguntó, cándidamente, por qué no le poníamos a todos los fusiles. Le expliqué que sólo funcionaban eficientemente con las balas cuya velocidad no excediera los 1225 pies por segundo, es decir, con balas “lentas”. Como presentía, sus manos blandas, como palomas hervidas, resultaron hábiles en el manejo de los explosivos. Sólo me aterraba su increíble capacidad de distracción, sus olvidos frecuentes y ciertas irresponsabilidades que fueron creciendo en sus actos en la medida que se involucraba en las actividades de nuestra célula.

De la Jefatura Central, una tarde, por conducto de Pablos, el correo habitual, me llegó una orden tajante: el dieciséis de octubre sería “la Noche de las Cien Bombas”. A mí, es decir, a mi célula, correspondía poner veinte de esos cien artefactos. Entre Oscar, Ignacio y yo, preparamos veinte “patas de elefante”; veinte niples rellenos de clorato de potasio puro, accionados por cápsulas de ácido sulfúrico. El ácido corroía la cápsula de plástico, y al entrar en contacto con el clorato se producía la explosión. Cada cápsula duraba unos siete minutos en ser destruida. A cada uno nos tocaría colocar cuatro bombas; asigné los lugares; distribuí el material y entregué una pistola cargada y dos peines de repuesto por persona. Salvo en caso de extremo peligro prohibí usar las armas de fuego. Ordené que las bombas, disfrazadas dentro de cajas de regalos, fuesen puestas donde no hirieran a inocentes. Acordamos que deberían estallar entre una y una menos cuarto de la noche señalada. A la mañana siguiente nos veríamos en la cafetería de la Escuela de Derecho, pero sin dirigirnos la palabra, para no despertar sospechas. Sólo comprobar si todo andaba bien.

Cumplí con mi deber sin poder evitar los remordimientos que siempre me atenazaban. No recuerdo si fueron cien o setenta, pero esa noche la ciudad no durmió. A la mañana siguiente me dirigí a la Universidad, pero la hallé clausurada, con un cordón de policías impidiendo el acceso. Me preocupó no poder, de inmediato, conocer la suerte de Oscar, Ignacio o Emilio (a Armando lo vi de lejos aproximarse a la Universidad) y decidí que era mejor no utilizar el teléfono, seguramente “intervenido”, y esperar a que avanzara el día antes de localizarlos en los lugares acostumbrados. A eso de las doce, el titular de un periódico del mediodía se me metió en los ojos como una lanza: “MUEREN DOS HOMBRES AL ESTALLAR UNA BOMBA”. Sin leer más supe que Oscar era uno de esos muertos. Luego seguía la narración parcial de un testigo, reconstruida más tarde por nosotros. En uno de los sitios convenidos, Oscar descendió del auto y echó la caja dentro de un tacho de basura. Regresaba al vehículo cuando notó que un pordiosero se acercaba al lugar donde había dejado la bomba. Supuso que el pordiosero pasaría de largo y se detuvo a comprobarlo. Frente al tacho, el pordiosero vaciló, tomó la caja e hizo ademán de abrirla. Oscar le gritó que no lo hiciera. Habían pasado unos tres minutos desde que había llenado la cápsula y la había introducido en la caja. El pordiosero le miró asustado. Echó a correr. Oscar, sin pensarlo, comenzó a correr tras el pobre hombre. Los gritos de Oscar, su prisa, convencieron al infeliz de que había dado con algo de valor. Oscar le alcanzó, forcejearon, la palabra “bomba”, como un argumento desesperado, brotó de la boca de Oscar, pero sólo para preceder a una explosión prolongada, larga, que recortó en fragmentos exánimes dos vidas extrañas. Siempre me ha obsesionado el destino de aquellas manos lánguidas; siempre me he preguntado cómo sudarían al sentir los temblores letales de la bomba; siempre me ha inquietado la imagen de las manos toscas del pordiosero, hechas para la rapiña impuesta por el hambre, disputándole la muerte más horrenda a las manos tiernas e inofensivas de Oscar. Oscar comenzó a morir por las manos. El estallido debe haberle arrancado de cuajo aquellos dedos finos; debe haberle

pulverizado las uñas estrechas y alargadas; debe haberle teñido de negro aquella piel blanquizca que yo estrené en el maldito oficio y que recuerdo milímetro a milímetro.

La boca no ha dejado de dolerte. Sientes el labio abultado y la encía inflamada. El silencio de algunos te hace sospechar lo peor. Sientes todo tu cuerpo entumecido. Te duelen los huesos. Estás profundamente agotado y casi totalmente deshidratado. Moleón se ha quedado como dormido. Sabes que no ha muerto porque su pecho se hincha levemente. Pero ¿estás tan seguro de que tú mismo vives? Llevas varias horas de trayecto. Alguien (a quien no puedes identificar) llora impudicamente con pausas y quejidos entrecortados de los que sólo son posibles en la niñez. Te preguntas cómo es posible que se arrastre hasta la etapa adulta la manera de llorar de los niños. Te parece monstruoso ese llanto. Una especie de profanación. Lo mismo que si un niño abandonado en una playa, se abstuviera de llorar. Te imaginas la enorme inmadurez del que gime; y luego te percatas de que también es absurdo, de que también es ridículo, enfrentarse a la muerte con aires de solemnidad.

Al final del recorrido se detuvo el camión. El teniente Wong miró su reloj y enfiló sus pasos hacia la puerta trasera. Creyó percibir unos gritos pero lo atribuyó a “la protesta constante de ese bonche levantisco”. Con parsimonia, distribuyó a sus hombres estratégicamente. *Cabo Troncoso, usted y dos soldados irán formándolos en un pelotón para llevarlos al barracón. Sí, teniente. Sargento Estévez, usted con tres hombres se situará de manera que al que intente escapar le dispara. Espinosa, en la medida que bajen les va quitando las esposas.* Y luego sonriendo: “Estos hijos de puta deben de venir molidos”. Cuando describió el encerado vio unas figurejas chorreadas de agua y de miedo que cerraban los ojos al resplandor. Unos sapos amoratados. Unos animales muy raros. El

soldado Espinosa tuvo que entrar al camión a quitarles las esposas a los treinta y ocho supervivientes. Allí decidió que a los nueve muertos era más fácil bajarlos aherrojados. *Si se las quito, teniente, se joroban muy fácilmente, se ponen blanditos y es muy difícil bajarlos. Bueno, bueno, como usted crea, pero acabe pronto, por lo que más quiera.* El cabo Troncoso cerró los ojos para tragarse, sin que nadie lo viera, un “Dios mío” traicionero que se le echaba afuera.

II

Hinca duro el sol, carajo. Le come la espalda a Moleón. Se la come a Carrillo. *Habach, no puede el machete. El polvillo, Gonzaga, el maldito polvillo de la caña. Pica. Jode. Muerde. Martínez, coño. Se desmaya. ¡Trescientas arrobas, pendejos!* Muérete Wong, Carrillo. Muérete Wong, Gonzaga. Muérete Wong, Iznaga. Muérete Wong, Habach. *¡Chino, hijo de puta! Trescientas arrobas en una loma. Corten abajo, pendejos, abajo y de un solo tajo. Poeta el maricón chino ¿eh? No puedo con mi alma. Ni con la mía. Ni con la mía. Ni con la mía.* Un surco amarillo y verde, largo, largo, largooo. Dieciocho horas. *Dieciocho horas, Carrillo.* Dieciocho más mañana. Dieciocho horas, Moleón. Dieciocho horas mañana. Vieron cómo salía y verán como se pone. Irreductibles. Reductibles. Eductibles. Ductibles. Uctibles. Ctibles. Tibles. Ibles. Bles. Les. Es. S...

—Aceptan a los que piden clemencia, los hacen arrodillarse —dijo Carlos Masa.

—Sí, lo sé —dijo Carrillo—. Tres se han ido esta mañana.

—¡Hijos de puta! —dijo Gonzaga.

—No hay quien aguante esta mecha —dijo Armando mirando por la ventana una luna rayada de barrotes.

—Tengo las manos destrozadas —Habach abrió dos ampollas ensangrentadas. De cada una colgaban cinco dedos.

—Quieren matarnos —opinó Eddy Puig.

—No, quieren rendirnos—corrigió Carrillo.

—¡Este barracón me tiene hasta el último pelo! ¡No aguanto más ¡Caña y celda; caña y celda; pan, agua y pasta hervida —Gonzaga gritaba y movía las manos en un ritual complicado—. ¡Hasta los cojones!

Otra semana y otra y otra. Y yo sin tiempo. Sólo un cañaverl interminable. No sé cómo, todavía me emociona verlo salir. Voy dando tumbos por el trillo y de pronto, al frente, el sol. Después me quema la espalda. Me la come a

mordidas. Me cocina el cráneo. Me lo cuece. Pero me emociona verlo salir. Nos vamos juntos. Yo a mi barraca, muerto de hambre y de dolor. El inexpresivo. Si me caigo, palos. Si no puedo más, palos. Wong pega. Espinosa pega. Estévez pega. Troncoso mira pegar. Soroa murió en el cañaveral. Yo dije: *Estévez, asesino, lo ha matado; lo ha matado a palos.* Y Estévez me pegó. Traté de coger el machete. Estaba aturdido. Estévez me puso la pistola en la cara. *Atrévete, Carrillo. Cógelo, Carrillo. Cógelo, anda, para matarte, Carrillo.* No lo cogí. No quiero morirme. Se han ido muchos, no los culpo. No los disculpo. Callo. Los viernes llega Barniol en su jeep. Los que no pueden más, se le arrodillan. *Por Dios, funcionario, acéptenos, queremos ir a la Doctrina.* Y Barniol: *Bueno, bueno, así me gusta. ¿Cuántos quedan, teniente Wong? Veintiuno, funcionario Barniol.* Yo río. Quedan veintiuno. Soy uno de ellos. No puedo dejar de serlo. Castillo tenía la espalda sin piel. Se la quitaron a palos. El zumo de la caña, las moscas en la carne desgarrada. El sol hería, Castillo era viejo y se cayó de bruces. *Levántate, Castillo. No puedo. Sí puedes.* Y palos. Palos a Castillo. Se viró de espaldas en el suelo. Le quitaron la piel a tiras, los palos. La carne se le puso azul. Olía mal. No estaba muerto y olía mal. Juro que olía mal. Yo estaba cerca y olía mal. *Castillo, tu espalda.* ¡Oh, su espalda! Moscas, sangre, palos, Wong, Espinosa, Barniol, Troncoso miraba. Miraba cerrando los ojos. Él dijo: ¡Dios mío! Yo lo oí: Dios mío. Qué raro, Troncoso, dice Dios mío. Tiene un Dios que es suyo. Yo tengo un surco que no termina nunca. Tengo un machete pegado a las manos y unos ojos que ven salir el sol. Que lo ven ponerse. ¿Quién trajo estos ojos? Moleón resiste y calla. Es de acero Moleón. Habach tiembla de miedo. Gonzaga se irá pronto. Lo sé. Mira al piso. No habla. Se irrita. Gonzaga se irá. Se pondrá frente a Barniol. *Funcionario, perdón. Yo, Gonzaga, perdón.* Y Barniol: *Bueno, bueno, siempre hay tiempo* Y se irá en el jeep. Algún día se irá llorando en el jeep. Llorando por no poder morirse; llorando por no saber morirse; llorando por no querer morirse. Y la Doctrina, sí. Dirá cosas que no siente. Pensará en su hermano. En su hermano pegajoso de sangre, muñeco sin vida, sin dientes, su hermano sonando, pof, pof, pof. Pero

dirá, *funcionario sí. La doctrina, yo, sí.* Pobre Gonzaga. No levanta la vista. Sed. Tengo sed. El sol del mediodía. ¡Ay, Dios, tengo sed! Wong, sed. Espinosa, sed. Troncoso, sed. Nos morimos de sed. Arena en la garganta. Fuego. El gaznate, fuego. La lengua, fuego. La piel, fuego. Nadie habla. Nos quedamos sin recuerdos. Yo río. Río mucho. Río a solas. Temo olvidar cómo reírme. Juro que temo olvidarme de abrir la boca y enseñar los dientes, y mover el pecho. Entre los recuerdos se irá el de cómo reírnos. Olvidaré, olvidaremos, la sonrisa. Si me ocurre, volveré a aprender. Me arrodillaré en un rincón, solo, y empezaré a reír. A mover los músculos de la cara. Poco a poco. A desentumecerlo. Luego asomaré los dientes, poco a poco. El primer día una sonrisa ligera. Así. Poca cosa. Mucho no. Haría daño. Luego se iría anchando. No puedo olvidarme de eso porque sólo eso me queda. La posibilidad de reírme. De abrir la boca. De estar alegre algún instante fugaz. Ellos no lo notan pero yo lo noto por ellos. Hace semanas que nadie ríe. Nadie ríe de nada. No nos quitarán eso. ¡Por Dios, eso no! Duele estar siempre, perpetuamente, serio. Duele en la cara y en el alma. Adentro, muy adentro. Nada me queda. La palabra no solamente. De hombre sólo tengo no. Me lo quieren quitar. Quieren que el viernes llegue, funcionario Barniol, sí. Sí. Sí. Aquí le entrego mi último pedazo humano. Un trozo ridículo hecho de dos letras miserables: cójalo. ¿Ve? Ya no soy nada. Pero no. No. No. No. No. Barniol, no. Wong, no. Espinosa, no. Troncoso, no. Peguen, no. Cojan la sonrisa. ¿La quieren también? Cójanla. Tómenla. Me quedaré sin ella. *Se hirió Martínez.* El pie roto y rojo. La raja rota del roto rojo. Sangre. Sangra sangre grangre grangre sangrana sangrena gangrena gangrena. Ahora una pata de palo y vaivén. Adelante, atrás. *Cuidado, Martínez, ¡te caes! Funcionario, yo, Martínez, me voy en su jeep, usted supo, la gangrena. Bueno, bueno, siempre hay tiempo, siempre hay tiempo. No, Wong, por los huevos no. No, Espinosa, por los huevos no. ¡No que duele! ¡Coño, qué duele! Castillo se muere. Huele mal. Tiene fiebre. ¡No te mueras, Castillo! ¡Te lo suplico, Castillo, no mueras! Resiste, ¡coño! Resiste. Mira, Castillo, mañana. ¿Mañana? ¿Mañana? ¿Mañana? Qué raro suena esa palabra.*

Ma-ña-na-ma-ña-na-ma-ña-na. Sanarás, Castillo, te lo juro. Sanaremos. Huele mal. Se ha puesto frío. *Castillo, ¿me oyes?* Castillo no oye. No tiene piel en la espalda. Sólo coágulos. Frutas de sangre muerta, densa y negra. *Ciérrale tú los ojos. No, tú. ¡Guardia, que se ha muerto! ¡Guardia!, que se ha muerto.* Murió de palos. De guardias. De barrotes. De verdugos de alambre. Guardia, huele mal. Se estaba pudriendo y murió, usted sabe. ¡Que le cierren los ojos! ¿Quién trajo esos ojos fríos? ¿Quién te los puso, Castillo? Castillo bajará a la tierra. Cavo, Castillo a mi lado. ¡Que le cierren los ojos! *Guardia, ¿así? ¿Más hondo?* Muy hondo, Castillo, no podrás salir nunca. Aunque arañes las paredes. Castillo. Aunque gimas. Es muy, hondo, te lo juro. La espalda me duele, y los brazos. Primero te echaré tierra en la cara. Sobre los ojos. No quiero verlos. Ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo-ca-vo. No, otro hueco no. *¿No le gusta?* Castillo, mira, al teniente no le gusta el hueco que he cavado para ti. Haré otro rápido. Otro hondo. Hon-do-hon-do-hon-do-hon-do. Castillo, perdóname, tampoco le gusta. No me mires así. Te juro que no tengo la culpa. Es el teniente. No le gustan las tumbas que te cavo. *¡No pegue, no, ya me levanto!* Otro más, Castillo. Otro más. Todo está lleno de tumbas. De huecos profundos. ¡Castillo, por Dios, baja a cualquiera, no puedo más! La pala se me cae. Se me cae. Quiero bajar a uno de esos huecos y dormir. Dormir. Al fin, Castillo. Al fin, al fin al teniente le ha gustado una tumba para ti. Perdóname que empuje la tierra con los puños, pero la pala... sabes... pesa mucho. No puedo. La cara primero, no quiero verte los ojos duros que te han puesto. ¿Quién trajo esos ojos? ¿Quién te los puso? ¿Por qué, Castillo, no pudiste llevarte tu mirada? Sólo tenías eso y lo perdiste. La sonrisa, la mirada. No, la mirada no. ¡Por Dios, la mirada, no! ¿Qué hora es? ¿Es de noche? ¿Amanece? ¿Atardece? No me engañen. El mundo es verde. Todo verde. El tiempo es verde. Verde de caña. El tiempo es verde de caña. Mi mundo, mi tiempo, son verdes. Castillo está ahí. Y no está ahí. Lo enterré bajo mi mundo verde. ¿Sientes mis pisadas en el cañaveral? ¿Dime si las sientes? ¿Sientes cuando me arrastro? ¿Sientes cuando grito? ¿Sientes cuando

me pegan? ¿Sientes el palo que me dan? Dime, ¿los sientes? Vamos, Halbach. No decaigas. Vamos, moro, ámate. La vida... ¿La vida? Vi-da-vi-da-vi-da-vi-da-vi-da vida. Sabes, moro, suena extraña la palabra. Como si nunca la hubiera oído. *Señor Barniol, yo, mire, yo... Sí, Eddy Puig, dímelo. Es que yo... Vamos, Puig, quiero oírlo. Señor Barniol, yo estaba equivocado, yo... Bien, Puig, sube al coche, siempre hay tiempo de rectificar. ¿Quién se comió la última ración de Puig? Sargento, él se iba, no necesitaba... No, la ropa no, sargento. El sol, la caña. Las hojas filosas. No, la ropa no, sargento. Desnudo no. Regreso. Regreso muerto, desnudo. Espejo. Espejooo. EspejooispsE. EspectroortcepsE. Espectro. ¡Dios! Espectro-espejo. Espec-tro-es-pe-jo-es-pec-tro-es-pe-jo. Soy ése. Mírate bien, eres ése. Mírame bien, soy ése. ¿Eres yo? ¿Soy tú? Yo espejoespectro-tú. Ojeras, huesos. ¡Esos no son mis ojos! ¿Quién trajo esos ojos? ¿Mis dientes? ¿Dónde están mis dientes? ¿Dónde está mi carne? ¡Dios! ¿Dónde están mis ojos, mi carne, mis dientes, mi pelo? Dímelo, espectro. ¿Qué soy? Soy no. Sí, soy no. No, coño, no, coño no, coño no. No. No. No. No. Óyelo bien, espectro. Óyelo bien no, no, no, no, no. Mírame con esos ojos; mírame sin carne; mírame sin pelo; pero oye: no. Oye: no. Ríete, espectro. Así, no. No mucho, que duele. Poco, poco. Así. ¿Ves espectro? Veo espejo. Tal vez, ¿Tal vez? Talveztalvez. ¿Cuántos meses verdes? ¿Cuántos palos verdes? ¿Cuántas cañas verdes? *Ánimo, Moleón, ánimo. Me caigo. No, sargento. No fui yo. ¡Ay no! Otra vez desnudo, no, sargento. No, teniente, desnudo no. Mire, las abejas. Las abejas ¡ay! Se lo decía ¡ay!* No se queden dormidos así. Hablen, coño. Hablemos. ¿Somos personas? ¿Personas? Per-so-nas-per-so-nas-per-so-nas-per-so-nas. Hablen, bueno, hablen. Espejo, dile al espectro que ría. ¡Por Dios, que no olvide reír! Ríe, espectro, por favor, ríe. Todos duermen ahora, ríe. Nadie habla. Duermen. Y tú, ríe, espectro, ríe, por Dios. Aprenderé otra vez. Mañana aprenderé otra vez. Mañana. ¿Mañana? ¿Cuándo es mañana? ¿Qué es mañana? Es una palabra larga. Ma-ña-na-ma-ña-na-ma-ña-na. Una palabra que no se acaba nunca. Sólo una palabra. ¡Yo no quiero una palabra! Quiero mañana. Suena raro. Mi tiempo está hecho de colores no de palabras. Es verde,*

no tiene mañanas. Que no las tiene, coño. Juro que no las tiene. Tiene horas-sudor, horas-palo, horas-sangre, horas-verde. Y su mañana es verdepalosangre.

Mañanaverdepalosangre.

Mañanamuertellantollantonegra.

Mañanamartinezgangrenacastillosangre.

Ma-

ñanasinpersonasinsonrisamuertepalosangreverdegangrenacastillomartinez.

¡NO!

III

—Vamos, apúrese —dijo el guardia de la reja.

—Ya va —contestó Carrillo. Cojeaba. Más bien renqueaba—. ¿Qué quiere?
—preguntó.

—Acompáñeme.

Noche fresca y luna rara. Sonidos tropicales. Carrillo, renqueando, se mueve junto al guardia —escopeta y mala leche de completo uniforme— hacia el cuartel de mando. No es hermosa la noche. Hace fealdad. Un sijú bisbisea desde un palo con onomatopeya de viejo verde o de puta tímida. Carrillo —flaco, destripado, cojo— parece su fantasma. Anda serio. También triste. Tiene el rostro desencajado, y dos ojeras barrigonas camufladas en el pellejo prieto. Va hilando preguntas interiores. Mira de reojo a su custodio. Un coro de sapos ahoga un solo de grillo. Se acompasan para compartir la noche. Tal vez la noche sea un pretexto para que sapos y grillos alboroten. El trayecto es largo y está lleno de dudas. Una esperanza indefinida pugna por treparse al pecho de Carrillo. Es inútil. Cien matones negros la echan a patadas. Palmas rectas, ortopédicas, miran a los hombrecitos que se desplazan. Quién sabe si sólo caminan para que se les mire desde lo alto con ojos de palmiche. La brisa descarnada manosea las hojas de los árboles. El cuartelito se encandila a cien metros. Es sencillo y pequeño: una celda y una oficina. La celda es de cualquiera. La oficina de Wong, o de Barniol, cuando viene. Hoy vino. Desde donde renquea Carrillo se ven dos cabezas que picotean palabras en una conversación larga y sostenida. Los brazos riman sus movimientos con la saliva. Carrillo se pasa la lengua por un culatazo que le llevó dos dientes. Ya no duele, pero el hueco no ha dejado de tener un sabor salobre. Una lechuza se incorpora al concierto. Dice su grito con poca gracia.

—Entre —ordenó Barniol señalándole una silla al tal Carrillo. El funcionario observó al hombrecito desmirriado que se enroscaba en la silla y trató de

asociarlo con el que sostuvo una conversación tiempo atrás. Cabellos, dientes y carne escaseaban. Había moratones sobre su cuerpo prieto y huesos filosos. El hombrecito desmirriado dijo algo como “gracias” y Barniol recordó perfectamente la voz del tal Carrillo.

—Ahí está bien. Siéntase cómodo —dijo el teniente Wong. Carrillo le miró inexpresivamente. Al recorrer con la vista el salón descubrió unas flores de enredadera que se pegaban contra el marco de la ventana.

—USTED, SEÑOR CARRILLO, HA ENTORPECIDO DENODADAMENTE
LOS PLANES DE REHABILITACIÓN QUE EL

Son raras esas flores. ¿Por qué se asoman a esta ventana? No les gustará lo que ven ni lo que escuchan.

NO HUYAS A LOS PRESENTIMIENTOS. ESAS FLORES
RARAS Y HERMOSAS NO PUEDEN ENMASCARARTE
LA REALIDAD QUE SE TE PRESENTA, QUE TIENES
DELANTE.

GOBIERNO HA INSTITUIDO. NINGUNA DE SUS ACTIVIDADES

¿Vivirá Marcia? ¿Se acordará de mí? Seguramente, no. Era demasiado inteligente para no olvidarme.

RESPIRAS EL PELIGRO Y TE CUBRES CON MARCIA Y
CON FLORES PARA PODER RESISTIR DE PIE EL
ÚLTIMO EMPELLÓN.

SUBVERSIVAS PASÓ INADVERTIDA A NUESTRA ADMINISTRACIÓN,
PERO SIEMPRE PREFERIMOS DARLE

¡Luz eléctrica! Qué tiempo hacía que no veía el mundo a través de su brillo. Empiezan a faltar las cosas más elementales y de pronto

uno descubre que hace meses únicamente sol y luna iluminan el paisaje.

¡VAMOS, CONFIESA QUE TE MUERES DE MIEDO!
CONFIESA QUE ESTÁS LLENO DE PRESAGIOS. NO
VACILES, ENFRÉNTATE A LO QUE SE TE AVECINA.

OTRA OPORTUNIDAD CON EL OBJETO DE VER SI RECTIFICABA

Hace tiempo que nadie ríe en la barraca. ¿Qué tiempo llevo sin reír? ¿Tal vez un año? Extraño

NO ES LA RISA, ERNESTO. CONOCES EL OLOR DE LA MUERTE. NUNCA TE HAS DEJADO ENGAÑAR. FÍJATE, TODO LO QUE TIENES

SU CONDUCTA Y DABA PASO A UN COMPORTAMIENTO

eso de olvidar cómo se contraen los músculos para que la carcajada brote sin obstáculos.

QUE HACER ES CEJAR FRENTE A UNA REALIDAD QUE NO PUEDES CAMBIAR. NO CONVIERTAS TU

MÁS DE ACUERDO CON EL ANÁLISIS RACIONAL. USTED FUE UN REVOLUCIONARIO DE MÉRITO, NO VOY

Tendré que aprender de nuevo. Tendré que adiestrarme nuevamente en cómo y cuándo se ríe la gente. ¡La gente! “El hombre es el único animal que se ríe.” No siempre, Bergson; no siempre. Algunos olvidamos cómo se hace eso tan raro.

OBSESIÓN DE REBELDÍA EN UN ACTO SUICIDA; NO VALE LA PENA. TIENES QUE LUCHAR POR TU VIDA, AHORA, ERNESTO, AHORA

A REGATEARLE ESTO... AHORA, PERO NADA DE ESO PODRÁ LIBRARLO
DEL CASTIGO QUE USTED SE HA BUSCADO

¡Mañana! Esa palabra no me abandona; me persigue mordiéndome los oídos. ¿Por qué mañana? ¿Adónde mañana?

NO PIERDAS MÁS TIEMPO, DILE QUE SÍ A TODO LO QUE TE PIDAN. BARNIOL SIEMPRE DICE QUE HAY TIEMPO PARA ARREPENTIRSE. ESTÁS DESHECHO, MACILENTO, TRASIJADO, NO VIVIRÁS MUCHO MÁS. SI NO TE

A MENOS QUE ACEPTES INCORPORARTE A LOS CURSOS

¡Pobre Castillo! Su carne podrida nutre esta flor que se asoma. Sus huesos de viejo bueno huelen a Galán de Noche. O el Galán de Noche huele a los viejos huesos buenos de Castillo. Entre tantos huecos que hice ni recuerdo en cuál le enterré.

MATAN MAÑANA CAERÁS REVENTADO A PALOS O MORIRÁS DE AGOTAMIENTO. “MAÑANA”, ERNESTO, SÓLO TIENE SENTIDO PARA LOS

DE REHABILITACIÓN, A LA “DOCTRINA”, COMO USTEDES

¿Es hermosa la noche? ¿Cuándo lo es y cuándo no? La Luna empieza a verse desde aquí. Me siento muy triste. Más que nunca.

QUE VIVEN NUNCA PARA LOS QUE YACEN BAJO TIERRA. NO TE DEJES MATAR. NO DEJES QUE NADA APLASTE TU INSTINTO DE SALVACIÓN. ¡HUYE! ¡HUYE DE LA MUERTE!

LE DICEN. PUES BIEN, SOLO QUEDAN TRECE HOMBRES: DOCE Y USTED. GONZAGA, YA LO SABE, DECIDIÓ

Nunca he sentido la soledad que ahora me embarga. La vida se me ha escurrido entre los dedos y ahora la sostiene una armazón rota.

ERES TU ESPECTRO; TU FANTASMA. Y TODO POR NO ABRIR LA BOCA Y SOLTAR UN GRITO AFIRMATIVO. GRÍTALO, ERNESTO, GRÍTALO, GRÍTALO...

VOLUNTARIAMENTE SUMARSE AL PLAN DE REHABILITACIÓN,

¡DEFIÉNDETE, QUE TE OCURRIRÁ LO PEOR! GRITA, IMPLORA, RUEGA, HAZ LO QUE DEMANDEN, PERO, NO DEJES QUE TE MATEN.

De hombre sólo me queda la resistencia. La voluntad para negarme. El no apretado entre las mandíbulas. Lo demás se ha ido.

PERO TENEMOS LA SOSPECHA DE QUE LOS QUE QUEDAN RESISTIRÁN DEMASIADO, Y TODO PORQUE DE

TE RONDA LA MUERTE. LO SABES BIEN. LA HUELES CERCA. ESCUCHA LO QUE TE DICEN. CAMBIA, POR DIOS, ESA MIRADA INEXPRESIVA.

¡Quiero vivir! ¡Quiero ser libre!
Caminar a solas junto al mar.
Acostarme con una mujer y amarla.

UNA MANERA EXTRAÑA SE SIENTEN VINCULADOS A USTED.

¡SÍ, ESO ES LA VIDA! ESO. ESO. NO OTRA COSA. AMAR A UNA MUJER Y CAMINAR A SOLAS JUNTO AL MAR. VOLVERÁS A HACERLO.

SI USTED CEDIERA, ELLOS SE SENTIRÍAN "LIBERADOS", RELEVADOS DE UN COMPROMISO. DE MANERA

Con mis manos callosas le diría
una caricia torpe. La tocaría con
mi palabra cálida.

ESO TAMBIÉN. NO ESTÁ TODO PERDIDO. GRITA QUE
SÍ. GRITA QUE ACEPTAS LO QUE TE PIDAN, PERO
APRESÚRATE, APRESÚRATE.

QUE LA OPCIÓN ES MUY SIMPLE: O ACEPTA LA REHABILITACIÓN

Antes de amarla reiríamos.
Reiríamos mucho. Mirándonos a
los ojos. Con los ojos brillantes
que volveré a tener, no con estos
que alguien trajo a mi rostro.

NADA QUEDA PRÁCTICAMENTE PARA SALVARTE.
UNOS SEGUNDOS, TAN SOLO UNOS SEGUNDOS,
UNOS SEGUNDOS.

O NO NOS QUEDA OTRO REMEDIO QUE ELIMINARLO.

NO HAY OTRA ALTERNATIVA.

La vida. Mañana. Quiero vivir.
Como un hombre libre, como un
triste y miserable hombre libre.
Como un miserable y triste hom-
bre. ¿Hombre? ¿Libre? ¿Vida?
¿Mañana? La vida... yo...

—No tiene remedio, ni siquiera ha prestado atención —dijo Barniol al
tiempo que le hacía una señal con la cabeza al teniente Wong.

Wong se acercó al tal Carrillo. Desenfundó su pistola:

—¿Es usted curioso, señor Carrillo? —preguntó en un tono raro. Carrillo le
miró inexpresivamente, sin miedo, sin ira.

—Le pregunto que si es curioso —insistió subiendo el tono. Carrillo miró
hacia el marco de la ventana. Allí estaba la flor. También sola en medio de la
nonoche. Tal vez triste. Quién sabe si todo aquello era un pretexto para que se

enredara al marco de una ventana.

—Le he preguntado que si es curioso —las preguntas sin respuestas abastecían de odio al teniente Wong. Cuando acumuló suficiente, apretó el cañón de su pistola contra el ojo derecho de Carrillo—. Contesta, hijo de puta, ¿qué ves dentro del cañón? —y volvió a repetir enardecido—: ¿Qué ves dentro del cañón? —y otra vez—: ¿Qué ves dentro del cañón? —y otra—: ¿Qué ves dentro del cañón? —Carrillo sintió una voz lejana, remota, que barnizaba las paredes. Sonámbulo, se desplazó por un extraño trayecto ondulado, fabricado con el ruido ininteligible que flotaba en algún sitio: quevesdentrodelcañón QUEVESDENTRODELCAÑÓNqueevevesdentrodentrodentrodentrodelcañón.

Un estampido. Luego silencio.